

— papeles de formación continua —

FORUM.COM



*Feliz en el tiempo
y en la eternidad*

 **salesianos** | Delegación
SANTIAGO EL MAYOR de Formación



Número 217 - 24 de enero de 2025

ÍNDICE

Este número	3
Feliz en el tiempo y en la eternidad	
Retiro	4
Un año de gracia del Señor	
Formación	14
“Safeguarding”	
Comunicación	24
La comunicación externa e interna de la Familia Salesiana	
Carisma	31
Elementos significativos de la Carta de Roma	
Pastoral	39
Acompañar desde el Primer anuncio	
Jubileo	53
Dar razón de la esperanza en tiempos de incertidumbre	
La Solana	75
La cadena del ser	
Por tu Palabra	78
Jacob, el hombre que luchó contra Dios	
El anaquel	86
La puerta de la esperanza se ha abierto de par en par	
Una estrella en mi ventana	89
Un futuro sin mucho futuro	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Feliz en el tiempo y en la eternidad

Escribía san Juan Bosco al inicio de la carta que envió al oratorio de Valdocco desde Roma con fecha del 10 de mayo de 1884: “Cerca o lejos siempre pienso en ti. Solo uno es mi deseo: verte feliz en el tiempo y en la eternidad”. Este horizonte de eternidad en el que se sitúa Don Bosco nos coloca a nosotros también en dicha senda. La celebración de la fiesta de nuestro padre al comienzo del Año Jubilar dedicado a la esperanza nos traslada de nuevo este deseo del santo de los jóvenes. Este subsidio formativo que es la revista forum.com trata de ponernos en sintonía con esta visión esperanzada y esperanzadora de la vida y la misión salesiana.

Precisamente la carta desde Roma vuelve a la esperanza tras comparar el tiempo fundacional con lo vivido con los años en el oratorio. Interpela Don Bosco: “¿Sabes lo que este pobre viejo que ha consumido toda su vida por sus queridos jóvenes quiere de ti? Nada más excepto, dadas las proporciones debidas, los días felices de la antigua oratoría. Los días de amor y confianza cristianos entre los jóvenes y los superiores; los días del Espíritu de condescendencia y tolerancia por el amor de Jesucristo de uno hacia el otro; los días de corazones abiertos con toda sencillez y sinceridad, los días de caridad y verdadera alegría para todos. Necesito que me consueles dándome la esperanza y la promesa de que harás todo lo que deseo por el bien de tu alma”. No está mal la propuesta para la fiesta de Don Bosco.

¡Feliz 24 de enero! ¡Feliz fiesta de san Francisco de Sales y en unos días de Don Bosco! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

RETIRO

Un año de gracia del Señor (Lc 4,19)

Llamados a ser signos de esperanza

José Miguel Núñez, SDB¹

1. Oración inicial

Guía: En el nombre del Padre...

Todos: Señor,
que dijiste a tus apóstoles:
“Sin mí no podéis hacer nada”
da fecundidad a todas nuestras actividades
mediante la unión viva y constante
contigo y con el Padre,
a fin de que, siendo como Don Bosco, contemplativos en la acción,
hallemos en el diálogo cordial e íntimo
la fuerza para hacer todo por tu amor
y perseverar hasta la muerte
en la entrega total
de nosotros mismos por tu Reino.
Tú, que vives y reinas
por los siglos de los siglos. Amén.

2. Reflexión²

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4, 18-19)

¹ Director del Centro Nacional Salesiano de Pastoral Juvenil.

² Vídeo de presentación en: <https://youtu.be/1hq8kwq4kaQ> (5 min.)

El nuevo año nos trae buenas noticias. Celebramos el jubileo que, según la tradición, el Papa convoca cada 25 años evocando aquel antiguo “año de gracia del Señor” en el que los cautivos quedan liberados, las deudas saldadas, la consolación se hace abrigo para todos y se abren oportunidades para recomenzar y enderezar caminos nuevos en la historia (cf. Is 61, 2). Francisco ha querido dedicar este año jubilar a la esperanza, la que no defrauda, la que está enraizada en Dios y se ofrece a todos como esperanza de salvación.

Jesús, el Cristo, nos ha abierto de par en par el mar de la historia para que alcancemos orillas de mayor plenitud en nuestras vidas. Es un tiempo de gracia y una buena noticia para todos los que vivimos maltrechos, heridos o abandonados. El Señor restaña nuestras heridas, venda nuestro dolor y nos abraza con el vino y el aceite de la misericordia entrañable. Este tiempo nuevo quiere ayudarnos a volver a casa si hemos perdido el camino; quiere abrir las prisiones injustas en nombre de Dios; quiere proclamar el año de la consolación de Dios para quienes más necesitan su abrigo.

2.1. La esperanza que no defrauda

Comencemos por preguntarnos cómo vivimos nosotros, en primer lugar, la virtud de la esperanza. No se trata solo de ser optimistas frente a la realidad, sino de vivir enraizados en Dios, por muy fuertes que soplen los vientos.

En la tradición cristiana, las llamadas “virtudes teologales” son los hábitos (infundidos por Dios) que el creyente ejercita, sostenido por la inteligencia y la voluntad, para orientar su vida a Dios. En la Tradición, las virtudes teologales son tres: la fe, la esperanza y la caridad. En la antropología cristiana afirmamos que Dios inspira en el corazón del hombre estas virtudes con la gracia del Espíritu Santo recibido en el bautismo.

Así, las virtudes teologales son, al mismo tiempo, un don y un compromiso que el cristiano trata de cultivar y vivir. La esperanza como virtud teologal requerirá, pues, ayudar a madurar la experiencia cristiana en el descubrimiento del don de Dios y en el compromiso de adhesión de la propia vida a Aquel que se nos ha revelado en Jesucristo.

2.1.1. La esperanza teologal

El creyente esperanzado es alguien que se siente sostenido por la ternura de Dios en una oración que surge de la vida. Vive la entrega cotidiana con generosidad y cultiva la capacidad de compasión. Se esfuerza por ser paciente y mantener la serenidad en medio de los conflictos. Se siente miembro de una comunidad que quiere ser signo de esperanza. Ante las dificultades, a veces pueden darse el cansancio y la falta de

expectativas. Pero el creyente sabe que, por encima de todo, está la fidelidad de Dios. Ella es el fundamento de nuestra esperanza – experiencia y don del Espíritu – que hace posible el abandono creyente en las manos de Dios.

La virtud no es voluntarista (aunque necesite de la voluntad), sino experiencial. La esperanza como virtud cristiana necesita de la experiencia de la fe. “Creer” es “dar el corazón” (cor-dare), esto es, adherir la propia vida al Dios que se ha revelado en Jesucristo como respuesta a Aquel que nos ha amado primero. Adentrado en esta experiencia, el creyente ejercita la confianza con entendimiento y voluntad, alimentando y sosteniendo tal decisión con la oración y haciendo de ella una actitud habitual.

La esperanza teologal necesita el apoyo de la comunidad. En ella, por la presencia del Espíritu, podemos afrontar con garantías las dificultades que pueden ahogar la esperanza y hacernos caer en el derrotismo. No se puede mantener la tensión de la espera sin la cercanía y la solidaridad de nuestros hermanos. La esperanza nos posibilita vivir con misericordia, ser personas de comunión, que acogen y perdonan, y así alimentan el anhelo del cumplimiento de las promesas de Dios.

2.1.2. Apertura al don de Dios: encuentro y respuesta

Para los cristianos, Dios es siempre fiel y guarda a sus hijos en “la esperanza que no defrauda” (Rom 5,5). La experiencia de la “vida teologal” es apertura al misterio de Dios que se nos ha revelado en Jesucristo. Es la experiencia del “encuentro” que se inicia en el bautismo y que requiere de un camino, entendido como respuesta al don, hacia la madurez creyente.

En nuestra experiencia creyente ¿cultivamos el don del espíritu y la experiencia de la paternidad de Dios? ¿Acompañamos a los jóvenes en la experiencia vital de la bondad y de la misericordia de Dios? ¿Proponemos experiencias espirituales (del Espíritu) para ayudar a descubrir la presencia de Dios que alienta y sostiene en el entramado de la existencia? Son “preguntas clave” en nuestra reflexión porque nos permiten percibir la extraordinaria importancia de cultivar la virtud de la esperanza en nuestro día a día y en medio de las vicisitudes de la vida.

Las experiencias de la bondad y de la misericordia de Dios fundamentan la fe y sostienen la esperanza. Solo esta apertura al don hace de la esperanza una virtud teologal porque está anclada solo en Él, no obstante, la fragilidad de las personas, la complejidad de la realidad o la oscuridad del dolor en la que a veces se ve envuelta la existencia.

2.1.3. Vivir en la esperanza

La esperanza se sustenta en la experiencia de la fe y se expresa en el compromiso del amor. Al mismo tiempo, la esperanza da a la fe el aliento necesario para

perseverar en la adhesión a Dios. El amor aprende de la esperanza a vivir en la tensión de la paciencia y la fortaleza.

Señalo brevemente *cinco senderos a recorrer en nuestra vida espiritual hacia la madurez creyente*. En primer lugar, tal como he indicado ya, *la experiencia del don de Dios y la apertura vital a su presencia de bondad y de misericordia*. Sin la convicción vital de la presencia de Dios en la historia personal y la consolidación de esta experiencia creyente no puede haber madurez en la fe. Es necesario favorecer vitalmente la dinámica de la escucha de la Palabra que ilumina la existencia y la respuesta al Tú de Dios que sale al encuentro de la persona.

El segundo elemento que se hace imprescindible en el camino de la fe es *la experiencia de la conversión*. Es una terea que dura toda la vida y que se ha de percibir en el propio camino como *necesidad de salvación*. Quien no palpa el límite de la propia vida y no siente la necesidad de ser salvado no podrá anhelar el cambio a la búsqueda de mayor autenticidad.

El tercero de los caminos a explorar es el de *la oración constante*. La oración, recordaban a menudo los Padres de la Iglesia, posibilita y reclama a la vez la conversión del orante. Sin el encuentro con el Dios de la vida en la oración, la esperanza se debilita y la propia fe se vuelve frágil.

Vinculado a la experiencia celebrativa proponemos un cuarto camino que es imprescindible cuidar en nuestro camino espiritual: *la experiencia de la fraternidad auténtica*. Es en la comunidad donde experimentamos, profesamos y celebramos la fe. En ella alentamos también la esperanza cuando ofrecemos y recibimos acogida, aceptación y consuelo.

Finalmente, se trata de recorrer el sendero del *compromiso con el amor solidario*. No es menor la relación intrínseca de la esperanza con la caridad. Quien vive la esperanza se siente urgido a vivir con misericordia, con compasión, con bondad. En nuestras propuestas educativo- pastorales es importante poder hacer experiencias de compromiso solidario con las personas, especialmente con los pequeños y los pobres, con las personas en riesgo de exclusión social, con los más vulnerables.

2.2. El diamante de la esperanza

Nos hemos situado hasta ahora en el ámbito de la experiencia creyente. En clave salesiana y en el contexto de este retiro quiero también re-visitare el sueño que Don Bosco tuvo en San Benigno Canavese la noche del 10 al 11 de septiembre de 1881. Se trata del sueño que conocemos como “el de los diez diamantes”. Nuestra tradición nos lo ha hecho llegar con verdadera devoción y con fidelidad filial a nuestro padre, que lo dejó por escrito con todo lujo de detalles y con sus anotaciones personales, que todavía conservamos. Estamos, como bien sabéis, ante un sueño que hablaba claramente del porvenir de la Congregación y del carisma salesiano.

2.2.1. Don Bosco, nuestro modelo

Don Rinaldi, uno de los mejores intérpretes del sueño de los diamantes, define al personaje que en él aparece como “el modelo del verdadero salesiano” (ACS 55, 923), como lo vio Don Bosco, que nos lo “transmitió a nosotros para que fuera no sólo un recuerdo, sino la realidad de nuestra vida” (ACS 56, 933).

Así queremos contemplarlo nosotros, como la imagen del propio Don Bosco que se ofrece como modelo del verdadero salesiano y al que nosotros queremos parecernos, no sólo como un ideal a alcanzar sino como un compromiso vital que hemos de renovar cotidianamente.

Tal como Don Viganó indica en la carta que escribió a los salesianos con motivo del centenario del sueño (ACS 300), quisiera también yo seguir de cerca la reflexión del beato Don Felipe Rinaldi, testigo fiel de la espiritualidad salesiana y que – como dice Don Viganó – “llegó a esa interpretación como una maduración de síntesis, tras prolongada meditación hecha en sintonía y responsabilidad vocacional, no sin oración y quizá con alguna luz especial del cielo” (ACS 300, 13).

2.2.2. Nuestra fisonomía espiritual

Conocemos bien el sueño. En la primera escena, un “hombre de aspecto majestuoso” representa el ideal de nuestra espiritualidad salesiana. La visión muestra al personaje de frente y de espaldas ofreciendo un cuadro completo, en el conjunto, del modelo del salesiano. Don Rinaldi interpreta ambas posturas refiriéndose a la vida salesiana “en su actividad” (diamantes de frente) y “en su espiritualidad interior” (diamantes en la espalda). Y añade Don Viganó: “el anverso representa su figura social, el rostro, el ‘da mihi animas’; el reverso oculta el secreto de su constancia y ascesis, el armazón, el ‘caetera tolle’” (ACG 300, 15).

Escribe Don Bosco: “Tres de los diamantes estaban en el pecho. En uno estaba escrito: ‘Fe’; en otro ‘Esperanza’ y ‘Caridad’ en el que estaba sobre el corazón”.

En esta visión frontal del personaje están descritos los rasgos, que no son específicos de los consagrados, sino del creyente que quiere vivir con todas las consecuencias su bautismo y su seguimiento de Jesús. Quizás tengamos precisamente que partir de aquí para poder iluminar nuestra praxis cotidiana y nuestra experiencia diaria del evangelio. No podemos nunca olvidar que “por nuestra adhesión plena a Dios, amado sobre todas las cosas, nos comprometemos a llevar una forma de vida íntegramente fundada en los valores del evangelio” (C 60).

2.2.3. El diamante de la esperanza

Me referiré solo, en esta ocasión, **al diamante de la esperanza**. El creyente esperanzado es alguien que se siente sostenido por la ternura de Dios en una oración

que surge de la vida. Vive la entrega cotidiana con generosidad y cultiva la capacidad de compasión. Se esfuerza por ser paciente y mantener la serenidad en medio de los conflictos. Se siente miembro de una comunidad que quiere ser signo de esperanza.

Como hombres creyentes no podemos sucumbir a la tentación del desánimo. No podemos ceder terreno a los sombríos agoreros (“profetas de calamidades” los llamó Juan XX III en la inauguración del Vaticano II) que siempre tienen en la mano el martillo del pesimismo desesperanzado para machacar el esfuerzo generoso de muchos por ser fieles y consecuentes con las promesas de Dios.

¡Qué pena que, en ocasiones, perdamos la luz de la esperanza y vivamos “agobiados” por el

mañana! ¡Qué pena que en la vida diaria se debilite nuestra confianza en Dios, única fuente de nuestra esperanza! ¡Qué pena que, ante las dificultades, se oigan a veces por encima de todo las voces quejumbrosas de los que en realidad han perdido la esperanza! ¡Qué pena que en ocasiones seamos ciegos a la presencia del Espíritu, perdamos el sentido de la fe y no dejemos a Dios ser Dios!

Don Bosco mantuvo siempre la esperanza en el Señor. No se arredró ante las dificultades y puso siempre su mirada en el futuro de la promesa ¿Adónde va, Don Bosco? ¡Al paraíso! Y nos enseñó, en el lenguaje de su tiempo, que un pedazo de cielo lo arregla todo.

Quisiera que pudiéramos reflexionar detenidamente en nuestra propia vida sobre la virtud de la esperanza. Es un *diamante* que debe refulgir con intensidad en nuestra vida de creyentes y de salesianos. Hemos de cultivar con paciencia, cuidado y esmero una esperanza muy trenzada con la vida diaria, de forma que ésta se vea iluminada, sostenida, alentada por la fidelidad de Dios que nos lleva siempre en la palma de su mano y no cesa, por duras que sean las circunstancias cotidianas, de manifestar su ternura con nosotros. El Señor transformará siempre el Valle de la Desolación en el Paso de la Esperanza (cfr. Os 2, 17).

Quiero invitaros a cuidar algunas actitudes en nuestro proyecto personal de vida que refuercen en nosotros la virtud de la esperanza:

- Practicar la misericordia y el perdón con nuestros hermanos para que sea posible la solidaridad que sostiene nuestra espera.
- Cultivar y hacer crecer la comunión para que la vivencia fraterna exprese la confianza en que, juntos, llevamos adelante un proyecto que se inserta en el proyecto salvador de Dios para los jóvenes que nos están confiados.
- Revisar mi vida y alentar caminos de conversión que me ayuden a avivar en mí el fuego del Espíritu y, por su gracia, abandonarme más en Dios cada día.

2.3. Ser signos de esperanza

El Papa, en la bula *Spes non confundit*, tras invitarnos a vivir la esperanza teológica como fruto de la acción de la gracia en nosotros, nos invita a ser signos de esperanza en la realidad que nos rodea en la que

Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza (*Spes non confundit*, 1).

Francisco nos invita a reflexionar sobre los motivos para la esperanza ante un mundo en blanco y negro. Frente a los mensajes apocalípticos y el desaliento ante la realidad, tenemos motivos para seguir esperando y para el compromiso por la transformación del mundo. Escojo tres de los signos que el Papa nos propone trabajar para hacer nuestra existencia y las de los demás, algo más luminosa.

2.3.1. Bienaventurados los que trabajan por la paz

Ante un mundo en constante conflicto y herido por guerras, violencia y desigualdades, el Papa nos pide volver al Evangelio para ser signos de esperanza en una realidad que necesita el don de la paz. La carta magna del Reino nos recuerda que los que trabajan por la paz son bienaventurados porque serán llamados hijos de Dios (cf. Mt 5, 9).

Para Francisco “la exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos (*Spes non confundit*, 8). Desde su mirada, la del evangelio, el Santo Padre ha propuesto al mundo la encíclica *Fratelli tutti* como un alegato contra el odio y la violencia que afligen la convivencia humana. Se trata de un poderoso mensaje de fraternidad universal en el que los conflictos son superados por el encuentro, el diálogo, la búsqueda compartida y la amistad. Los cristianos queremos lanzar este mensaje y renovar nuestra confianza en la bondad humana, capaz de hacer surgir una nueva realidad.

Podemos preguntarnos cómo, en nuestro pequeño mundo cotidiano, poder ser constructores de fraternidad y de paz: con nuestros hermanos, en la comunidad, con los jóvenes a los que servimos, con las personas con las que compartimos la misión ¿cómo potenciar el encuentro, el diálogo, la búsqueda compartida y la amistad? ¿Trato a los demás con la bondad que debe caracterizar nuestro modo de relacionarnos con los demás? ¿Puedo cultivar mejor y con más atención la amabilidad, la palabra adecuada en el momento justo, la disculpa y el perdón?

2.3.2. Signos de esperanza para los hermanos, especialmente mayores y enfermos

Francisco nos habla en la bula de convocatoria del Jubileo de la fraternidad y de la atención a las personas, especialmente a los mayores y a los enfermos:

Que se ofrezcan signos de esperanza a los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud (*Spes non confundit*, 11).

Tenemos la oportunidad cada día de manifestar cercanía y afecto a tantos hermanos que, en nuestras comunidades, son mayores o están enfermos. Dedicar tiempo, escuchar, buscar el encuentro y la conversación, el gesto amable y los servicios más humildes a quienes necesitan una mano. Como tantas veces ha señalado el Pontífice, nos mayores no son un descarte, sino personas a las que amar y servir y que pueden aportar tanta sabiduría y experiencia a la vida salesiana.

No dejemos que los anti-valores imperantes a nuestro alrededor que desprecian la vida y descartan a los más vulnerables se nos cuelen en nuestro modo de vivir. Seamos signos de luz en medio de tanta opacidad:

En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario (EG 169).

2.3.3. Signos de esperanza para los jóvenes, especialmente los migrantes y los pobres

La imagen del abrazo tiene una fuerza enorme. Es un auténtico icono que Francisco ha utilizado en diversas ocasiones y que él mismo practica con elocuencia. Para el Papa, la imagen del abrazo de Francisco de Asís al leproso que encontró por el camino es inspiradora: “Aquel hermano que sufría (el leproso que encontró Francisco de Asís tras su conversión), marginado, era ‘mediador de luz’ para San Francisco” (LF 57). Los cristianos, la comunidad creyente, somos llamados a abrazar a la humanidad sufriente. Es urgente salir al encuentro, no dar rodeos, no pasar indiferentes ante el dolor ajeno. Por el contrario, lo nuestro es el abrazo, la acogida, la escucha, el abrigo.

Los salesianos, llamados a ser “signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente los más pobres” (C 2), queremos ser signos de esperanza en medio de ellos. Como nos recuerda Francisco,

También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los jóvenes. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir. Es

hermoso verlos liberar energías, por ejemplo cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza (...) Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones. ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo! (*Spes non confundit*, 12).

No pueden faltar **signos de esperanza hacia los migrantes**, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor (*Spes non confundit*, 13).

Llevamos en nuestro ADN la opción preferencial por los jóvenes pobres. Tratemos de buscar la cercanía y el encuentro para testimoniar y alentar la esperanza en medio de ellos. Seamos sacramento de la presencia, como nos ha recordado tantas veces Don Ángel Fernández en el último sexenio de su rectorado. Hagamos un esfuerzo por acoger, tender la mano y servir a los jóvenes que el Señor nos encomienda y hacia quienes nos envía. Procuremos no perder el ardor de la caridad pastoral y avivemos la llama del deseo de hacerles el bien y de acompañarlos en el camino como adultos que sostienen y alientan en medio de las dificultades.

2.4. A modo de conclusión

Esto es lo que somos. Esto es lo que estamos llamados a ser como creyentes y como salesianos. Este es el nuevo rostro de una Iglesia, signo de salvación, que el Papa nos está invitando a impulsar desde la esperanza que no defrauda. El cambio está en marcha. Es una revolución pacífica y serena que sabe de primavera duradera, sin rupturas ni condenas, con la libertad del viento del Espíritu que conduce a otras orillas y hace nuevas todas las cosas.

3. Oración final

Guía: Padre que estás en el cielo,

Todos: la fe que nos has donado
en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y llama de caridad
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros
la bienaventurada *esperanza*
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio

que fermenten la humanidad y el cosmos
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo
reavive en nosotros, *peregrinos de Esperanza*,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén.

Franciscus

FORMACIÓN

“Safeguarding”

La compleja relación entre profecía e Iglesia³

Hans Zollner – Peter Beer⁴

¿Es realmente necesaria la palabra *safeguarding*? ¿Otra palabra nueva para algo ya conocido? ¿No son suficientes los términos «prevención» y «protección de menores y personas vulnerables», ya probados y naturalizados? Sí, esta nueva palabra es necesaria, porque abarca más que los términos mencionados anteriormente, que se han establecido principalmente en relación con el tema de los abusos sexuales a niños y jóvenes. Mientras tanto, la discusión ha avanzado. La conciencia de lo que debe considerarse en relación con el abuso y los diversos peligros para los seres humanos en el contexto de la convivencia con los demás se ha ampliado considerablemente. Esto también tiene un impacto en el compromiso de la Iglesia en este campo. Lo que esto puede significar exactamente se tratará con más detalle en las observaciones que siguen.

Signo de los tiempos

Los cambios y desarrollos pueden resultar ventajosos. En general, conducen a una mayor diversificación. Son una oportunidad para aprender cosas nuevas y ampliar los propios horizontes intelectuales, para tener experiencias que abren perspectivas inéditas y aumentan el propio bagaje operativo, para decidir libremente sobre la propia vida y hacerla más coherente con las propias necesidades, sin tener que recurrir a un único modelo válido para todos.

³ Publicado en ‘La Civiltà Caattolica’ (edición española), junio 2024.

⁴ Hans Zollner es un jesuita sacerdote alemán, teólogo y psicólogo, profesor de la Universidad Gregoriana, Director del Instituto de Antropología. Sus estudios interdisciplinarios en dicha Universidad versan sobre la dignidad humana y el cuidado de las personas vulnerables, y es uno de los mayores expertos en protección de menores y prevención de abuso sexual. Peter Beer es un teólogo y sacerdote católico alemán, conocido por su trabajo en temas relacionados con la protección y el *safeguarding* en el ámbito eclesial. Ha desempeñado un papel significativo en el desarrollo de políticas y prácticas de protección dentro de la Iglesia Católica, especialmente en respuesta a los casos de abuso sexual.

Dicho esto, sin embargo, no debemos pasar por alto un aspecto: no todos los cambios y desarrollos son necesariamente positivos por sí mismos. Tomados en su conjunto, pueden resultar excesivos e incluso revelarse negativos. Hoy parece que las personas están gradualmente dándose cuenta del impacto desgastante de los cambios y desarrollos en comparación con lo que sucedía hace unos pocos años. Las antiguas certezas se están desmoronando; los modelos consolidados pierden terreno; las incertidumbres económicas aumentan; los conflictos armados se intensifican; los movimientos migratorios ponen a prueba a sociedades enteras; las nuevas oportunidades científicas y tecnológicas, especialmente en el campo de la inteligencia artificial, plantean nuevos desafíos para la humanidad. La arquitectura política global, con sus bloques de poder hasta ahora relativamente estables, está tambaleándose violentamente; las estructuras sociales que hasta hace poco se consideraban confiables, como los partidos políticos o la misma Iglesia, están siendo desentrañadas y, en algunos casos, se revela su fragilidad.

Muchas personas están hartas de cambios y desarrollos. Los tiempos parecen volverse cada vez más complejos, estresantes, confusos e inestables, tanto que se está difundiendo un cierto deseo de calma, estabilidad y continuidad. No es fácil satisfacer esta aspiración de manera adecuada. Si el mundo entero está cambiando, ¿cómo puede reaccionar el individuo? Ante tal fenómeno, algunos se dejan llevar por el desánimo y la depresión, mientras que otros buscan refugio en posiciones extremas o teorías conspirativas, en vanos intentos de simplificar un mundo complicado, que terminan agravando los problemas existentes mediante la negación, la marginación y la polarización agresiva.

Profecía

¿Cómo evolucionará toda la situación y hacia dónde nos llevará? Difícil de decir. De populares trucos de la industria cinematográfica nace la figura de profetas con dotes de clarividencia y certezas sobre los eventos futuros, capaces de apaciguar las almas temerosas que desean adoptar estrategias precisas para cada eventualidad futura ante problemas y dificultades inminentes. Estos videntes no existen: tarde o temprano se revelan como charlatanes que explotan el sufrimiento de las personas para su propio beneficio. En cambio, siempre han existido, y aún existen, personas que perciben con gran conciencia el mundo en el que viven, lo evalúan basándose en su fe y sus convicciones, y sacan conclusiones sobre lo que es posible y necesario hacer. Poseen suficiente capacidad intelectual, imaginación, empatía, experiencia y lucidez para reconocer la dirección que están tomando ciertos desarrollos y cómo pueden ser condicionados en determinadas circunstancias.

Estas personas son los profetas bíblicos, que hacen resonar la palabra de Dios en y para sus tiempos, cuando se corre el riesgo de perder de vista el camino a seguir. Son ellos quienes recuerdan a sus contemporáneos cuál es la voluntad divina, qué pueden esperar respecto a la historia de Dios con su pueblo, hacia qué objetivos orientarse para observar los mandamientos del Señor y encontrar gozo y paz personal. Apelando a la Palabra y a la voluntad de Dios, los profetas bíblicos muestran a sus contemporáneos el camino a seguir para superar los tiempos a veces inciertos del

mundo en el que viven. Ofrecen indicaciones y proporcionan puntos de reflexión sobre qué acciones emprender para llevar una vida feliz.

Si pensamos que cada cristiano es sacerdote, rey y *profeta* en el momento del bautismo, entonces se vuelve claro que «ser profeta» es una tarea exigente tanto para el creyente individual como para la comunidad eclesial en su conjunto. En nuestro mundo de incertidumbres, dudas y perplejidades cada vez mayores, las actividades proféticas pueden orientarse hacia donde se hace referencia, en y con la palabra de Dios, a lo que a menudo en el debate público y académico se define como seguro. He aquí algunos ejemplos: en 2 Sam 22,2-3, Dios es descrito como roca, fortaleza, salvador, refugio y escudo. En el Salmo 3,4-6, Dios es quien nos hace despertar sanos y salvos, porque él vigila con atención. Según el Salmo 27,5, Dios protege a las personas en su tienda. Según Proverbios 18,10, el nombre de Dios es una torre fortificada que infunde seguridad. Según Isaías 25,4, Dios es el protector de los débiles. Según 2 Tes 3,3, Dios protege del Maligno. Estos y otros pasajes de las Sagradas Escrituras se refieren al tema de dar ánimo como enunciado y modelo central de interpretación de la realidad existencial.

A partir de este presupuesto, las incertidumbres y las dudas no solo esconden amenazas, sino que también pueden ser portadoras de perspectivas favorables. Además, es tarea de aquellos que creen en Dios, quien les infunde seguridad y coraje, hacer todo lo posible para garantizar que aquellos necesitados de protección y seguridad puedan a su vez disfrutar de ellas. Quien cree en el Dios benevolente que ofrece protección hace referencia constantemente a esta tarea para sí y para los demás, teniéndola siempre en mente y orientando sus acciones en consecuencia. También la Iglesia ha adoptado esta filosofía. La constitución pastoral *Gaudium et spes* (GS) del Concilio Vaticano II lo aclara desde el principio: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón» (GS 1). En la constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium* (LG), del mismo Concilio, la Iglesia es entendida como signo e instrumento, que en el contexto del término *safe* aquí discutido pueden interpretarse de la siguiente manera: por un lado, la Iglesia misma es un *safe space*, que ofrece protección, mostrando al mundo lo que significa vivir juntos en seguridad (signo); por otro lado, la Iglesia se esfuerza para que las personas puedan sentirse seguras siempre y en todas partes (instrumento).

«Safe», «safety», «safeguarding»

Dado que estamos delineando la misión destinada a garantizar que las personas puedan y deban sentirse seguras (*safeguarding*), esta tarea puede parecer más sencilla de lo que realmente es. Mucho depende de lo que se entienda por seguridad o «sentirse seguro». Aquí es donde surge un gran problema, porque no todo lo que puede considerarse seguro es también beneficioso para la existencia humana en el sentido más amplio del término. Por ejemplo, no hay duda de que una prisión de máxima seguridad es, en ciertos aspectos, uno de los lugares más seguros dentro de

la sociedad. Al mismo tiempo, sin embargo, es un lugar en el que las libertades civiles están notablemente reducidas, las opciones son prácticamente inexistentes y el potencial de crecimiento personal es teóricamente posible, pero en la práctica se realiza solo en una medida muy limitada.

Además del ejemplo recién mencionado, otros elementos también demuestran cuán necesario es aclarar lo que se entiende por seguridad o «sentirse seguro». La Iglesia también posee experiencias relevantes en su área de responsabilidad, en lo que respecta a la correcta gestión de los casos de abuso. Si las medidas indudablemente necesarias para la protección de niños y adolescentes se entienden y conciben de manera tal que producen un efecto dañino en aquellos que deben ser protegidos, surge la pregunta natural sobre qué no está funcionando bien y por qué. Por lo tanto, no podemos evitar preguntarnos qué entendemos exactamente por «seguridad». En este contexto, un ejemplo clásico es el de la educadora en servicio eclesial o del sacerdote que no se atreve a levantar del suelo al niño que se ha caído, o ayudarlo a levantarse, debido a las reglas de distanciamiento, porque podría ser acusado injustamente de haber querido tocarlo con intenciones disimuladas y malsanas. Evidentemente, no es posible afirmar que el niño caído esté adecuadamente controlado, protegido y cuidado frente a tales reacciones motivadas por el miedo. Una vez más, se entiende claramente que no debe haber ninguna duda, especialmente en la Iglesia, sobre el significado de «sentirse seguro» y «seguridad». Todos los miembros de la Iglesia necesitan esta transparencia; de lo contrario, corren el riesgo de convertirse en falsos profetas, promotores de vigilancia totalizadora, aislamiento, proteccionismo invalidante e inmovilismo en el ejercicio de su tarea profética de *safeguarding*, de búsqueda de la seguridad y del concepto de «sentirse seguro».

En el ámbito eclesiástico, se discute sobre la definición de seguridad, aunque en parte bajo otros aspectos, tales como la cuestión de la reputación pública de la Iglesia, la presión política secular, la actitud de la prensa hacia la Iglesia, la autoridad de la Iglesia en materia de cuidado pastoral, etc. En ciertos casos, esta discusión puede llevar a algunos a rechazar las nuevas sensibilidades, deduciendo de la unilateralidad y los excesos relacionados con la seguridad que es sustancialmente imposible adoptar medidas sensatas al respecto.

Es importante hacer una distinción. En cuanto a la acción profética de la Iglesia, esto significa en primer lugar enfocarse en la palabra de Dios. En este sentido, el reino de Dios se manifiesta como la visión y el ideal de espacios seguros, relaciones seguras, procesos seguros, es decir, un ambiente y un contexto de vida seguros. Esto es particularmente evidente en Isaías 11,8-9: «El niño de pecho jugará sobre el agujero de la cobra, y en la cueva de la víbora, meterá la mano el niño apenas destetado. No se hará daño ni estragos en toda mi Montaña santa». En Romanos 14,17, el reino de Dios se equipara a la justicia, la paz y la alegría en el Espíritu Santo y, al mismo tiempo, en la segunda carta de Corintios se afirma que donde opera el Espíritu del Señor hay libertad (3,17). Relacionando estas afirmaciones con las mencionadas anteriormente, en las que se sostiene que el Señor es escudo, protección y fortaleza, emergen dos aspectos esenciales y complementarios de la seguridad y del concepto de «sentirse seguro». Por un lado, encontramos el aspecto más defensivo y protector de la fortaleza: se trata de protección contra algo, por lo tanto, un enfoque negativo

de la seguridad. Por otro lado, está el aspecto más habilitador, que se centra en la seguridad para algo, como se describe en el principio de libertad, y esto confiere a la seguridad una connotación positiva.

El concepto *defensivo* de seguridad apunta a poner a las personas a salvo de posibles peligros que podrían dañarlas física y mentalmente hasta el punto de hacerles perder futuras potencialidades. La protección contra la manipulación y el control externo tiende al mismo objetivo, así como la protección contra la vergüenza y la humillación, que terminan aislando y alejando a las personas de su contexto social. Tampoco debe olvidarse la protección contra problemas insuperables, relacionados con la falta de seguridad y estabilidad, por ejemplo, en las relaciones con los demás o en los diversos medios de subsistencia, o con la incapacidad inadecuada para gestionar las tareas y desafíos que se puedan enfrentar.

Un aspecto *habilitador* de la seguridad está representado por los procesos de crecimiento en los que, por ejemplo, se permiten errores y fallos en las fases de experimentación y aprendizaje, sin que estos causen daños permanentes a sí mismos o a los demás o cierren oportunidades futuras. La seguridad, cuyo ámbito de influencia permite diversidad y variedad, protege al individuo de ser absorbido por una colectividad de cualquier tipo, y a la colectividad misma de la disgregación. Los individuos son valorados, reconocidos y responsabilizados gracias a la participación en las actividades de la comunidad y a la experiencia de autoeficacia y solidaridad.

Concretizaciones

Si los observamos detenidamente, los ejemplos aquí mencionados pueden ilustrar de manera efectiva las principales características de lo que conceptualmente puede entenderse como seguridad y el correspondiente *safeguarding* (es decir, el intento de lograr lo que se entiende como seguridad).

Primero: seguridad y «safeguarding» como ejercicio dialéctico

Si la seguridad contiene en sí misma los dos aspectos o polos, el más defensivo y el más habilitador, lo mismo debe aplicarse al *safeguarding*. Hasta ahora, el aspecto negativo, defensivo y protector ha sido determinante para proteger la integridad y la dignidad de las personas, para no convertirlas en meros objetos, cosas en relación con las aspiraciones y las intenciones de otras personas. Sin embargo, una definición tan unilateral de las prioridades es problemática, porque en ciertas circunstancias puede relegar a los protegidos a un papel de pasividad frente a los protectores, y por lo tanto también de dependencia de estos últimos. Se puede superar este problema solo teniendo en cuenta simultáneamente el aspecto habilitador de la seguridad y, al mismo tiempo, el *safeguarding*. En este caso, la seguridad no se entiende como defensa, sino como protección en el contexto de un yo responsabilizado y de una promoción sustancial de la resiliencia que fortalece a los individuos y grupos (comunidades parroquiales, etc.).

Segundo: seguridad y «safeguarding» como tema antropológico universal

El concepto de seguridad se basa en datos antropológicos básicos que describen a las personas como seres sociales en conflicto con su individualidad. El ser humano se revela como un ser capaz y necesitado de crecimiento, y es precisamente por eso que se encuentra expuesto a tantos peligros que ponen en riesgo su seguridad. Siempre existe un posible riesgo de fracaso, impedimento y limitación, y por lo tanto una incertidumbre atribuible a varias condiciones contingentes. Frente a estos presupuestos generales sobre el ser humano, es innegable que el tema de la seguridad y el *safeguarding* concierne esencialmente a todos los individuos, aunque algunos grupos de personas parecen estar más en riesgo en términos de inseguridad debido a situaciones particulares (como los niños por necesidades psicológicas relacionadas con el crecimiento, o los migrantes debido a sus condiciones socio-políticas) y por lo tanto son clasificados como «categorías vulnerables». Aunque todavía hay muchas preguntas abiertas sobre tales categorizaciones, es de alguna manera comprensible que el tema del *safeguarding* se haya centrado inicialmente en gran medida en la protección y seguridad de los niños y adolescentes a la luz de los casos de abuso de menores y sujetos bajo tutela que han surgido dentro del área de responsabilidad de la Iglesia. Sin embargo, dado que la seguridad es un problema que concierne a todos, el concepto de *safeguarding* debe aplicarse de manera mucho más amplia. Es una necesidad antropológica universal.

Tercero: seguridad y «safeguarding» desde la perspectiva de la diversidad

El ser humano se expresa en la tensión entre individualidad y sociabilidad. Esto se refleja también en el significado de seguridad y *safeguarding* de manera muy precisa y concreta. Que una situación sea percibida como segura, que la seguridad sea vista como intrínseca a dicha circunstancia, depende tanto de la percepción personal como de las diferentes orientaciones y modelos culturales. Por ejemplo, mientras que en algunas culturas la idea de seguridad está estrechamente ligada al cumplimiento adecuado de las reglas, en otras no necesariamente es así. Mientras algunas personas no se sienten seguras en absoluto en ciertas condiciones, otras pueden percibir la misma situación de manera completamente diferente, es decir, como segura o al menos no tan alarmante. Teniendo en cuenta seriamente las diversidades en materia de seguridad y *safeguarding*, la conclusión es una sola: es difícil o incluso imposible identificar un único concepto de seguridad y *safeguarding* que sea válido para todos y en todas partes. En cualquier caso, se requiere un entendimiento dialéctico e intercultural entre todas las partes involucradas sobre qué se entiende por seguridad y *safeguarding* y cómo es posible lograr ambos.

Cuarto: seguridad y «safeguarding» como desafío de «networking»

La seguridad y, por extensión, el recurso al *safeguarding*, son tan diversos como la vida misma. Limitar los temas de seguridad y *safeguarding* al ámbito de la sexualidad o la violencia sexual sería igual de erróneo que considerar que estos aspectos son menos importantes que todas las demás áreas de la vida. La persona es una unidad de espíritu, alma y cuerpo y, considerando todas las facetas del ser humano, los riesgos pueden asumir formas diversas y no se pueden excluir las ambigüedades, como la explotación económica, la violencia física, la amenaza de la guerra, la marginación cultural y mucho más. No es casualidad que uno de los documentos vaticanos más recientes, *Dignitas infinita*, haya enfatizado las numerosas amenazas a la dignidad humana. A la luz de todas estas consideraciones sobre la degradación y la devaluación del ser humano, no existen seguridades. El *safeguarding* no puede permitirse elegir selectivamente las áreas de riesgo social e interpersonal, de lo contrario se convertiría en mera apariencia que pretende hacer creer al público que se está «interesado», cuando en realidad no es más que un engaño.

Así es como debe configurarse el *safeguarding* gestionado por la Iglesia: por un lado, todos los servicios eclesiales que se preocupan por una existencia humana digna y viable como compromiso pastoral y caritativo de la Iglesia deben establecer redes. Esto se aplica a la asistencia a los pobres, los servicios para inmigrantes, la asesoría psicológica y la guía espiritual. Por otro lado, las unidades de *safeguarding* recientemente establecidas en la Iglesia no deben considerarse solo como sujetos activos en la lucha contra el abuso, sino en un sentido más amplio, en tanto custodios de los temas de seguridad y *safeguarding* como misión profética en amplios círculos, que promueven actualizaciones profesionales adicionales y reúnen a los diversos actores eclesiales como se describió anteriormente.

Quinto: seguridad y «safeguarding» como proceso

Los abusos ocurridos en todo el mundo en el ámbito de responsabilidad de la Iglesia demuestran de manera irrefutable que, independientemente de las motivaciones, la seguridad y el *safeguarding* no siempre han gozado de la misma prioridad. Y aún hoy, a pesar de los numerosos esfuerzos realizados para abordar los trágicos acontecimientos que han ocurrido, no debemos hacernos ilusiones. Por muy importante que sea un tema, no puede mantener la misma atención a largo plazo. Otros aspectos pueden surgir y tomar el centro del escenario debido a urgencias y desarrollos sociales y políticos, superponerse y convertirse en rutinas que terminan desviando la atención. Esto no significa que necesariamente debemos estar de acuerdo con estos cambios y transformaciones, pero debemos ser conscientes de ellos y abordarlos deliberadamente si queremos tratar el tema con perspicacia.

Es necesario aclarar las etapas durante las cuales un tema particularmente importante ha sido descuidado o ignorado, analizar las consecuencias de tales desarrollos no deseados y considerar qué medidas preventivas deben tomarse para

garantizar que los temas que deben abordarse con urgencia, como la seguridad y el *safeguarding*, no sean nuevamente descuidados sin motivo. Una pequeña nota al margen: el procedimiento de tres fases de aclaración, revisión y prevención no se centra solo en si el *safeguarding* se aplica con el tiempo, sino también en cómo funciona efectivamente. En caso de cualquier violación de la seguridad destinada a garantizar la dignidad y la integridad humanas, se deben determinar sus motivaciones, gestionar sus consecuencias y evitar el riesgo de repetición.

Además, algunos temas, como el *safeguarding* en su conjunto, se desarrollan y evolucionan con el tiempo. A veces las soluciones identificadas ya no son factibles o no están lo suficientemente articuladas y deben ser complementadas y corregidas. En esta perspectiva, no es razonable pensar que, una vez elaborados, los conceptos, directrices y similares puedan permanecer inalterados en el tiempo. Se requiere una gestión consciente de la calidad que responda concretamente a la dinámica de las evoluciones que se delinean en este contexto y busque dar forma a ellas para garantizar un *safeguarding* efectivo. Es una operación que debe realizarse con convicción y no puede simplemente imponerse. Al igual que el *safeguarding* en su conjunto, esta se basa en una actitud personal marcada por la sensibilidad hacia las necesidades del prójimo, la disposición a defender a estas personas y los conflictos casi inevitables que surgen, dar prioridad a quienes están en riesgo sobre el propio beneficio personal, la apertura al cambio, la mejora y enfrentar deliberadamente los propios errores y debilidades.

Sexto: seguridad y «safeguarding» como intercambio bidireccional

La seguridad y la dignidad humana están estrechamente relacionadas con el *safeguarding*. Sin seguridad, la dignidad de las personas está pronto en peligro; sin dignidad, la seguridad de las personas está amenazada de inmediato. Este último caso ocurre especialmente cuando las medidas de *safeguarding* se planifican e implementan sin la participación adecuada de aquellos que deben ser protegidos. Las personas a proteger pueden convertirse en meros objetos o incluso en una oportunidad de visibilidad y autopromoción para los encargados del *safeguarding*. En última instancia, las personas a proteger terminan dependiendo de los encargados de su tutela y/o las medidas adoptadas por estos últimos no responden a sus necesidades reales. Por lo tanto, cualquier iniciativa de *safeguarding* sin la participación de aquellos cuya seguridad se pretende permitir y garantizar en la medida de lo posible debe ser excluida. En cierto sentido, esta participación también constituiría un *safeguarding* de los propios guardianes. De esta manera, no corren el riesgo de pasar por encima de aquellos a quienes intentan proteger.

Séptimo: seguridad y «safeguarding» como proyecto contingente

La seguridad al 100% no existe, en ningún lugar o momento. Hay varias razones que justifican esta afirmación. Los riesgos generales relacionados con la existencia, como

la posibilidad de morir, enfermar gravemente o experimentar dolor en las relaciones, son tan indicativos como los esfuerzos humanos por obtener seguridad, a su vez sujetos a ciertas incertidumbres relacionadas con límites antropológicamente inevitables. Quienes se ocupan del *safeguarding* deben darse cuenta de que, aunque sea posible esforzarse al máximo por la seguridad, esta nunca podrá ser garantizada al 100%. Es importante ser conscientes de ello para evitar decepciones, desaliento y desmotivación. Sin embargo, reconocer los límites de la propia labor en el ámbito del *safeguarding* tiene otra implicación: ayuda a trazar la línea divisoria entre un deseable compromiso incondicional hacia quienes necesitan protección y un fanatismo que debe ser rechazado, porque no distingue entre seguridad y coerción, salvaguardia y totalitarismo, justicia y fundamentalismo, dedicación y arrogancia.

Perspectivas

De las reflexiones anteriores sobre el tema de la seguridad y el *safeguarding* surge un concepto fundamental: el *safeguarding* como obra profética de la Iglesia es una tarea compleja. Puede tener éxito solo si se entiende como una responsabilidad compartida entre todos aquellos que conviven y trabajan juntos en diversas estructuras sociales. La mejor solución para alcanzar este objetivo es informarse y comunicarse con los demás al respecto (transparencia), coordinarse involucrándose (compromiso) y ser capaces de rendir cuentas mutuamente de lo que se hace (responsabilidad). Si todas las intervenciones de protección se orientan hacia estos tres principios, entonces el *safeguarding* mismo transmitirá con la máxima eficacia los conceptos de transparencia, compromiso y responsabilidad.

Transparencia, compromiso y responsabilidad son los pilares fundamentales de la lucha contra los abusos de cualquier tipo, que, en última instancia, derivan todos del abuso de poder. Transparencia, compromiso y responsabilidad limitan el poder sin gobernarlo, no dejándolo a merced de la falibilidad inherente a todo ser humano, sino poniéndolo en relación con la comunidad de los sujetos sobre los que se ejerce este poder. Muchos casos de abuso ocurridos en el ámbito de responsabilidad de la Iglesia y sus encubrimientos se podrían haber evitado si estos tres principios se hubieran aplicado con más firmeza. Sin embargo, a menudo ha sido necesario – y lo sigue siendo – un impulso externo a la Iglesia, para que su ministerio profético en el ámbito del *safeguarding* pudiera volver a operar correctamente.

En tal contexto, no es demasiado presuntuoso afirmar que incluso los profetas necesitan ser corregidos y motivados a actuar. Esto no disminuye el papel del ministerio profético de la Iglesia en el mundo. Después de todo, la cuestión no está en satisfacer la arrogancia eclesiástica, sino en el compromiso positivo de seguir los pasos de Cristo. Este compromiso no excluye el intercambio y la cooperación con quienes se dedican a la protección fuera de la Iglesia, al contrario, está concebido precisamente en esa perspectiva. Pensemos en las palabras de Jesús en Lucas 9,50: «el que no está contra ustedes, está con ustedes»; para el caso: «El que no está contra el *safeguarding*, lo apoya junto a ti». Estas incipientes colaboraciones, en sus diversas formas, no solo generan sinergias, sino que también nos ayudan a no olvidar fácilmente un componente esencial de nuestra tarea: erguirnos como profetas y alzar

la voz por la seguridad de las personas, por su dignidad e integridad dentro y fuera de la Iglesia.

Hoy, el Sínodo de los Obispos 2021-24, en sus declaraciones sobre el tema de una Iglesia sinodal, ha dado un gran impulso al servicio profético de la Iglesia en el mundo en lo que respecta al *safeguarding*. En efecto, además de tratar el tema de la seguridad y el estrechamente relacionado del *safeguarding*, considera la protección como particularmente afín a la misión de la Iglesia. Cabe esperar que las indicaciones aquí expuestas sean aún más profundizadas en las deliberaciones posteriores del Sínodo.

► COMUNICACIÓN

La comunicación externa e interna en la Familia Salesiana

Maciej Makula SDB

Introducción

La comunicación institucional se refiere a las actividades que realiza una organización y sus representantes con la finalidad de generar y transmitir información a individuos, grupos y comunidades, así como para obtener *feedback*. Las organizaciones realizan actividades de comunicación externa e interna, en el transcurso de las cuales dan al público información relevante sobre eventos, así como sobre los objetivos, valores, misión y visión de la organización. Los canales de comunicación son a veces diferentes, al igual que la propia audiencia. En los últimos años, las instituciones han puesto un claro énfasis en obtener un *feedback* de los destinatarios, por lo que esta comunicación se denomina a veces comunicación bidireccional.

La comunicación externa es la transmisión de información afuera de la organización a una amplia audiencia. En este caso, la entidad tiene como objetivo construir una imagen positiva e informar de manera confiable a quienes no están directamente involucrados en la organización sobre sus actividades. La comunicación interna, por su parte, es la transmisión de mensajes dentro de una organización a quienes forman parte de ella. Tales declaraciones ayudan a las personas a comprender la misión y la visión, así como a orientarse hacia actividades y planes específicos de la organización.

En los principios fundamentales de la comunicación encontramos la afirmación de que cuando una institución cesa las actividades comunicativas pertinentes, este rol es asumido por otros actores, con diferentes resultados: negativos o positivos. El silencio en el espacio mediático de una institución no es el *casus* preferido de los medios y periodistas. En este caso, la organización no construye una narrativa y no es proactiva, sino reactiva en sus actividades de comunicación. Por eso es muy importante sensibilizar poco a poco sobre la comunicación adecuada, pero también preparar profesionalmente a personas específicas para estas actividades.

En este contexto, sin embargo, es importante recordar que “(...) muchas veces se explota la comunicación para que el mundo nos vea como nos gustaría ser y no por lo que somos”⁵. La comunicación en la Iglesia “(...) no debe reducirse nunca a un artificio, -diríamos hoy- una estrategia de marketing, sino que debe ser el reflejo del alma, la superficie visible de un núcleo de amor invisible a los ojos”⁶.

El corolario de la comunicación institucional es su identidad, se decide, el conjunto de características que la configuran. En el caso de la Familia Salesiana, es necesario registrar la historia, el carisma, los santos y beatos de la comunidad salesiana guiada por Don Bosco, todas las instituciones y actividades de la Familia Salesiana en el mundo, los responsables y todas las personas concretas que forman esta gran familia.

Comunicación externa

La comunicación externa se da muchas veces a través de medios que no pertenecen a la organización, pública o privada que sea. En este caso, el contacto con los periodistas y con quienes producen contenidos para estos medios es muy relevante. Al hacerlo, es esencial tratar de interesar a los medios de comunicación individuales en la actividad positiva y no solo en la movilización de fuerzas durante las crisis emergentes. Construir puentes con los medios en ‘tiempos de paz’ es una tarea difícil y lenta, pero con beneficios tangibles. Por el contrario, derrumbar rápida y de manera irreflexiva estos puentes, a menudo por razones emocionales y falta de conocimiento adecuado, conduce al aislamiento, la confusión y a nadar en aguas informativas solitarias y alejadas de la costa.

La transmisión de información hacia el exterior también puede realizarse a través de los medios propiedad de las instituciones, en este caso de la Familia Salesiana. Estos permiten a los proponentes del proyecto controlar mejor el proceso de entrega y creación de contenido. Para algunas empresas, sucede que este contenido no está preparado profesionalmente. En consecuencia, ante la ingente cantidad de datos de la infoesfera, desaparecen aquellos que no se preparan con mucho cuidado. Por esta razón, vale la pena asegurarse de que su contenido esté preparado de una manera que interese a su audiencia e influya en sus decisiones.

Probablemente una tarea importante que debe afrontar la Familia Salesiana es la profesionalización de los contenidos, que van de la mano de la colaboración de personalidades específicas en el grupo creado. La experiencia de las últimas décadas muestra que la creación de mensajes mediáticos profesionales generalmente se realiza en equipos. Crear contenidos por sí solo crea el riesgo de permanecer en la isla solitaria de las propias expectativas y la propia burbuja de información. Para lograr los resultados deseados, es recomendable considerar la posibilidad de invitar a profesionales competentes para trabajar con ellos, estando preparados para invertir una cantidad de dinero razonable. En este punto, cabe destacar que en

⁵ Messaggio del Santo Padre Francesco per la 57ma Giornata Mondiale Delle Comunicazioni Sociali, <https://www.vatican.va/content/francesco/it/messages/communications/documents/20230124-messaggio-comunicazioni-sociali.html>, 2023.

⁶ Ibid.

muchas partes del mundo, la Familia Salesiana gestiona con éxito y profesionalidad sus medios tradicionales, como la televisión, la radio y los periódicos, así como los que están asociados al rápido desarrollo de Internet y las redes sociales.

Dentro de la Familia Salesiana, en todo el mundo, es bastante fácil encontrar personalidades interesantes, incluso fascinantes, que atraen a millones de espectadores, oyentes o lectores. Tienen una responsabilidad especial por los mensajes que promueven. Para millones de espectadores en el espacio de los medios digitales, estos creadores de contenido de vanguardia o personas influyentes se convierten en una luz brillante, una autoridad y un faro. En tales casos, estos innovadores e influenciadores deben ser apoyados y, si es necesario, las acciones deben ser corregidas fraternalmente. Por otra parte, en situaciones donde la emoción de la actuación pública o el llamado 'narcisismo mediático' se impone a un enfoque lógico, racional y evangélico, conviene intervenir con firmeza.

Crear contenido para medios tradicionales y digitales requiere una variedad de habilidades. Así como un niño pequeño aprende lentamente a caminar, una institución construye su laboratorio de conocimientos y medios de la misma manera. Para prepararse y realizar una conferencia de prensa, escribir una declaración durante una crisis o participar en un debate televisado en vivo sobre la diferencia entre el enfoque de la Iglesia del Papa Francisco y el Papa Benedicto XVI, necesita las calificaciones adecuadas y la capacitación en medios. Trabajar en los medios requiere experiencia, compromiso, conocimiento y sensibilidad. Probablemente, esta sensibilidad será diferente en África, Asia, América y Europa por razones culturales, herramientas tecnológicas, acceso a Internet y redes sociales. Por otra parte, en todos los continentes, los medios de comunicación modernos facilitan llegar a la generación más joven, que poco a poco va asumiendo la responsabilidad de instituciones relacionadas con la Iglesia, la política o la economía.

En el trabajo mediático de muchas instituciones de la Familia Salesiana, la figura del responsable de prensa y de la oficina de prensa es preciosa. El encargado de prensa o portavoz se puede definir como el líder, la cara de la organización, mientras que la oficina de prensa ayuda a construir y difundir mensajes escritos, de audio y video apropiados. Los creadores de contenido tienen una comprensión básica de cómo construir mensajes para diferentes medios y audiencias. Un video corto de Tik Tok sobre una fiesta infantil se escribirá de manera muy diferente a un programa de debate serio en la televisión pública nacional sobre la elección de un nuevo Papa. Se escribirá de manera diferente un artículo en el Boletín Salesiano y una publicación de Facebook. Será diferente transmitir el funeral de un Papa y completamente diferente transmitir un concierto en vivo de un grupo cristiano de hip-hop.

Otro tema es el de las emociones en la comunicación externa en las personas que representan a la institución. De ahí la importancia de los estudios, capacitaciones o cursos para hablar frente a la cámara, para escribir declaraciones de crisis, para la capacidad de formular mensajes concisos en las redes sociales, para los principios de la retórica y la erística. Tanto por parte de los líderes de la institución, como por parte de quienes se comunican con los medios, pueden surgir emociones fuertes durante una crisis real, y por lo tanto una crisis de información. Asimismo, la expresión de

emociones relacionadas con sentimientos positivos y novedades dentro de la institución también debe estar adecuadamente balanceada.

Un desafío considerable es la correcta comunicación externa en las llamadas situaciones de crisis dentro de la Familia Salesiana. La práctica demuestra que, literalmente de la noche a la mañana, pueden surgir casos mediáticos que sorprendan y trastornen la agenda del día. Al mismo tiempo, es un hecho que la mayoría de las crisis se pueden predecir y, a menudo, se trata de las llamadas crisis progresivas que se han ido acumulando durante años pero que no se han supervisado adecuadamente. Una vez que ha estallado el bombazo de una crisis mediática, conviene recordar el principio de hablar con los medios, lanzar los mensajes adecuados, constituir un equipo de crisis y, si es necesario, obtener asesoramiento especializado. Periodistas y público perciben muy mal una actitud de silencio por parte de las instituciones durante una crisis. En la mente de la opinión común, sin embargo, esto suele equivaler a una admisión de culpabilidad. En estos casos, la palabra es plata, pero el silencio no es oro.

La comunicación externa es la comunicación positiva cotidiana que construye sistemáticamente la imagen de la institución y presenta las actividades reales relacionadas con los objetivos estatutarios. En todo el mundo, la Familia Salesiana es una poderosa fuerza de cambio en los países y las sociedades. El carisma de Don Bosco en tiempos de pandemia y de guerra es tanto más una semilla que, gracias a los medios, cae en terreno fértil y fecundo. La gente, en un momento de confusión, desea esperanza: buena información sobre sabias actividades educativas, compromiso en el campo misionero u orientación para una vida religiosa profunda. También es importante recordar que nunca en la historia de la humanidad ha existido un púlpito como el de Internet y las redes sociales que, teóricamente, tiene un impacto en varios miles de millones de destinatarios.

Comunicación interna

La comunicación interna dentro de las instituciones de la Familia Salesiana es tan importante como la comunicación externa. Consiste en actividades planificadas y asume objetivos de comunicación específicos. Un adecuado proceso de comunicación se traduce en una fuerte motivación hacia el trabajo, compromiso y lealtad. De esta manera, a través de la retroalimentación, los dirigentes pueden comprender mejor las acciones realizadas dentro de la institución. Los objetivos de la comunicación interna incluyen compartir conocimientos y estrategias, transferir información, integrar, motivar y construir relaciones.

Para aumentar la eficiencia de los procesos de comunicación interna, es especialmente importante garantizar que las oficinas de prensa funcionen adecuadamente. Por otro lado, un mensaje diversificado en múltiples canales de información, elaborado por los gestores, asegurará el éxito de la información. Al mismo tiempo, se debe enfatizar que la comunicación interna es un proceso bidireccional que lleva tiempo. “La influencia y el compromiso se refiere a la realización de una comunicación bidireccional, donde no solo se comunica

información, sino que también se busca información de los empleados. En este sentido, es muy importante fomentar sus opiniones, ideas y oportunidades de co-decisión en la ejecución de actividades importantes para el desarrollo de la empresa”⁷.

Las organizaciones suelen tener canales internos adecuados para comunicar información: boletines, sitios web, páginas de fans, grupos cerrados de redes sociales, volantes, hojas informativas electrónicas, correos electrónicos, tableros de anuncios, carteles, cursos de capacitación, talleres, mensajería instantánea, reuniones en vivo y en línea, visitas informales de los superiores, información proporcionada directamente en reuniones y grupos. La buena comunicación en una institución a menudo comienza con un tablón de anuncios (ya sea en papel o electrónico en Internet) colocado en un lugar apropiado. La información completa sobre las actividades de la institución es muy estimulante para futuras iniciativas exploratorias e innovadoras entre colegas. Por el contrario, la falta de comunicación interna aumenta el riesgo de irritación creciente, evaluación incorrecta de los procesos y disminución de la motivación laboral.

Los siguientes elementos de comunicación interna se pueden encontrar en la Enciclopedia de Gestión⁸:

- decir siempre la verdad, hablar clara y sencillamente,
- las crisis surgen como resultado de una falta o un defecto en la comunicación interna dentro de la empresa,
- cuanto más sepa sobre la organización, mejor podrá lograr resultados de comunicación,
- el empleado debe ser informado de esto antes de la prensa,
- un grupo de empleados no debe ser contrapuesto a otro,
- debe establecerse y mantenerse una comunicación bidireccional,
- las herramientas simples funcionan con la misma eficacia que las complejas,
- los efectos no son inmediatos,
- la comunicación interna es un proceso continuo.

Las situaciones de crisis parecen ser un momento especial en la comunicación interna, donde se debe tener cuidado para asegurar que la información se comunique de manera uniforme. Es ampliamente reconocido que la principal fuente de crisis internas en las instituciones es la falta de comunicación adecuada entre colegas. Según un estudio, el 86 % de los empleados y gerentes citan la comunicación ineficaz como la razón principal del fracaso en el lugar de trabajo⁹. Sin una comunicación clara, los objetivos siguen siendo vagos, lo que da lugar a interpretaciones equivocadas y aumenta la probabilidad de errores y malentendidos. Cuando ocurre

⁷ Klaudia Smolağ, Beata Ślusarczyk, Komunikacja wewnętrzna – innowacyjny aspekt współczesnego zarządzania organizacją, Studia i Prace WNEIZ US, nr 52/2 2018, p. 206.

⁸ Wojciech Korona, Dawid Wójcik, Encyklopedia zarządzania, Komunikacja wewnętrzna, https://mfiles.pl/pl/index.php/Komunikacja_wewnetrzna.

⁹ Pumble, Workplace communication statistics, <https://pumble.com/learn/communication/communication-statistics/>, 2022.

una falta de comunicación, los empleados se sienten ignorados, infravalorados o engañados. Esto no solo afecta la productividad, sino también la moral al aumentar la tasa de turnover¹⁰. En algunos casos, por tanto, es recomendable asegurarse de que el estado actual de la comunicación interna está correctamente diagnosticado.

Una comunicación de mala calidad y la falta de una estrategia adecuada pueden hacer más daño que bien. Los errores comunes incluyen: falta de claridad en la comunicación: las comunicaciones internas más efectivas son directas y simples; la elección de herramientas de comunicación inadecuadas: comprender lo que es importante para las personas y saber cómo quieren comunicarse es fundamental; una renuencia a recibir retroalimentación: entonces esta es una comunicación unidireccional, que empobrece en gran medida la colaboración; liderazgo excesivamente autoritario o insuficiente; sobrecarga de información; comunicación excesivamente fragmentada; desajuste entre los objetivos del empleado y de la empresa; falta de una cultura corporativa unificada; falla en cerrar el llamado bucle de retroalimentación con una respuesta adecuada¹¹.

Los procesos reflexivos de comunicación interna brindan beneficios tangibles. En una institución que funciona bien, los empleados también se preocupan por la cultura personal, la expresión y los principios éticos de presentar contenido en los medios tradicionales y en Internet, lo que a menudo se conoce como netiqueta. Esta actitud configura una imagen positiva del individuo y de la institución en su conjunto en los medios de comunicación. La responsabilidad por los contenidos que se publican hoy es enorme y requiere acciones concretas a nivel individual e institucional. Además, cabe recordar que: "El correcto funcionamiento de la comunicación interna determina en gran medida la eficacia de la comunicación externa, ya que existe una relación significativa entre los dos tipos de comunicación, y es también una de las dimensiones fundamentales de la gestión eficaz de las organizaciones"¹².

Conclusión

La comunicación externa e interna son procesos complementarios. Uno sin el otro no funcionará bien, será cojo. En este caso, se puede utilizar con éxito una comparación desde el campo de los deportes. Un velocista que comienza una carrera con una sola zapatilla corre el riesgo de no tener la eficiencia necesaria. Seguro que no llegará al 100% de la meta y al mismo tiempo pondrá en riesgo su imagen. La mencionada complementariedad en la comunicación supone también la conciencia

¹⁰ Workplace, I 7 strumenti principali per la comunicazione interna, <https://it-workplace.com/blog/top-internal-communication-tools>.

¹¹ Bitrix24, Errori di comunicazione sul posto di lavoro? Ecco i 5 motivi principali, <https://www.bitrix24.it/articles/errori-di-comunicazione-sul-posto-di-lavoro-ecco-i-5-motivi-principali.php>; Workplace, I 7 strumenti...

¹² Ewa Mazur-Wierzbicka, Komunikacja wewnętrzna w organizacji – wybrane aspekty, Studia i Prace WNEiZ US nr 44/2 2016, p. 69.

de la interpenetración de dos procesos que, aunque dirigidos a públicos distintos, se entrecruzan en muchos puntos y conducen a un único objetivo, a una meta común.

Para la Familia Salesiana se aplican los mismos principios de comunicación que para las grandes organizaciones y empresas. La proactividad, las diversas formas de comunicación o la profesionalidad aseguran el mensaje adecuado. De esta manera, se orientará al destinatario hacia actividades específicas y los medios interesados recibirán la cantidad adecuada de información. Se observa claramente, a partir de las afirmaciones presentadas anteriormente, que una comunicación institucional externa e interna coherente es expresión de la preocupación de la Iglesia por informar y evangelizar, pero también por estar presente en la vida pública de toda la sociedad.

La Familia Salesiana funciona a escala global y, así percibida, manifiesta una gran fuerza en una perspectiva amplia. Pocas instituciones pueden presumir de un número tan elevado de miembros reunidos en torno a un único objetivo. Pocas organizaciones tienen una influencia tan poderosa en las decisiones y acciones a nivel local, nacional e internacional. Otra característica, en el caso de la Familia Salesiana, es un fuerte propósito común, muy diferente de las típicas empresas e instituciones con fines de lucro.

En este contexto, el papa Francisco, en su Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones 2023, habla de su sueño. “Sueño con una comunicación eclesial que sepa dejarse guiar por el Espíritu Santo, manso y al mismo tiempo profético, que sepa encontrar formas y métodos nuevos para el anuncio maravilloso que está llamada a llevar al tercer milenio Una comunicación que pone el foco en la relación con Dios y con los demás, especialmente con los más necesitados, y que sabe encender el fuego de la fe antes que conservar las cenizas de una identidad autorreferencial”¹³.

¹³ Messaggio del Santo Padre Francesco per la 57ma Giornata Mondiale...

CARISMA

Carta de Roma del 10 de mayo de 1884

Los elementos más significativos¹⁴

Don Bosco escribió una carta desde Roma a sus Salesianos para advertirles del riesgo de perder la naturaleza verdaderamente "salesiana" de estar entre los jóvenes, educándolos y evangelizándolos. Un modo de estar presente entre los jóvenes que implica amar, exige la visibilidad de este amor, sabe suscitar preguntas, proporcionar modelos, hace nacer sueños, proyectos y perspectivas, y finalmente genera hombres y mujeres maduros capaces de construir el Reino de Dios al servicio de sus hermanos. En los últimos tiempos, el Rector Mayor Emérito Padre Pascual Chávez Villanueva ha propuesto una lectura actualizada de esta carta, que es y sigue siendo una piedra angular carismática para toda la Congregación y para la Familia Salesiana.

La carta-sueño de Don Bosco escrita desde Roma en mayo de 1884, deja clara la dialéctica entre la "presencia del Carisma" y la "obra de servicios educativos o sociales". Porque puede muy bien haber presencia del carisma sin obra - como sucedió en Turín con Don Bosco, antes de que se estructurara la realidad de Valdocco, o como sucede en aquellas realidades en las que por diversos motivos las obras son imposibles; como puede haber obra sin presencia del carisma: una obra que procede por inercia, que ha perdido su capacidad de propuesta y de significación, que quizás tiene un pasado glorioso que contar, pero que ya no tiene nada que decir en el escenario social y eclesial de hoy.

Ante este riesgo, el Padre Chávez propone una relectura de la Carta de Roma, contextualizada a la realidad de hoy y a sus desafíos, a la que define como "el Evangelio de Don Bosco". Los salesianos están llamados, por tanto, a acoger a los jóvenes por lo que son, "en el estado en el que se encuentran" y a articular propuestas e intervenciones a la medida de los chicos y chicas, y de las situaciones particulares. "Se trata de buscar ese raro equilibrio entre propuestas radicales de sentido y el respeto a la dinámica personal y colectiva que cada uno necesita para alcanzarlas", continúa explicando.

¹⁴ Reflexión del 10 de mayo de 2023 con motivo del 139 aniversario de la "Carta de Roma" (publicado en <https://www.infoans.org/es/secciones/especiales/item/17955-rmg-carta-de-roma-del-10-de-mayo-de-1884-los-elementos-mas-significativos>).

La lectura del Padre Chávez identifica seis elementos más significativos en la Carta de Roma:

- **Saber utilizar el lenguaje del amor**, es decir, el gran principio de la "visibilidad del amor";
- **Comprender a los jóvenes**, el elemento racional que permite anular la distancia generacional;
- **Tener la felicidad en el corazón**, como meta de la vocación de cada uno y camino privilegiado para la evangelización;
- **Estar presente**, físicamente y en el diálogo y la confrontación sincera;
- **Superar los formalismos**, aceptando el esfuerzo de la educación para dar a los jóvenes modelos de comparación para el crecimiento;
- **Compartir la acción**, acompañando y fomentando el protagonismo juvenil.

Los elementos más significativos de la carta:

1. Saber utilizar el lenguaje del amor

—Pero ¿cómo reanimar a estos queridos jóvenes para que vuelvan a la antigua vivacidad, alegría y expansión?

—Con el amor.

—¿Amor? Pero ¿es que mis jóvenes no son bastante amados?

—Lo veo, lo sé; pero no basta; falta lo mejor.

—¿Qué falta, pues?

—Que los jóvenes no sean solamente amados, sino que se den cuenta de que se les ama.

Por tanto, no basta amar, necesitamos juntos saber usar el lenguaje del amor, sin el cual no es posible una comunicación educativa válida. Es, sin duda, el significado más transparente de la carta, enunciación del gran principio que podríamos llamar la "visibilidad del amor". Hoy estamos en la cultura de la visibilidad: lo que no aparece no existe; pero es una visibilidad que oculta, si no anula, el ser de la persona; es una visibilidad mortífera; sin embargo, hay una visibilidad vital y vivificante, que es la de la caridad; no en vano, desde los textos del Nuevo Testamento, el amor se ha asociado con la luz, irradiación de la Luz misma que es Dios. Por tanto, es necesario verificar, aprender, inventar los lenguajes del amor, para que se manifieste fuera y se convierta en don, invitación, propuesta. Ciertamente la raíz debe estar en el corazón, muestra de verdad y de eficacia. Pero no basta: los lenguajes también son un dato cultural sujeto a la evolución del tiempo. ¡No

aprendemos de una vez por todas! El lenguaje del amor es siempre el tema del "estudio asiduo" en el sentido que Don Bosco daba a esta palabra: *preocupación, compromiso, pasión*. Y nuestra cultura también se caracteriza por una desatención a los lenguajes del amor, peor aún, por una distorsión de los lenguajes naturales del amor, los sexuales, afectivos, amistosos; para que surja una profunda desconfianza entre los jóvenes: el amor es imposible, el amor es una fábula, el amor es una rareza que compete a unos pocos privilegiados.

El salesiano debe ser un apasionado cultivador de los lenguajes del amor; una lección que aprende no solo escuchándose a sí mismo sino también escuchando al otro: sus necesidades, sus sensibilidades, sus posibilidades de expresión y sus capacidades de recepción. Hoy es este -me parece- *el desafío fundamental del educador*: hacer entender que ama de verdad, que ama para siempre, que ama todo lo humano que aparece ante él y que se revela y modifica con el paso del tiempo; demostrar que ama incluso ante el rechazo, el olvido, la distorsión o el uso especulador; y convencer así al amor, o sea es dar a luz la convicción interna de que se es digno de amor y, más aún, que se es capaz de amar (y es la percepción del propio valor inalienable, es el fundamento de la propia dignidad, es la raíz de toda auténtica esperanza); y hacer intuir (pero esto también es gracia) que hay una Fuente, que es para mí y para ti, siempre abierta y disponible, nunca agotable en su inexhausta riqueza.

2. Comprender a los jóvenes

—No, repito; no basta.

—¿Qué se requiere, pues?

—Que, al ser amados en las cosas que les agradan, participando en sus inclinaciones infantiles, aprendan a ver el amor en aquellas cosas que naturalmente les agradan poco, como son la disciplina, el estudio, la mortificación de sí mismos, y que aprendan a hacer estas cosas con amor.

Por tanto, hay un *elemento de racionalidad que debe intervenir*, que es una necesidad de conocimiento que debe tomar y guiar al educador salesiano: y es *conocer a los jóvenes, comprender las situaciones, las preguntas, las necesidades de saber hacerlas frente*. Se requiere una amplia gama de conocimientos científicos y técnicos para interpretar la serie de los valores concretamente disponibles y asimilables por los jóvenes para un crecimiento válido en el presente y en la perspectiva futura. Demasiados educadores insisten en lo negativo, lo problemático, lo irracional, lo moralmente inaceptable; para dar fe así de los "no" que se debe reiterar con firmeza (alternando, a menudo, con laxismo) en lugar que los "sí" propuestos con inteligencia (razón), intuición (amor) y coraje unido a prudencia. De ahí la enemistad, la distancia de seguridad, la no escucha con una creciente divergencia del natural foso generacional; la relación se vuelve funcional e

institucional (cuando todavía existe) o se rechaza abierta o sutilmente, con todo ese patrimonio de valores que el salesiano tiene en sí mismo y que le gustaría (más que debería) transmitir, si se quiere y se interpreta como educador.

Comprender la cultura juvenil funda el compromiso para la continua formación que permite eliminar las inevitables distancias entre nosotros y los jóvenes. Es esa competencia pedagógica la que, al unirse con la simpatía y con la asidua relación, permite vivir en sintonía con los jóvenes identificando las formas de penetrar en los corazones y conquistar a la vida y al gozo. Me parece que esto sea un aspecto bastante deficiente en ciertos ambientes salesianos; basta captar la superficialidad con la que se comentan las conductas juveniles: no trasluce el deseo de *intus legere*, de leer adentro y más allá del dato; o basta con mirar la dificultad que tenemos para delinear objetivos y para diseñar itinerarios que se atengan lo más posible a las dificultades concretas y a las posibilidades no "de los" jóvenes, sino de "estos" jóvenes. Porque sigue siendo cierto que si no conoces "*lo que les gusta a los jóvenes*", es decir, lo que pasa en su mundo interior como interés, atracción, deseo, sueño, difícilmente percibirán el valor de las metas educativas que proponemos y que guardan relación con el compromiso, el esfuerzo, la dedicación (¡todos los ingredientes del verdadero amor!) precisamente los que Don Bosco sugiere cuando habla de estudio, disciplina, mortificación ... " y que aprendan a hacer estas cosas con amor".

3. Dar importancia a la felicidad

– *"Muy queridos hijos en Jesucristo: cerca o lejos, yo pienso siempre en vosotros. Uno solo es mi deseo: que seáis felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento y deseo me han impulsado a escribiros esta carta. Son palabras de quien os ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablaros con la libertad de un padre. Me parecía estar en el antiguo Oratorio en la hora de recreo. Era una escena llena de vida, movimiento y alegría".*

Para amar de verdad es necesario no perder nunca de vista el fin último, la más íntima vocación de cada uno, que es la llamada a la felicidad representada simbólicamente por la comunidad ideal soñada por Don Bosco. Y para Don Bosco, la felicidad es una vía privilegiada para la evangelización ("*que seáis felices en el tiempo y en la eternidad*"). Un estudio reciente titulado "*Dios y la felicidad*" nos ayuda a entender esto: "En el instante pleno de un momento feliz, brilla repentina e inesperadamente en la realidad de la vida una realidad superior. Una dimensión dotada de un sentido incondicional irrumpe en la conducta del hombre marcada por tantas contingencias. En el momento de esta felicidad, el hombre se sabe al seguro en una buena realidad que lo mira con benevolencia y experimenta su vida como una vida buena y satisfactoria. Solo en este momento se despierta propiamente a la realidad; una realidad que supera siempre lo que él imaginaba como felicidad y, por tanto, pone su aspiración a la felicidad bajo una nueva luz. Se trata de una experiencia de la trascendencia que puede ser descrita como un manifestarse del

bien. En esta manifestación está la respuesta a la pregunta de la fuente en base a la que el hombre conoce esa dimensión infinita de la realidad. ¿Por qué se siente tocado por una esfera trascendente?

En el vasto panorama de la experiencia religiosa, la experiencia vivida de la felicidad instantánea es un momento posible en el que la trascendencia se manifiesta al hombre. En el caso de la experiencia de la felicidad se siente gozosamente dirigir la palabra e interpelar en alguna parte; percibe, siente, presagia algo que supera la dimensión de la realidad de su vida. Esta irrupción de la trascendencia no se presenta necesariamente como una experiencia religiosa, sino que se presta a una interpretación religiosa y, en particular, a una interpretación religiosa específicamente cristiana. El sentimiento radiante por un momento de estar a salvo en la realidad se remonta, en una tal interpretación religiosa, a un fundamento personal. La experiencia de la trascendencia se interpreta, así, como una experiencia de Dios. Cuando el bien se manifiesta como lo hace en momentos plenos, esta manifestación es una forma del encuentro con Dios. Dios se manifiesta en la felicidad del momento para la conciencia humana, y esto no queda sin consecuencias.

La experiencia del instante pleno es un momento dotado de una profundidad existencial; al hombre se le revela un conocimiento que concierne a su vida y que lo conmueve profundamente. En esta profundidad existencial se encuentra el vínculo de conexión, en el que la felicidad instantánea se vuelve importante para la aspiración del hombre a la felicidad. En la satisfacción de un momento el hombre experimenta que tal satisfacción es de naturaleza diferente de lo que se había imaginado. Por supuesto, puede suceder que los deseos y los planes hechos realidad sean inferiores a las expectativas precedentes... Él presagia que el éxito de su vida es algo más que la realización de sus deseos; siente que su vida es buena sin su concurso; experimenta de una manera existencialmente profunda que su felicidad es más grande que él, más grande que sus planes, sus deseos, su acción, y esto es precisamente lo que transforma su deseo". Si para Don Bosco la felicidad es un camino que abre a Dios, el salesiano debe lidiar bien con esta realidad. Deja de amar el que no está buscando la felicidad propia y ajena. Y esto, hoy, es un problema serio, dado el gran malentendido que la cultura arroja sobre la felicidad; dado el eclipse de la serenidad, del gozo de vivir, de simplicidad que hace gustar las cosas pequeñas; dada la propagación de síndromes depresivos, trastornos de la relación, huidas de lo real, compensaciones neuróticas; dado el oscurecimiento de la esperanza y la inquietud por la historia que genera pesimismo, actitudes defensivas, rechazo de vivir y de gozar. Si no está enamorado de la felicidad, ¿cómo puede el salesiano despertar esta energía latente en cada joven, educarla y orientarla a la fuente misma de la felicidad, que es el Dios de la alegría?

4. Estar presentes

— *“Familiaridad con los jóvenes, especialmente en el recreo. Sin familiaridad no se demuestra el afecto, y sin esta demostración no puede haber confianza. El que quiere ser amado debe demostrar que ama. Jesucristo se hizo pequeño con los*

pequeños y cargó con nuestras enfermedades. ¡He aquí el maestro de la familiaridad!"

Por lo tanto, la *atención a las necesidades no menos que a los fines* se convierte en *presencia total*, representada emblemáticamente por los educadores como el alma del recreo; nosotros lo llamaríamos alma de la coexistencia pedagógica. Es la aplicación obvia del principio de visibilidad, no retórica, del amor. *No es suficiente "estar para", es necesario "estar con" los jóvenes*. La distancia entre nosotros y los jóvenes es ciertamente cultural cuando es geográfica, es decir, cuando nos distanciamos de ellos porque ya no estamos en medio de ellos. Existe el riesgo de que la dificultad de comprenderlos y de seguirlos en la discontinuidad de sus gustos y actitudes, la necesidad de garantizar roles directivos y organizativos, la edad y los achaques, la enorme cantidad de trabajo, tantos factores que poco a poco quitan el deseo y extinguen el compromiso de estar con ellos, en medio de ellos. Se derrumba ese concepto base de que la *asistencia salesiana* es entendida no tanto como ejercicio de vigilancia, sino como un intercambio cordial, pero al mismo tiempo vigilante y afectuoso que crea un vínculo de familiaridad entre educador y educando que permite esa ayuda y ese apoyo que siempre son necesarios para un camino saludable de crecimiento hacia la madurez (una función de apoyo específica de toda educación verdadera).

Pero estar con los jóvenes significa estar allí no solo y no tanto físicamente cuanto cordialmente, arriesgándose en el intercambio dialogal. Y dialogar no significa el simple conversar con otra persona para exponer sus convicciones; ni siquiera es discutir para afirmar y defender las propias posiciones. El diálogo es esa práctica discursiva en la que pensamos juntos para buscar un acuerdo sobre un tema determinado. El diálogo es una relación de confrontación sincera con los jóvenes que nos son confiados y el principio ético que lo inspira es la capacidad de cooperar. La verdad que nos enseña es que antes de entablar un diálogo con los jóvenes, estamos llamados a cultivar un profundo diálogo interno con nosotros mismos. Lo que más debemos temer no es el desacuerdo con los jóvenes, sino el desacuerdo con nosotros mismos. Estar con el otro nace de ese "*secum stare*" de estar consigo mismo que hace posible asumir la gramática de la comunicación, la que Manzoni resumía en cinco verbos: *observar, escuchar, comparar, pensar, hablar*. Observarse para poder observar, escucharse para saber escuchar, pensar para poder pensar, hablarse para poder hablar. Son las claves para estar presentes no solo a la realidad física sino también y, sobre todo, a la realidad humana. *No basta estar físicamente en medio de los jóvenes si uno no se califica para la capacidad de contacto con esta realidad suya*; esta es quizás la primera y principal ascética del educador. Solo de una cultivada interioridad nacen capacidades y voluntad de dialogar con los jóvenes, para alejarlos de la superficialidad que los marchita e invitarlos a la profundidad que los constituye, gracias, precisamente, al intercambio, a la confrontación, al diálogo.

5. Superar los formalismos

—“Entonces todo era para mí motivo de alegría, y en los jóvenes entusiasmo por acercárseme y quererme hablar; existía verdadera ansiedad por escuchar mis consejos y ponerlos en práctica. El que sabe que es amado, ama, y el que es amado lo consigue todo, especialmente de los jóvenes. Esta confianza establece como una corriente eléctrica entre jóvenes y superiores. Los corazones se abren y dan a conocer sus necesidades y manifiestan sus defectos. ¿Por qué se quiere sustituir el amor por la frialdad de un reglamento? ¿Por qué el sistema de prevenir desórdenes con vigilancia y amor se va reemplazando poco a poco por el sistema, menos pesado y más fácil para el que manda, de dar leyes? El superior sea todo para todos, siempre dispuesto a escuchar toda duda o lamentación de los jóvenes, todo ojos para vigilar paternalmente su conducta, todo corazón para buscar el bien espiritual y temporal de aquellos a quienes la Providencia ha confiado a sus cuidados”.

Si alguna vez el reglamento y la disciplina, mal entendidos y mal gestionados, pudieran crear frialdad y distancia entre educadores y jóvenes, hoy es exactamente lo contrario. Hay una familiaridad que no tiene nada que ver con lo que Don Bosco quiso decir porque es descuido, dejarlo ir, juvenilismo, pérdida de gusto, falta de respeto. Pero es una forma de indiferencia que proviene de la misma raíz: facilitar las cosas ahorrando esfuerzo educativo. De esta manera, se crea una distancia nueva y no menos funesta porque la relación educativa se altera al privar a los jóvenes de la función de guía y del papel necesario de autoridad que necesita para su crecimiento. Si faltan significativas figuras de referencia, el proceso de identificación y, por tanto, el proceso de maduración se ven comprometidos. Tampoco son suficientes las relaciones grupales: formar un grupo solo para gritar, pasarse las tareas, para comer una pizza, priva a los chicos de experiencias, confrontaciones, historias, decepciones, esperanzas. Las potencialidades que los chicos tienen dentro son enormes, pero están enterradas bajo la confusión de los sentimientos, de los instintos, de las rabias, de los sueños. Esta enorme confusión se amplifica en parte por la debilidad de las figuras paternas.

Por lo general, las nuevas generaciones para hacerse espacio deben afrontar a los padres dialogando, discutiendo, incluso peleando. Esta rebelión contra los padres es terapéutica, liberadora y rescata a los hijos de la infancia y de los autolesionamientos sin sentido. Pero asistimos a una crisis muy extendida de verdadera paternidad, es decir, de una potestad y de una autoridad que interviene cuando es necesario. A los ojos de tantos hijos, los padres ya no son un muro sino una suave almohada. Para estos muchachos nosotros, los salesianos, tenemos que asumir la paternidad en su función de seguridad, pero también de interdicción en orden a bienes vitales y a valores que consideramos humanizantes para nosotros y para ellos. Si los adolescentes son torrentes en crecida, no les ayudaremos a descender hacia océano rebajando las orillas, sino elevándolas y reforzándolas. Pensamos en el valor de las reglas, del límite hasta la prohibición; tarea laboriosa porque a veces implica el conflicto, el rechazo, la represalia; pero será posible y saludable si se da ese paso decisivo del "me quiero bien" al "quiero mi bien" hasta el "también es bueno para mí". Y esto es posible solo si la relación personal y el

ambiente educativo son altamente positivos, lo que Don Bosco llamaba "espíritu de familia".

6. Impartir la acción

—Se notaba que entre jóvenes y superiores reinaba la mayor cordialidad y confianza. La familiaridad engendra afecto, y el afecto, confianza. Esto es lo que abre los corazones, y los jóvenes... y se prestan con facilidad a todo lo que les quiera mandar aquel que saben que los ama... El amor lo regulaba todo, y nosotros no teníamos secretos para usted... Antiguamente los corazones todos estaban abiertos a los superiores, a quienes los jóvenes amaban y obedecían prontamente”.

En las dos direcciones, el amor se convierte en: encuentro, confianza, laboriosa colaboración cordial. Si no se llega a esta colaboración (indicada por don Bosco con la cifra de la obediencia), a esta implicación de los jóvenes en la responsabilidad educativa, a este protagonismo guiado, fruto de apertura y confianza, esto puede significar que el dinamismo del amor está atascado y el joven se aleja por falta de confianza. Uno de los parámetros para describir la actual condición juvenil es de la confusión o el de la incertidumbre; elementos que forman esa precariedad que provoca molestias. Pero la única forma de salir de la incertidumbre y la confusión es la decisión de cada individuo de ser él mismo, mediante la asunción convencida de su propia libertad y, por tanto, de su propia responsabilidad: contar, ser reconocido, poder expresarse; y, por tanto, justificarse ante los demás de lo que uno es, lo que hace, lo que se proyecta, lo que sueña.

El acompañamiento educativo sabe captar esta expectativa, siempre frágil y contradictoria, para favorecer los movimientos juveniles de concientización y compromiso, las iniciativas de sensibilización y de movilización, el deseo de estar presentes y activos en el propio entorno. Cuando, por otro lado, el deseo de ser y de hacer está en crisis, para dejar sitio a un mundo de apariencias, de falta de memoria, de olvido de sí mismo, cuando las nuevas generaciones no se sienten ayudadas ni estimuladas para actuar con responsabilidad, tiende a predominar el miedo a no estar a la altura de las expectativas, la ansiedad de no hacer frente a la competición, la tendencia a confundirse en la masa, a no exponerse, a no intentarlo. Se crea una condición generalizada de apatía y de desmotivación que abre la puerta incluso a las derivas más devastadoras (si "yo no valgo", porque nadie me ha dado la oportunidad de medirme conmigo mismo y con la realidad, entonces, me voy). El salesiano favorece el protagonismo juvenil precisamente porque pone en juego los valores esenciales de la identificación y la planificación de sí mismo, al tiempo que favorece una socialidad que se vuelve paradigmática creando una mentalidad y generando estilos de vida, para que *ese honrado ciudadano* vaya de la mano con el *buen cristiano*.

PASTORAL

Acompañar desde el Primer anuncio¹⁵

Koldo Gutiérrez, SDB

La comunidad cristiana entiende la pastoral como un servicio en Jesús a la vida de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. La pastoral es solo una, pero tiene diferentes rostros porque las acciones de la Iglesia llegan a personas diferentes y se encarnan en situaciones diversas.

De esta manera, la pastoral juvenil expresa la totalidad de las acciones que la comunidad eclesial lleva a cabo, bajo la guía del Espíritu, para dar plenitud de vida y esperanza a todos los jóvenes. Y, entre estas acciones, ocupan un lugar propio el Primer anuncio del Evangelio y el diálogo interreligioso en este mundo tan abierto.

1. Hoy el campo pastoral se presenta amplio y diverso

Podríamos decir que la pastoral es la pregunta por el hoy de Dios en la historia. Esto lleva a escuchar a la cultura de nuestro tiempo, descubrir en ella la presencia de Dios, ofrecer la novedad del mensaje cristiano y mostrar la diferencia evangélica.

En el Concilio se decía que Dios se esconde en los signos de los tiempos. Para poder conocer e interpretar los signos de los tiempos necesitamos el don del Espíritu y ver en Jesucristo nuestro criterio de discernimiento por excelencia.

Contexto y discernimiento

Solo desde la contextualidad se puede hacer una buena pastoral juvenil. El contexto pide tener capacidad de discernimiento. Discernir es buscar las huellas de Dios en la historia y captar los signos de los tiempos. “El reino de Dios está en y entre vosotros” (Lucas 17, 21). Dios está presente en mí, en las personas, en la historia. Y porque Dios

¹⁵ Intervención en el Seminario regional sobre primer anuncio y diálogo interreligioso (Madrid, 13 de octubre de 2024).

está presente y está actuando necesitamos discernimiento para entender qué nos está pidiendo.

Para discernir necesitamos acoger, tener una actitud de receptividad, disfrutar de apertura de mente y de corazón. Lo que acogemos se presenta bajo la apariencia de señales pequeñas. Si queremos controlar todo quedamos extenuados y agotados. La mejor opción consiste en acoger lo débil que va llegando.

Por todo esto, y para ayudar en el discernimiento pastoral, es importante decir una palabra sobre el contexto, amplio y diverso, donde se desarrolla nuestra propuesta pastoral salesiana. Para ello, me dejo inspirar por EG 14 que se presenta como un espejo dónde podemos mirar la realidad pastoral.

“En primer lugar, mencionemos el ámbito de la pastoral ordinaria,... también se incluyen en este ámbito los fieles que conservan una fe católica intensa y sincera, expresándola de diversas maneras, aunque no participen frecuentemente del culto. *Esta pastoral se orienta al crecimiento de los creyentes*, de manera que respondan cada vez mejor y con toda su vida al amor de Dios.

En segundo lugar, recordemos el ámbito de «las personas bautizadas que no viven las exigencias del Bautismo», no tienen una pertenencia cordial a la Iglesia y ya no experimentan el consuelo de la fe. La Iglesia, como madre siempre atenta, se empeña para que *vivan una conversión...*

Finalmente, remarquemos que la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado. Muchos de *ellos buscan a Dios secretamente*, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana. Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino «por atracción» (EG 14 y Cfr. DC 41). Está claro que la evangelización hoy es una realidad rica, compleja y dinámica.

Antecedentes

Es muy ilustrativo decir una palabra sobre los antecedentes de este importante número de *Evangelii gaudium*.

Todos sabemos que el papa Francisco escribió esta exhortación una concluido el Sínodo sobre “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana” (octubre de 2012). En realidad se situó en una perspectiva distinta a las reflexiones que habían sido propuestas en el Sínodo aunque utilizó algunos de sus argumentos.

En concreto voy a destacar el argumento sobre el contexto o los escenarios. El *Instrumentum laboris* del Sínodo hacía ofrecido una interesante reflexión de sociología pastoral, donde se hablaba de los escenarios en los que se realiza la evangelización en nuestro tiempo. Francisco retomó ese argumento y lo sintetizó en

el número 14 de la exhortación *Evangelii gaudium*, pero quiso aportar un enfoque distinto proponiendo dos perspectivas:

El hilo que va de la cercanía a la lejanía. Siguiendo esta perspectiva el santo Padre se fijó en los destinatarios de la pastoral atendiendo el hilo que va de la cercanía a la lejanía respecto al núcleo de la fe. Algunos de nuestros jóvenes están más cerca respecto de la fe y otros más lejos.

El hilo que va de la sencillez a la complejidad. Gracias a este segundo criterio podemos reconocer que ya no existen escenarios totalmente puros sino que en realidad nos encontramos con escenarios complejos. En cada uno de nuestros ambientes pastorales podemos encontrar jóvenes cercanos, defraudados, distantes a la fe.

¿Esos planteamientos dejan ver algunas consecuencias? Atendiendo a la primera perspectiva creo que es necesario reflexionar sobre cómo debemos acompañar hasta el núcleo de la fe, en este sentido, podemos hablar de la prioridad del Primer anuncio y de la mistagogía. Y atendiendo a la segunda perspectiva creo que debemos reflexionar sobre la necesidad de una pastoral juvenil que hace propuestas concretas dirigidas a cada joven.

Dos consideraciones

Una vez situados en el número 14 de *Evangelii gaudium* creo que se puede afirmar:

El Evangelio no es para algunos sino que es para todos. El santo padre suele decir que el Señor nos envía a todos. “No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor. Y nos invita a ir sin miedo con el anuncio misionero, allí donde nos encontremos y con quien estemos, en el barrio, en el estudio, en el deporte, en las salidas con los amigos, en el voluntariado o en el trabajo, siempre es bueno y oportuno compartir la alegría del Evangelio” (ChV 177).

La propuesta pastoral expresa lo que somos. La propuesta pastoral antes de ser entendida como una acción debe ser considerada como una expresión de lo que somos. En realidad en pastoral juvenil no podemos abandonar nuestra identidad. En este sentido, lo primero que hay que afirmar es que nuestra pastoral exige reconocer que somos comunidades cristianas que tenemos algo que proponer a los jóvenes, también a los jóvenes que profesan otros credos o ninguno, y esta propuesta pastoral se sustancia en unos proyectos llenos de evangelio.

Tres grandes focos

En este número de *Evangelii gaudium*, el papa Francisco ofrece tres grandes focos que iluminan la pastoral teniendo en cuenta la situación en la que se encuentran los jóvenes

a) Una pastoral del crecimiento

El crecimiento es la propuesta que hace el papa Francisco para aquellos jóvenes que ya se han encontrado con la fe, aunque sea de una manera incipiente.

San Lucas cuenta la historia de una persona que tenía el deseo de crecer y preguntó a Jesús que tenía que hacer para conseguir la vida eterna. Jesús invitó a cambiar de lógica: en vez de situarse en la lógica de la conquista propuso la lógica de la entrega. “Vende todo cuanto tienes y distribúyelo a los pobres –y tendrás un tesoro en los cielos–; luego, ven y sígueme” (Lc 18,22). El evangelista dice que se fue triste porque estaba apegado a sus riquezas.

Los educadores quisiéramos proponer procesos de crecimiento, Crecer es ir más allá. Los educadores vamos plantando semillas de plenitud. Las semillas de plenitud abren a horizontes amplios y hacen mirar más allá de nosotros mismos. “Mejor déjate amar por Dios, que te ama así como eres, que te valora y respeta, pero también te ofrece más y más: más de su amistad, más fervor en la oración, más hambre de su Palabra, más deseo de recibir a Cristo en la Eucaristía, más ganas de vivir el Evangelio, más fortaleza interior, más paz y alegría espiritual” (GE 161).

En esta pastoral de crecimiento se sitúan muchas de nuestras propuestas pastorales. En concreto, hay que destacar la importancia de los itinerarios formativos, y en especial el itinerario de educación en la fe, sabiendo que la fe no es una conquista sino un don que debemos acoger.

b) Una pastoral de la conversión

Esta es la propuesta que hace el papa Francisco para llegar a quienes se están alejando y a quienes abandonan la fe. La conversión solo es posible si nuestras propuestas consiguen tocar el corazón de los muchachos, de manera que puedan acoger la fe, vuelva su mirada a Dios, inicie un camino de vida cristiana.

San Marcos cuenta que en cierta ocasión Jesús se encontró con un hombre ciego que estaba al borde del camino. Este hombre, llamado Bartimeo, vivía con dificultades y pidió a Jesús su propia curación. San Marcos dice que Jesús tocó sus ojos y lo curó. Podríamos decir de esta manera: Jesús tocó sus sentidos, toco su corazón, y lo curó. Una vez sanado, Bartimeo lo seguía por el camino (Mc 10, 52). En realidad, el evangelista San Marcos presenta la fe como sanación y como seguimiento en el camino que recorreremos en la vida.

¿Cómo llegar al corazón de nuestros jóvenes? ¿Cómo situarles en ese momento en el que el Señor se presenta a cada uno como luz, caricia, consuelo y amor? Al hablar de pastoral de conversión estamos buscando proponer caminos pedagógicos para despertar y suscitar el deseo de la fe, para iniciar y acompañar hasta la experiencia de Dios. ¿Qué caminos proponer? Los primeros pasos de este proceso quieren despertar el deseo de Dios, hacer consciente de la propia interioridad, ayudar a conectar con las preguntas por el sentido, reconocer estar habitado por una Presencia. “Aquí tiene el proceso mistagógico un paso decisivo: el del reconocimiento de esa Presencia como centro de la propia vida, con el consiguiente descentramiento del sujeto que culmina con la entrega de sí mismo a Dios” (Martín Velasco). En definitiva, acercarnos al Misterio.

c) Una pastoral de búsqueda

Esta es la propuesta que hace el papa Francisco para quienes nunca han estado cerca a la fe, o están en otros lugares, quizá en otras confesiones y opciones vitales. Pero podemos compartir con ellos una actitud de búsqueda.

La historia de Zaqueo es la historia de un buscador, que, sin saber muy bien por qué, experimentó un deseo que le llevó a salir de casa e ingeniárselas para ver a Jesús, de quien hablaban sus conciudadanos. Zaqueo tenía un gran deseo y se las tuvo que ingeniar. Jesús pasó por debajo del árbol donde se había subido Zaqueo. Levantó la vista y pidió al publicano que bajara porque quería hospedarse en su casa. Zaqueo descubrió en su interior un sentimiento nuevo, una alegría desconocida, una profundidad hasta ahora ignorada.

En ocasiones, la pastoral se presenta como búsqueda. En bueno recordar que quienes buscan se acercarán hasta quien ya ha encontrado. Quizá podamos ser nosotros mismos esas personas a las que se acerquen porque ven en nosotros que ya hemos encontrado. Podemos preguntarnos qué ofrecemos a los buscadores. En realidad lo que nosotros podemos ofrecer es estímulo, luz y aliento.

Esta preocupación por la pastoral de la búsqueda es urgente, especialmente en aquellos contextos donde las huellas religiosas hayan perdido fuerza y vigor. Saber comunicarse con los buscadores es abrir puentes de relación; es entender el diálogo no solo como una comunicación de ideas sino sobre todo de dones; es cuidar las semillas del Verbo. En estas semillas ya está presente, aunque sea de manera incipiente, y la dirección a las que ellas apuntan es el Verbo. Esta doctrina es de gran ayuda cuando nos disponemos a hacer una propuesta pastoral en contextos poscristianos, porque propone buscar lugares de entendimiento y de colaboración. Encontramos estos lugares en temas como el valor de lo humano y la dignidad humana, la búsqueda de la paz, la adquisición de virtudes como la compasión y el respeto por el extranjero. Todos estos planteamientos tienen gran actualidad. Quizás debamos empezar por lo sencillo.

2. Kerigma y mistagogía

Para el papa Francisco existe una inseparable relación entre Kerigma y mistagogía. Ya desde el inicio de su pontificado, en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, el papa Francisco propuso a la Iglesia universal enfocar la evangelización, y en concreto la catequesis, a la luz del Kerigma y de la mistagogía (EG 163).

Kerigma

La catequesis es un acto de naturaleza eclesial, nacido del mandato misionero del Señor (Cf. Mt 28,19-20) y cuyo objetivo, como su nombre lo indica, es hacer que el anuncio de su Pascua resuene continuamente en el corazón de cada persona, para que su vida se transforme.

En general la llamada al Primer anuncio hoy ha sido bien acogida en la pastoral juvenil. En el momento en el que en muchas realidades eclesiales veían como las acciones con jóvenes se iban diluyendo la llamada al Primer anuncio significó un resurgir de iniciativas pastorales. Por eso, no debe extrañarnos que en los últimos años se hayan puesto en marcha muchas experiencias de Primer anuncio. A la base de estas experiencias hay dos planteamientos: unas iniciativas intentan ofrecer el Kerigma en un espacio humano de confianza donde se abran preguntas nuevas; y en otras proponen experiencias de impacto que dinamicen la piedad. Tanto las preguntas como la piedad nos pueden acercar a Dios.

Hay que reconocer que en estas experiencias muchos quedan impactados. Pero, al mismo tiempo, vemos que en ocasiones quienes priorizan estas iniciativas ven en los procesos educativos un exceso de reglamentación. Y consideran que la pastoral de procesos es una pastoral de otro tiempo. Estas iniciativas proponen una pastoral de choque, de impacto, de conversión. La realidad deja ver que muchas de las dificultades vienen después del primer impacto, porque la vida cristiana está tejida de cotidianidad, crecimiento, vida comunitaria, compromiso con la justicia.

Mistagogía

Entendemos por mistagogía el camino pedagógico, de crecimiento y maduración, que seguimos en la vida para poder acercarnos al misterio de Dios.

Creo que la llamada a la mistagogía está siendo menos escuchada que la llamada al Primer anuncio. Respecto a la mistagogía es posible que estemos un poco más perdidos cuando hacemos propuestas concretas para acercar al misterio de Dios, iniciar en el lenguaje de la liturgia, acompañar a la experiencia creyente de Dios.

Esta llamada a la mistagogía orienta el camino formativo cristiano. “El camino formativo del cristiano, como lo atestiguan las Catequesis mistagógicas de los Padres de la Iglesia, siempre tuvo un carácter vivencial, sin descuidar, la inteligencia de la

fe. El encuentro vivo y persuasivo con Cristo anunciado por testigos auténticos era determinante. Por tanto, quien introduce en los misterios es, ante todo, un testigo. Este encuentro tiene su fuente y su culmen en la celebración de la Eucaristía y se profundiza en la catequesis” (DC 97).

Creo que el carácter pedagógico que sustenta la mistagogía haría sospechar que en este foco de interés podríamos aportar mucho los hijos de Don Bosco. Recordemos que el Sistema preventivo recoge la expresión original que vivió nuestro Padre don Bosco, quien había recibido la gracia de poder disfrutar de un inmenso corazón inundando de caridad pastoral, y propuso a los jóvenes una experiencia de vida creyente que es tanto pedagogía como espiritualidad.

Dos conclusiones

Quisiera terminar este punto proponiendo dos conclusiones. En la primera hago una llamada a aprender los unos de los otros. Creo que esto es lo que pide el papa Francisco en *Christus vivit* cuando habla de una pastoral juvenil sinodal. Aprender unos de otros llevaría a aprender las buenas prácticas, “aquellas metodologías, aquellos lenguajes, aquellas motivaciones que han sido realmente atractivas para acercar a los jóvenes a Cristo y a la Iglesia. No importa de qué color sean, si son conservadoras o progresistas, si son de derecha o de izquierda. Lo importante es que recojamos todo lo que haya dado buenos resultados y sea eficaz para comunicar la alegría del Evangelio” (ChV 205).

En la segunda hablo del camino de la belleza que desde mi punto de vista está siendo muy fecundo en algunas propuestas de Primer anuncio: la belleza que descubrimos en el misterio de una adoración eucaristía, y la belleza, por ejemplo, de la música ofrecida con calidad. Este tema de la belleza es uno de los signos de los tiempos al que quizá debemos dar mayor importancia.

El teólogo italiano Bruno Forte decía hace unos años que “ante la crisis de la posmodernidad, ante la indiferencia que nos rodea, no basta con decir que Cristo es verdad y es bueno, sino que hace falta mostrar también que Cristo es bello. Hoy la fuerza que nos atrae no es la estricta lógica de la verdad, ni la rigurosa ética del bien, sino el esplendor de la verdad y del bien, es decir, de su belleza”.

“Es bueno que toda catequesis preste una especial atención al camino de la belleza. Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas...”

Es deseable que cada Iglesia particular aliente el uso de las artes en su tarea evangelizadora, en continuidad con la riqueza del pasado, pero también en la vastedad de sus múltiples expresiones actuales, en orden a transmitir la fe en un nuevo lenguaje parabólico. Hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e incluso aquellos

modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros” (EG 167).

3. Dejarse acompañar y acompañar desde el Primer anuncio

Se me ha pedido hablar sobre cómo acompañar desde el Primer anuncio y quiero decir que para acompañar hay que dejarse acompañar.

Una pastoral activa y pasiva

Lo primero que destaco es la palabra acompañamiento. Esta palabra recoge el sentir pastoral de este momento de la historia. Los jóvenes de hoy, y sobre todo los de mañana, necesitarán encontrar personas que se preocupen por ellos para acompañarlos, sostenerlos y guiarlos. Los educadores salesianos podemos ser como una brújula para los que van a la deriva. A la vez donde el déficit de escucha se hace sentir y provoca aislamiento y la misión de aconsejar y acompañar, ayudará a recuperar la confianza en la comunidad humana.

Hablo de una pastoral activa y pasiva. Me inspiro en el papa Francisco quien nos ha dejado un principio importantísimo: *“El principio de la primacía de la gracia debe ser un faro que alumbre permanentemente nuestras reflexiones sobre la evangelización”* (EG112).

Siguiendo este principio podríamos decir que en pastoral el foco más importante, y primero, está en la gracia: el amor sobreabundante de Dios hacia nosotros y hacia la creación entera. Es sorprendente reconocer que Cristo hizo un don de sí mismo por amor. La gracia lo cambia todo, quita de nosotros la necesidad de cargar con pesadas cargas, nos hace mirar la vida no desde la conquista sino desde el don. Enfocar la vida desde el don lleva a permitir que el anuncio del evangelio llegue también al evangelizador.

Una consecuencia de este principio lleva a hablar de una pastoral activa y pasiva. La pastoral es una propuesta que hago a los muchachos pero antes es una propuesta que llega a mi corazón. En realidad solo quien ha experimentado la oración podrá hacer buenas propuestas de oración, quien se ha dejado tocar por la Palabra tendrá la capacidad de predicar con fuerza, quien se deja acompañar podrá acompañar.

Una inspiración bíblica

Después del martirio de San Esteban, el apóstol Felipe salió de Jerusalén. Vemos que un momento difícil en la comunidad de Jerusalén desencadena el dinamismo

evangelizador de dicha comunidad. Si no hubiera habido dificultades, quizá lo discípulos no hubiesen salido de Jerusalén. Esto ya es una enseñanza.

En aquella salida se produjo el encuentro de Felipe con un etíope que regresaba a casa después de haber peregrinado a Jerusalén. El encuentro no estaba planificado, no seguía un manual de instrucciones. Felipe, impulsado por el Espíritu, anuncia el Evangelio al etíope. Esta es la secuencia: se puso en camino, vio a un etíope, se acercó a él, invitado aquel hombre se puso a su misma altura, le ayudó a leer la Escritura, propuso el kerigma anunciando a Jesús, lo bautizó y se marchó.

“Un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo: «Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto». Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías. El Espíritu dijo a Felipe: «Acércate y pégate a la carroza». Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?». Contestó: «¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?». E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él. El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este: Como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca. En su humillación no se le hizo justicia. ¿Quién podrá contar su descendencia? Pues su vida ha sido arrancada de la tierra. El eunuco preguntó a Felipe: «Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?». Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco: «Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?». « Dijo Felipe: Es posible si crees de todo corazón: Respondiendo él, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios». Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría. Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea” (Hch 8, 26-40).

Felipe hace deseable la fe, anuncia explícitamente a Jesucristo, propone un camino de conversión. Es la secuencia de tres dinamismos pastorales de los que hemos hablado en estas páginas. En este texto quedan dibujados algunos aspectos del Primer anuncio. Enuncio estos dinamismos como binomios relacionados por una lógica de la acción y de la pasión. Creo que hay una puerta que une la acción y la pasión, la atención y la intención, lo que proponemos y las motivaciones internas. Esa puerta es Jesús mismo, es la puerta del amor.

Hospedar y dejarse hospedar

La hospitalidad es uno de los grandes retos del cristianismo. Sigue teniendo actualidad la recomendación que el predicador de la carta a los Hebreos hace a los cristianos: “No olvidéis la hospitalidad, algunos practicándola, sin saberlo han acogido a los ángeles” (Heb 13,2). Pero, ¿qué es la hospitalidad? Una primera aproximación invita a hablar de abrir, acoger y disponer. La hospitalidad lleva a

acoger a las personas en la situación en la que están. Por otra parte, dejarse hospedar es permitir que los otros nos acojan. Cuando hablamos sobre hospitalidad nos viene a la mente el Sistema Preventivo de Don Bosco.

Evangelizar y dejarse evangelizar

El segundo criterio es comprobar que quien quiera dedicarse a la evangelización debe dejarse evangelizar. Felipe habló de Jesús a aquel etíope porque dejó que Jesús brotara de la abundancia de su corazón. Evangelizar es compartir la experiencia de la fe pero, al mismo tiempo, es descubrir que el corazón del evangelizador está inundado de Evangelio y pronuncia el nombre de Jesús. En este sentido, podemos decir que la evangelización es engendrar nuevos cristianos pero también consiste en que nosotros seamos engendrados a la vida del Evangelio.

Acompañar y desaparecer

Quiero destacar la libertad en la que se desarrolló la primera evangelización. Felipe acompaña en su camino al eunuco pero llega un momento lo deja marchar y desaparece. ¡Es envidiable esta libertad! Felipe no necesita partidarios de su causa, lo que quiere es partidarios de la causa de Jesús. Felipe acompaña en un tramo de la vida y deja caminar en libertad. En nuestros días la adhesión a la fe pasa por la exigencia de la libertad. El Evangelio llama a nuestra puerta, nosotros, en nuestra libertad podemos abrir o cerrar. Solo en libertad madura la fe.

Dialogar y aprender

Anunciar el evangelio a los jóvenes lleva a dialogar con ellos pero también a aprender de ellos. Hablar a los muchachos solo es posible si antes los escuchamos. Creo que hay que tomarse en serio lo que dice el Sínodo sobre los jóvenes cuando afirma que los jóvenes son un lugar teológico. “El Sínodo ha tratado de mirar a los jóvenes con la actitud de Jesús, para discernir en su vida los signos de la acción del Espíritu. En efecto, creemos que también hoy Dios habla a la Iglesia y al mundo mediante los jóvenes, su creatividad y su compromiso, así como sus sufrimientos y sus solicitudes de ayuda” (DF 64). ¿Qué estamos aprendiendo de los muchachos?

Crear desde el corazón y vivir con alegría

El texto de la conversión del etíope muestra cómo la fe toca su corazón y después sigue su camino con alegría. El eunuco, imagen de un hombre débil, cree desde el corazón. Hay algo que ha tocado su corazón y ha llegado hasta lo profundo de su vida: el mismo Jesús. Fruto de la fe brota la alegría. Esta fe y esta alegría están

también en Felipe. En cierta ocasión, San Pablo se preguntaba por el motivo por el que anunciaba el Evangelio si reconocía que le acompañaban no pocas penurias. En su respuesta a los Corintios descarta las ganancias, el poder o el prestigio, y dice que el propio evangelio se ha convertido en su ganancia. ¡Ay de mí si no evangelizo! (1 Cor 9,16). Hay un dulce consuelo al evangelizar. Dar la vida por el Evangelio es una alegría que inunda el corazón. “La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a marlo siempre más” (EG 264).

4. La espiritualidad del acompañante

La espiritualidad es vivir en el Espíritu. El Espíritu Santo es el verdadero protagonista del acompañamiento. ¿Qué rasgos tiene una espiritualidad del acompañamiento?

Tentaciones del acompañante

El acompañante es un mediador. La Escritura presenta a Juan el Bautista como el mediador por excelencia. El Bautista deja clara cuál es la actitud del mediador: “Conviene que Él crezca y yo disminuya” (Jn. 3,28-30). Las grandes virtudes del mediador son la humildad y la abnegación. El acompañante humilde ayuda mucho, el acompañante soberbio es un gran peligro. El acompañante abnegado se sacrifica y no busca su propio interés.

Siguiendo el texto del Bautista, “Conviene que Él crezca y yo disminuya”, podemos ver dibujadas las tentaciones que acechan a todo acompañante: querer ocupar el puesto del Señor o querer sustituir a la persona acompañada. En lo que hace referencia ocupar el puesto del Señor podríamos decir que las tentaciones del acompañante podrían ser querer destacar, aparecer como alguien especial, mendigar adeptos para mi causa, pensar que todo depende de mí, hacer de las victorias del acompañado mi propia victoria, y de sus caídas su descalificación. En lo que hace referencia ocupar el sitio del acompañado las tentaciones podrían ser no respetar la libertad del acompañado, ni tampoco su proceso, tomar decisiones que solo corresponden a los acompañados, desvelar la confidencialidad, no saber dejar al acompañado hacer su camino en solitario, crear dependencias.

El amor a Jesús

Para acompañar es necesario que el acompañante haya hecho un camino espiritual y, en este sentido, sea una persona espiritual. Una persona espiritual es una persona construida, unificada y estructurada; que tiene conciencia de ser hijo de Dios; que posee la inteligencia de la fe que le capacita para percibir el misterio de Dios y el sentido del mundo y de la historia; y que se compromete al servicio de los hombres a través de la misión.

El primer rasgo de la espiritualidad del acompañamiento nos lleva a hablar del amor a Dios, en concreto, del amor a Jesús. Simón Pedro escucha de los labios de Jesús la misión de apacentar las ovejas después de escuchar por tres veces la pregunta: '¿Me quieres' (Jn 21, 15-17). Para acompañar es necesario que el acompañante cuide su amor a Jesús y desde ese amor se acerque a las personas que acompaña. Está claro que para el acompañamiento no es suficiente tener muchas cualidades, ni buena voluntad, ni una gran empatía o simpatía. Para acompañar pastoralmente es fundamental el amor a Jesús. Acompañar no consiste en apropiarse de algo que no es nuestro. Las personas que acompañamos no son nuestras sino del Señor.

El amor a la Iglesia

El segundo rasgo es el amor a la Iglesia. El acompañante tiene que situarse respecto a la Iglesia con la misma actitud del Señor y esta es una actitud de amor. Nos sentimos afectados en nuestros sentimientos internos en el amor a la Iglesia.

El amor a la Iglesia pide al acompañante una actitud que le lleva a cuidar su amor a la Iglesia. Un amor que no se cuida se va debilitando y fácilmente corre el peligro de perderse. El amor a la Iglesia pide lealtad con la Iglesia. Por esta lealtad el acompañante no se empeña en que prevalezca su propia opinión sino que se deja iluminar por la Iglesia y está dispuesto a la negación de lo suyo propio para dejar ver lo de la Iglesia. El amor a la Iglesia se concreta también en vivir en comunión. La comunión con la Iglesia, donde existe tantos carismas y ministerio, tantas maneras distintas de hacer, es una de las pruebas más evidentes del amor a la Iglesia, y hoy adquiere gran actualidad.

Una espiritualidad misionera

El acompañante vive su ministerio como una misión que consiste sobre todo en colaborar con la acción de Dios en la persona acompañada. Muchas veces vivimos esta misión entre contradicciones, sin ver resultados de los muchos esfuerzos, y poniendo nuestra confianza en la fuerza del Resucitado presente en medio de la complejidad de la existencia.

“Uno sabe que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor por Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia... El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos” (EG 279).

Una espiritualidad de discernimiento

Discernir es distinguir y elegir a la luz de la fe. El discernimiento cristiano tiene en Dios su fundamento y su meta. Escuchar, conectar, aceptar la voluntad de Dios es el objeto del discernimiento cristiano, teniendo en cuenta que madurar y elegir van de la mano.

En la exhortación GE se ofrecen algunos criterios: hay que discernir siempre a la luz del Señor (GE 169); el discernimiento es un don sobrenatural que tiene en cuenta las realidades humanas (GE 170); en el discernimiento es importante la oración (GE 172); en el discernimiento se sigue la lógica del don y de la cruz (GE 174).

Una espiritualidad orante

El amor a Jesús necesita ser alimentado y comunicado. Para alimentar el amor es necesario hablar con el amado: “Nuestra tristeza infinita solo se cura con un infinito amor” (EG 265). La oración es un pulmón fundamental para la vida espiritual de todo acompañante. “Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio de las dificultades y el fervor se apaga” (EG 262).

Esa oración no es huida, ni refugio intimista, sino que es vivir la realidad desde el Espíritu, abiertos a los hermanos y a la misión. El Espíritu nos habita y nos habilita para la misión. El Espíritu ora en nosotros superando nuestras capacidades naturales y obrando de manera misteriosa: “Para mantener vivo el ardor misionero hace falta una decidida confianza en el Espíritu Santo, porque Él viene en ayuda de nuestra debilidad” (EG 280).

La oración del acompañante es una humilde petición al Espíritu para que ilumine y acompañe al acompañado, para que supla las deficiencias del propio acompañante, para poder ser respetuoso con la libertad de los acompañados. Hay que decir que cuando el acompañante no da valor a la intercesión va perdiendo la frescura del acompañamiento y, poco a poco, lo va viviendo como una tarea más o una rutina irrelevante, pierde fuerza la misión.

Una espiritualidad relacional

Si antes hablábamos de la lealtad a la Iglesia, ahora hablamos de la lealtad con el acompañado. Lo primero que se pide al acompañante es que respete al acompañado. Hay que respetarlo en su dignidad como persona y como hijo de Dios, su libertad, su proceso, su camino aunque nos genere dudas o perplejidad. Jesús en el lavatorio de los pies nos enseñó la mejor actitud al ponerse a los pies de sus discípulos. El acompañamiento es un ministerio servicial. El acompañante se pone al servicio y, con respeto, lava los pies.

Una espiritualidad relacional se fundamenta en la confianza. El acompañante no puede pervertir la confianza que el acompañado ha depositado en él. La confianza se gana con la autenticidad, la sinceridad, la sencillez, la discreción.

Una espiritualidad de la alegría y la santidad

El amor a Jesús llena nuestro corazón de alegría. Somos testigos de los frutos de alegría que produce el acompañamiento cuando conseguimos acompañar hasta Jesús. El Papa Francisco habla en muchas ocasiones de que la fe produce una alegría fundamentada en Cristo, que genera esperanza y se transforma en caridad. Esta alegría que brota de la fe se manifiesta en todas las instancias de la vida de la persona. Cuando la alegría de la fe está anclada en el centro de la existencia de un creyente todo en esta persona transparenta alegría.

El acompañamiento es también una Escuela de santidad. La mejor prueba de lo que hace el Espíritu en nosotros la tenemos en el testimonio de los santos, iconos de la Trinidad, como han sido llamados.

El santo Padre propone: “Volvamos a escuchar a Jesús, con todo el amor y el respeto que merece el Maestro. Permitámosle que nos golpee con sus palabras, que nos desafíe, que nos interpele a un cambio real de vida. De otro modo, la santidad será solo palabras” (GE 66). Los santos son un regalo del Espíritu Santo y nos hacen ver la riqueza que es Cristo. “Cada santo es un mensaje que el Espíritu santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo” (GE 22).

JUBILEO

Dar razón de la esperanza en tiempos de incertidumbre¹⁶

F. Javier Vitoria Cormenzana

I. Todavía la esperanza cristiana

En el siglo XX, las esperanzas inmanentes de la modernidad (sus promesas de futuro) contribuyeron, juntamente con el redescubrimiento del olvidado carácter escatológico del Evangelio del Reino, a la toma de conciencia eclesial sobre la dimensión intrahistórica de la virtud de la esperanza cristiana, respuesta humana a la Promesa de Dios. Su objeto dejó de ser exclusivamente el contenido de las (llamadas) postrimerías o ultimidades de la condición humana (la muerte, la resurrección, el juicio -particular y universal-, el purgatorio, el cielo y el infierno). La alternativa vida futura vida presente había separado lo que Dios en Jesucristo y su Espíritu había unido de manera indivisible e inconfundible para siempre.

«Precisamente porque espero la “resurrección de los muertos y la vida de un mundo futuro”, he de oponerme aquí y ahora a los poderes de la muerte y de la destrucción y amar tanto esta vida que trate de liberarla con todas mis fuerzas de la explotación, la opresión y la alienación. Y a la inversa: justamente porque amo la vida, me comprometo con su justicia y lucho por su libertad donde se encuentra amenazada, por eso espero que de una vez para siempre la muerte quede absorbida en la victoria de la vida y “no haya ya más dolor, sufrimiento ni lamento” (Ap 21,4s). Quien plantee el más acá y el más allá de la esperanza cristiana como una alternativa, roba a la esperanza cristiana tanto la fuerza para vivir como el consuelo en el morir»¹⁷.

Las emancipaciones históricas y sus promesas de futuro, Vaticano II mediante, irrumpen como asunto propio en la vida de la Iglesia. La historia de la Salvación y la historia profana constituían, sin confusión ni separación, una única historia. Desde entonces, la esperanza cristiana ha tenido que justificar y articular su discurso en relación con las promesas inmanentes de futuro, sus procesos y derivas, aunque – ¡ojo!– no bajo sus condiciones.

¹⁶ Publicado en Cuadernos CJ, núm. 239 (noviembre de 2024).

¹⁷ Moltmann, Jürgen (1998). *El espíritu de la vida*, Salamanca: Sígueme, pp. 126-127.

El cristianismo debe dar razón de su esperanza a quien que se lo pida, sean cuales sean las circunstancias históricas y el estado de ánimo con el que culturalmente afronte su futuro (cf. 1P 3,15). Pero en ningún caso sus características, favorables o no a la esperanza intrahistórica, pueden condicionar el contenido de la virtud teologal de la esperanza, pues depende exclusivamente de la Promesa de Dios.

Del «Seamos realistas: ¡pidamos lo imposible!» al «Lo que hay es insostenible»

Todavía hace menos de sesenta años la Iglesia dialogó con la utopía del progreso sin fin, propio de la modernidad, y con su visión del futuro como promesa. En ese marco sociocultural, la esperanza cristiana se ofrecía razonablemente como compañera de camino.

Desde entonces, las utopías modernas han perdido su vitalidad y, desfallecidas y desprestigiadas, parecen pertenencias obsoletas de recalitrantes ilustrados, visionarios religiosos y revolucionarios nostálgicos. En la actualidad, la idea del futuro como promesa de una vida *vivible* y digna, o de una vida con derechos para todos los seres humanos está amortizada. La crisis de la esperanza histórica inmanente ha arrastrado consigo la esperanza escatológica cristiana. Son muy constatables los aprietos que, para mantenerse erguida en el corazón de los miembros de las comunidades cristianas, padece la virtud teologal de la esperanza, frecuentemente confundida con el optimismo histórico.

En este periodo de tiempo, hemos pasado de pensar el futuro como tiempo de la promesa a pensarlo como amenaza inminente con tintes claramente apocalípticos. Del mayo francés de 1968 a la primavera de 2024 hemos transitado del «¡Seamos realistas: pidamos lo imposible!» al «Lo que hay es insostenible»: el capitalismo, el crecimiento económico, la sociedad de consumo, el productivismo, la crisis ecológica, la millonaria cifra de seres humanos descartados, los conflictos armados, etc.

En los años sesenta del siglo pasado vivimos cautivados por una expectativa optimista del futuro como promesa de un progreso ilimitado. Aquellos años discurrieron entre climas culturales favorables a los sueños utópicos, que favorecieron un movimiento social que demandaba, un poco adolescentemente, una plenitud quimérica: ser realistas esperando lo imposible. Demandar un mundo sin clases y sin hambre, un mundo justo y libre era puro realismo porque parecía que se tocaba con la punta de los dedos.

La fecha de 1968¹⁸ suele considerarse en Europa como un punto de inflexión del sueño utópico: la revuelta estudiantil del mayo francés, la entrada de los tanques

¹⁸ Sin embargo, ese mismo año se celebraba la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (en Medellín) y Gustavo Gutiérrez pronunciaba una conferencia (Chimbote/Perú) que daría origen a su obra *Teología de la liberación*. Ambos acontecimientos hicieron brotar el pensamiento teórico-práctico de carácter utópico y de cariz religioso más importante de la época moderna. El significado tan diferente que una misma fecha puede encerrar para pueblos de un mismo mundo nos avisa del

rusos abortando la primavera de Praga, el asesinato de Martin Luther King son recordados por la memoria colectiva como el final de una época dorada para las esperanzas históricas. Aquella explosión del mayo francés dejó tras de sí la amenaza nuclear, el abismo de la pobreza, el deterioro creciente del medio ambiente; y produjo por defecto el desvanecimiento de todo horizonte utópico. Un sentimiento difuso de pérdida nos acompaña desde entonces: lo que nos queda nada tiene que ver con lo que nos prometieron. Entonces resultó bastante fácil detectarlo: los diálogos y diagnósticos culturales se llenaron de palabras como desencanto, desesperanza, des-engaño o des-ilusión. Hoy todavía se pueden percibir ecos amortiguados de aquel quebranto de la esperanza histórica.

Su crisis se agudizó en la medida en que asumimos el *stop* de Walter Benjamin al optimismo histórico: «La historia del progreso camina sobre cadáveres». En nombre de utopías de todo tipo, los seres humanos habíamos sembrado la historia de barbarie y terror. Aun con las mejores intenciones de crear el cielo en la tierra, la utopía solo había conseguido crear un infierno; un infierno como solo el hombre es capaz de construir para sus semejantes (Karl Popper). La memoria de Auschwitz y del Gulag ruso fue el mejor antídoto para no volverse a dejar embaucar por una esperanza intrahistórica, confundida con un ingenuo optimismo histórico.

Más radicalmente: entonces tuvimos la oportunidad –¡y la desaprovechamos!– de comprender que

el progreso no es malo porque nos lleve a la catástrofe final, sino porque en sí es catastrófico, pues solo puede mantenerse destruyendo especies, contaminando mares, polucionando el aire y, sobre todo, produciendo víctimas. Y eso ¿por qué? Porque lo que importa es la conquista de nuevas metas y lo que no importa y carece de significación es el coste humano, social y material de las conquistas. El infierno no es lo que nos espera, sino que late donde ya estamos. Es verdad que no todos lo perciben así. Los hay capaces de convertir en oro lo catastrófico, pero son muchos más aquellos para los que la situación en la que viven es semejante a un estado de excepción. Y esto no ocurre en Estados totalitarios, sino en el interior de Estados de derecho¹⁹.

En los años ochenta del siglo xx, la crisis de la modernidad puso punto final al futuro como tiempo de la Promesa. Después vino la posmodernidad, liberada del sentido lineal de la metanarración histórica del progreso, que convirtió el futuro en una idea del pasado. El realismo ya no consistía en esperar lo imposible, sino en sacar el máximo provecho a la modesta oferta del presente eterno como albergue de la contingencia de los miembros de la clase burguesa europea. Lo más razonable era no perderse «el ahora» y olvidarse de los grandes relatos sobre un futuro utópico.

Además, la caída del muro de Berlín en 1989 franqueó el paso a la globalización económica. ¡Por fin estábamos en «el fin de la historia»!, proclamó Francis Fukuyama. El mundo se había quedado sin alternativas. De ahora en adelante, el victorioso capitalismo democrático iba a encargarse de resolver todas las contradicciones de nuestra sociedad. La globalización ofrecía el presente eterno del

peligro de esas generalizaciones a las que somos tan aficionados los europeos.

¹⁹ MATE, Reyes (2018). *El tiempo, tribunal de la historia*, Madrid: Trotta, p. 60.

hiperconsumo, de la producción ilimitada y de la unificación política del mundo. Un ecumenismo mercantil que hacía de la red la forma de reconciliación y de la esfera terrestre la imagen de la comunidad salvada. En este presente, el futuro y su promesa ya no eran necesarios porque de algún modo se habían realizado o estaban en vías de hacerlo²⁰. Abandonamos el siglo XX y entramos en el XXI sin salirnos de la centenaria senda humana que camina sobre los cadáveres de millones de personas exterminadas por la muerte masiva, la muerte administrada, la muerte tóxica y la muerte atómica.

Chernóbil, Verdún, Auschwitz, Hiroshima, Nagasaki, Bhopal, Palestina, Nueva York, Sudáfrica, Irak, Chechenia, Tijuana, Lesbos..., una geografía inacabable de muerte que ha devorado el tiempo y lo ha convertido en catástrofe. [...] Es la muerte provocada de millones de personas, con la cual muere también el sujeto, la historia y el futuro de la humanidad. Es la muerte que la posmodernidad, con su celebración del simulacro en un presente inagotable, negó y que ahora vuelve, como todo lo reprimido, con más fuerza²¹.

El balance final de este proceso es catastrófico: globalmente nuestro tiempo es insostenible. Nuestro tiempo –dirá Marina Garcés– ya no es el de la posmodernidad, sino el de la insostenibilidad. Se acabaron la modernidad, la historia, las ideologías y las revoluciones. Ahora se terminan los recursos, el agua, el petróleo, el aire limpio y se extinguen los ecosistemas y su diversidad. Parece que se acaba incluso el tiempo mismo. Estamos en proceso de agotamiento o de extinción. Quizá no como especie, pero sí como civilización basada en el desarrollo, el progreso y la expansión. El fin de la historia ha cambiado de signo. Enfrente ya no tenemos un presente eterno ni un lugar de llegada, sino una amenaza. Nuestra relación con el presente también ha cambiado, ya no es aquello que tenía que durar para siempre, sino lo que no se puede aguantar más, lo que es literalmente insostenible. La pregunta «¿hacia dónde?» ha quedado obsoleta. Ha sido sustituida por un «¿hasta cuándo?» que lo interroga todo, desde las cuestiones más íntimas hasta las más colectivas, desde lo individual hasta lo planetario, desde lo político hasta lo económico. Hemos pasado de la condición posmoderna a la condición póstuma, del presente de la salvación al presente de la condena, de la fiesta sin tiempo al tiempo sin futuro. Esta nueva condición se cierne sobre nosotros. Nos impone un nuevo relato, único y lineal: el de la destrucción irreversible de nuestras condiciones de vida²².

«Ahora o nunca»: el tiempo de la esperanza

En esta situación póstuma, según sociólogos como Ulrich Beck y filósofos como Daniel Innerarity, la humanidad vive atrapada por la incertidumbre con respecto a su futuro. Conocer qué nos va a deparar el futuro es más difícil que nunca. Esta dificultad tiene que ver con la peculiar volatilidad que caracteriza al mundo en el que vivimos. Nos encontramos en medio de estructuras especialmente inestables, y cualquier factor puede desestabilizar nuestras vidas en cualquier momento. Tenemos problemas y crisis tan complejas y aceleradas –desde la crisis financiera

²⁰ Cf., GARCÉS, Marina (2018). *Nueva ilustración radical*, Barcelona: Anagrama, p. 23.

²¹ Ibid., p. 28.

²² Cf., Ibid., pp. 13-31.

hasta los efectos sociales de la inteligencia artificial, pasando por la pandemia, la crisis ecológica, la pobreza mundial, los conflictos bélicos, el terrorismo, etc.- que parecemos incapaces de generar la enorme cantidad de conocimientos que necesitamos para hacerles frente.

Lo sabemos de primera mano. Hemos experimentado como nunca el impacto destabilizador de sucesivas crisis como amenaza para el futuro de nuestras vidas: el atentado terrorista de las torres gemelas (2001), una crisis financiera (2008), la pandemia de covid-19 (2020), la guerra en Ucrania (2022), el agravamiento del conflicto palestino-israelí (2023), la crisis climática global, etc. han incrementado y socializado los sentimientos de incertidumbre y de confusión a la hora de enfrentarnos razonablemente con nuestro porvenir. La dificultad para predecir el futuro nos resulta inquietante. Aún nos aferramos al vago recuerdo de una promesa incumplida (o robada). En cualquier caso, ¿cómo ha podido sucedernos que el futuro no se parezca nada al que nos habían prometido?

Esta es la grave cuestión con la que nos enfrentamos: ¿razonablemente podemos esperar el futuro como promesa de una sociedad mundial equilibrada y justa, de un medio ambiente sano y de un sistema de protección sostenible para todos? ¿O hemos de esperararlo como amenaza de mayores desequilibrios sociales e injusticias, de la irreversibilidad de la crisis ecológica global y de un sistema de protección exclusivo para ricos?²³

Pero existe una seria dificultad para afrontarla razonablemente: la mentalidad apocalíptica. Los horrores padecidos por la humanidad durante el siglo XX y su continuidad en el siglo XXI han alimentado los discursos (llamados) apocalípticos. Es decir, anuncios terroríficos de exterminios que informan sobre tiempos del final de la historia humana: el tiempo del final nuclear (los medios militares de destrucción masiva), el tiempo del final ecológico (la destrucción de la Tierra) y el tiempo del final económico (el empobrecimiento del tercer mundo). Son relatos que actualmente fascinan a muchos personajes, tanto en la escena de la política como de la ciencia, las artes o la religión.

Sin embargo, estos modernos sentimientos apocalípticos carecen por completo de consecuencias prácticas. Muchas personas, especialmente las que se benefician del injusto sistema del capitalismo global, viven muy preocupadas por los vaticinios apocalípticos, pero nada ocupadas en hacer todo lo posible por desmentirlos con sus compromisos. Ni siquiera son capaces de interrumpir los planes de vacaciones a medio plazo. Aguardan los horrores apocalípticos en la presente generación, pero apenas nadie cuenta con su propia muerte. Semejantes sentimientos producen tan solo un catastrofismo y alarmismo universal, al mismo tiempo que fomentan la indecisión general. Las personas se sienten paralizadas. Ni siquiera se deciden a «velar y orar», que sería lo mínimo que debiera hacerse si los sentimientos apocalípticos se tomaran en serio²⁴.

²³ Cf. INNERARITY, Daniel (2018). *Política para perplejos*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, pp. 169-170; «Instrucciones para sobrevivir a la perplejidad política», *El País*, 27/02/2018.

²⁴ Cf. MOLTSMANN, Jürgen (2004). *La venida de Dios. Escatología cristiana*, Salamanca: Sígueme, pp. 268-269.

Me niego a creer inevitable que «la incertidumbre sea nuestra única certeza y el apocalipsis el único futuro imaginable»²⁵. Necesitamos distanciarnos de la ideología apocalíptica que, como un virus, trata de adueñarse de nuestras mentes. Como Marina Garcés, reivindico que este tiempo del riesgo inminente contiene también una revelación: el impulso del «ahora o nunca» es el momento de la acción. Algunos movimientos de protesta y de intervención contracultural nos invitan a declararnos insumisos con la ideología apocalíptica, incapaz de intervenir con eficacia sobre las condiciones del tiempo humano, que es el tiempo de la historia. Y también a entrelazar complicidades para crear «una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad» (Gabriel García Márquez). La desobediencia y las colaboraciones necesitan herramientas conceptuales, históricas, poéticas, estéticas que nos devuelvan la capacidad personal y colectiva de combatir radicalmente contra la credulidad de nuestro tiempo y empezar a encontrar los indicios para hilvanar de nuevo un tiempo de lo vivible²⁶.

En ese impulso del «ahora o nunca» inscribo también el tiempo de la esperanza cristiana como correlato de la Promesa del Dios de Jesucristo. La esperanza cristiana no nos convierte en videntes del futuro ni nos da ventajas para salir del atolladero terminal en el que nos encontramos. Pero sí se nos ofrece como perspectiva propia a la hora de divisar el futuro de este presente catastrófico y perplejo, y de esclarecer qué es lo razonable a la hora de vislumbrar su posible promesa y anticiparla en la historia. Esa mirada esperanzada no está fundada en ninguna utopía humana, sino en el cumplimiento de la Promesa de Dios.

El cristianismo del siglo XXI asume la tarea de afrontar el futuro con esperanza desde la *memoria passionis, mortis et resurrectionis Jesu Christi*. Este quehacer, ineludible para él, de ninguna manera debiera sustanciarse en el testimonio de una esperanza *barata*, sino en una auténtica rendición de cuentas o justificación práctica de esta. La esperanza cristiana no es el reverso del optimismo histórico moderno. Tampoco un reconstituyente para vivir en la posmoderna sociedad del cansancio²⁷ o estimular nuestros anhelos en esta era del desánimo²⁸. La esperanza es un antídoto para no ser vencidos de antemano por la incertidumbre y el catastrofismo. La esperanza, equipada con las señas de identidad de Jesús resucitado, es interrupción del presente y anticipación en él del futuro humano para quienes no tienen esperanza: los «sobrantes» y los crucificados de este tiempo, tan perplejo y tan indiferente a sus gritos de dolor.

Legítimamente podemos interpretar los sufrimientos del tiempo presente como dolores del parto de la creación nueva y sus lamentos como los gemidos del Espíritu anhelante de Dios (cf. Rm 8,18-25). Pero nadie nos asegura su feliz

²⁵ GARCÉS, Marina (2023). *El tiempo de la promesa*, Barcelona: Anagrama, p. 24.

²⁶ GARCÉS, Marina (2017). *Nueva ilustración radical*, Barcelona: Anagrama, pp. 13-15.

²⁷ Cf. HAN, Byung-Chul (2017). *La sociedad del cansancio*, Barcelona: Herder.

²⁸ AA. VV (2018). *La era del desánimo. Una lectura creyente desde la filosofía y la teología*, Barcelona: Cristianisme i Justícia.

alumbramiento ni la metamorfosis de las lágrimas en cantos de liberación. Tampoco el Dios que resucitó a Jesús crucificado. La presencia salvífica de su Espíritu en la historia motiva, tensa, inquieta y moviliza constantemente los corazones de los seres humanos en la dirección de la promesa del Reino, pero sin violentar sus libertades. El Aliento de Dios impulsa permanentemente historia adentro, justamente allí donde se juega la dignidad y la existencia de los seres humanos, a la comunidad cristiana y a hombres y mujeres de buena voluntad.

Nuestra colaboración le resulta indispensable para enjugar lágrimas, mitigar sufrimientos y hacer realidad ese mundo nuevo que es la morada de Dios con los seres humanos (cf. Ap 21,3-5). Pero la Promesa de Dios no siempre se cumple en la historia. Por una parte, el barullo del día a día nos ciega a los cristianos para ver los signos del Espíritu y nos ensordece para oír su clamor en los gritos de los empobrecidos y en el lamento de nuestra alma desvalida (cf. Mc 8,18). Sin duda la libertad humana puede ser ciega y sorda a la Promesa de Dios para la historia humana y, en este caso, quedará frustrada. El Plan divino de Salvación necesita de nuestro concurso, pues Dios no ha previsto que pueda ser realizado al margen de nuestra libertad. Su proyecto (que no es otro que el de la fraternidad total entre los seres humanos, de reconciliación universal de hombres y mujeres) trasciende, en tanto que la perfecciona, la noción misma de justicia. La llamada divina a participar en él nos llega preferentemente a través del rostro de los pobres, de las víctimas de la injusticia. Precisamente porque el proyecto de Dios para la historia es que esta realidad de injusticia desaparezca de manera definitiva, su escondida Presencia se manifiesta en el lamento de todos aquellos que sufren esta realidad y en la acción de todos aquellos que luchan por hacerla desaparecer. Ellos nos recuerdan dialécticamente –en la negación de su negación– el proyecto de Dios. Consecuentemente, cuando los miembros de la Iglesia somos ciegos y sordos a la llamada de Dios oculta/presente en las víctimas, la praxis eclesial, sea cual sea su pretensión, ni se dirigirá a ni se concentrará en los procesos de liberación en favor de nuestro prójimo.

Por otra parte, la acción del Aliento de Dios habitualmente se parece más al susurro de una brisa suave que al ímpetu de un huracán que agrieta montañas y quiebra rocas (cf. 1Re 19,11-12), mientras que el poder del pecado, aunque definitivamente vencido, sigue siendo descomunal. Con frecuencia hace morder el polvo de la derrota al Espíritu de Dios y a su Promesa, aunque no consiga desalojarles de la historia.

Allí donde el espíritu humano creador suscita vida y libertad, solidaridad y liberación, fantasía creadora y proyectos utópicos de nueva humanidad, el Espíritu se encuentra en acción y fermentación dentro de esta historia humana encadenada por el pecado, la injusticia y la muerte. Pero, igualmente, allí donde la necronomía condena a la muerte a millones de seres humanos y a la desaparición a muchas y variadas formas de vida²⁹, allí donde la afirmación ególatra de la propia libertad genera insensibilidad y apatía ante el sufrimiento ajeno, allí donde la idolatría del buen vivir deshumaniza a los seres humanos; en una palabra, allí

²⁹ Cf. ZUBERO, Imanol (2024). *Contra la necronomía. Necesidad y posibilidades de una economía al servicio de la Vida*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuadernos CJ, n.º 237.

donde el pecado gobierna nuestra libertad, el Espíritu, que llena el universo, guía el curso de los tiempos con admirable providencia y renueva la faz de la tierra (cf. GS 11 y 26), sufre un proceso de humillación, ocultamiento y kénosis.

En estas circunstancias, el cristianismo necesita recordar sin cesar que lo verdaderamente importante y decisivo no es ni su éxito ni su fracaso en las luchas concretas en favor de la justicia, sino el amor servicial en favor de la liberación del prójimo. «La esperanza no es la convicción de que las cosas saldrán bien, sino la certidumbre de que algo tiene sentido, sin importar su resultado final» (Václav Havel).

Dicho de otra manera, desde la perspectiva de la esperanza, el compromiso liberador es válido por sí mismo, no en función de su eficacia o de sus resultados. Los cristianos creemos que, por muchos que sean los sacrificios y las derrotas, este compromiso es siempre fructífero: no hay acto de amor que caiga en saco roto de manera definitiva e irreversible. A esta praxis Dios le ha prometido en Jesucristo su especial presencia, como prolongación de su acción creadora y salvadora. La muerte de Jesús en la cruz, su amor «infructuoso» simbolizado en ella, muestra que toda praxis dirigida a la liberación de los pobres y a la reconciliación en favor del prójimo es válida en y por sí misma y no solo por el éxito que eventualmente alcance. La tarea encomendada por Dios a la Iglesia y todavía pendiente de realizar en nuestra historia tendrá siempre el estigma del fracaso, las marcas del sufrimiento y de la muerte, la traza identitaria del amor impotente de Jesús que, al mismo tiempo, jamás se da por vencido: «Apretados en todo, más no aplastados; apurados, más no desesperados; perseguidos, más no abandonados; derribados, más no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» (2Co 4,810). Justamente esta experiencia es la que permite a los creyentes captar que la salvación no está en nuestras manos prometeicas humanas y que, a pesar de ello, Dios concede un futuro a todos nuestros esfuerzos de liberación y reconciliación, que supera los límites de nuestra historia³⁰.

«Esperar lo imposible»

Esta «pequeña esperanza» (Charles Péguy), como ha escrito Miguel García Baró, tiene que ver con «esperar lo imposible»:

Hay cristianismo real sólo cuando existen hombres que en el secreto de su intimidad se atreven a esperar de verdad lo imposible. De la misma manera que no era posible que un ajusticiado con el suplicio del esclavo fuera resucitado por Dios mismo, en contra de la expectativa de los peritos de la religión, de esa misma manera es imposible hoy que la tendencia destructiva de la historia se detenga y se invierta. Es imposible que los derrotados en tantos siglos de violencia sean rescatados y que su dolor no solo se olvide, sino se borre. Es imposible que lo ya sucedido sea aniquilado. Es imposible que los traicionados recuperen la confianza en la humanidad. Es, sobre todo, imposible y

³⁰ Cf. SCHILLEBEECKX, Edward (1982). *Cristo y los cristianos. Gracia y Liberación*, Madrid: Cristiandad, pp. 819-820.

escandaloso que los pecadores vayan a ser convidados al banquete eterno del perdón y se sienten al lado de los justos sacrificados, aunque se les haya convocado a toda prisa, pasada la hora undécima. Es imposible que las oportunidades perdidas en todas las vidas se repitan, regresen, sean superadas. En definitiva, es imposible el reino de los cielos y no distinguimos con qué prudente política podríamos atraerlo a nuestra historia, tan real ella y tan macizamente posible. Justamente porque todo esto es imposible, lo esperamos en la actividad de una esperanza plena que tiene que ser también actividad incesante. Si creyéramos que lo imposible es posible, no sólo miraríamos a los ojos al mal, sino que no nos recostaríamos a esperar del combate entre los dioses del maniqueísmo una solución final para nuestra historia. Sólo una libertad asumida hasta las últimas consecuencias habla aun elocuentemente de Dios en medio de las ruinas.

Esta «espera de lo imposible» se inscribe en la dinámica del ser humano como agente de deseos. La resurrección de Jesús y sus efectos saludables para los seres humanos y el cosmos están en ruptura con las posibilidades de esta vida, pero se encuentran en continuidad con los ilimitados anhelos o deseos humanos de libertad, amor, esperanza, justicia, liberación, etc. Estos afloran consustancialmente como expectativas de absoluto en la conciencia humana individual y colectiva, aunque se rechacen, se ignoren o se sustituyan con sucedáneos. Son el reflejo de estructuras antropológicas profundas que manifiestan el misterio de la persona humana como un ser que necesaria, pero ineficazmente, se proyecta y se trasciende a sí mismo en su aventura histórica: necesita ser promesa cumplida de justicia plena y liberación integral, y no lo logra jamás. Por ello decimos que el hombre es un ser limitado con aspiraciones ilimitadas. Xavier Zubiri describió al ser humano como el «relativamente absoluto»: finito con pretensión de infinitud, relativo con pretensión de absoluto. «De ahí procede un dinamismo interminable, lanzado por un deseo que no acaba nunca de encontrar su última meta, de la misma manera que el navegante no encuentra nunca el último horizonte»³¹. Ernst Bloch puso nombre a ese inagotable dinamismo: «el principio esperanza». Frente a este horizonte de deseos humanos *imposibles*, Jorge Riechmann considera que la esperanza auténtica es un tipo de deseo «vinculado con expectativas de alguna manera *factibles*» porque «la esperanza tiene que ser posible de ser realizada, mientras que el deseo puede no serlo. Puedes desear ser Mick Jagger, pero no puedes esperar serlo»³².

Sé que «el deseo nos sitúa ante una infinitud ambigua» y que los seres humanos nos equivocamos de ruta cuando buscamos lo imposible. Nos soñamos seres divinos y expandimos realizaciones diabólicas. Nos prometemos alcanzar el cielo y terminamos creando infiernos. Mucho cuidado con los absolutos, pues han dado lugar a auténticas catástrofes. Ejemplos históricos sobran. Consecuentemente, el tratamiento del deseo está reclamando el discernimiento de sus falsificaciones y deformaciones para rechazarlas o rehabilitarlas en medio del laberinto de los deseos que los seres humanos somos. Y este objetivo no se consigue siempre. Con todas estas cautelas, la operación que sustituye el deseo *imposible* por el deseo *factible*, con el fin de que le salgan las cuentas a la esperanza materialista (la que no

³¹ Cf. MARINA, José Antonio (2007). *Las arquitecturas del deseo. Una investigación sobre los placeres del espíritu*, Barcelona: Anagrama, p. 125.

³² Cf. RIECHMANN, Jorge (2017). *¿Vivir como buenos huérfanos? Ensayos sobre el sentido de la vida en el Siglo de la Gran Prueba*, Madrid: Catarata, p. 242.

es ni la metafísica ni la religiosa), me parece una «castración» del alma humana. Pero además elude lo ineludible: la pregunta planteada por el sufrimiento de las incontables víctimas del «campo» (Giorgio Agamben) que es nuestro mundo por obra del capitalismo global. Y, al dejarlas sin respuesta, fácticamente las declara irrelevantes para el futuro. El sentido de la vida en el siglo de la Gran Prueba – que es como Jorge Riechmann denomina al siglo XXI porque en él nos jugamos el futuro ecohumanista del tercer milenio³³ – se ha convertido en una categoría reservada a los vencedores o a los supervivientes³⁴. «Las utopías serían al fin de cuentas la última astucia de la evolución si sólo existiesen ellas y no existiera Dios» (Johann B. Metz), que resucita a los vencidos por la muerte injusta.

La resurrección de Jesús es el fundamento de la oferta de sentido del cristianismo. Pero no estamos hablando de un Resucitado cualquiera, sino muy precisamente de Jesús de Nazaret, *el Crucificado*. No podemos olvidar o minusvalorar la vinculación entre Jesús Resucitado y su historia terrena. En ese punto de unión radica la novedad cristiana. Él no «murió en una cama como un buen burgués», sino que le mataron en un patíbulo ignominioso, condenado por la autoridad imperial, por haber anunciado en nombre de Dios el cumplimiento de su Promesa: la posibilidad de otro mundo, es decir, «un reino eterno y universal: el reino de la verdad y de la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz». Su resurrección no es, por tanto, la respuesta directa de Dios en Jesús *difunto* a la expectativa humana de la vida después de la muerte (o de inmortalidad para ser como los dioses), sino a la expectativa de la justicia divina para los «abeles» que, en este mundo, mueren antes de tiempo, como Jesús *crucificado*, víctimas de la injusticia, de la violencia, de la intolerancia y la indiferencia.

La historia de Jesús de Nazaret terminó en el patíbulo de la cruz porque los hombres matamos. El Mesías de Dios no solamente cargó con «la muerte del morir», sino con «la muerte del matar» (Marina Garcés); asumió no solo la caducidad de la vida humana, su mortalidad, sino «el morir antes de tiempo» del exterminio o de la injusticia. Hermanado con las innumerables víctimas de la injusticia, la historia humana también ha caminado sobre el cadáver del Hijo de Dios y sobre la aparente ruina de las esperanzas mesiánicas. En su pasión, la noche oscura de la injusticia golpeó duramente la fe de Jesús en la proximidad de su Padre y en la cercanía del Reino de Dios, pero murió como «el Testigo Fiel» (Ap 1,5) de la inaudita presencia de Dios y de la irrupción de su Reinado en su descenso a los infiernos de la muerte injusta. Por tanto, la resurrección de Jesús crucificado responde primariamente a la pregunta por el sentido en el contexto del deseo de que haya justicia para las

³³ Cf. «Ecohumanismo en el siglo de la Gran Prueba» en AA. VV. (2018), *¡Despertemos! Propuestas para un humanismo descentrado*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, Cuadernos CJ, n.º 209.

³⁴ Siempre me sobrecoge este texto de Primo Levi: «Los “salvados” de Auschwitz no eran los mejores, los predestinados al bien, los portadores de un mensaje; cuanto yo había visto me demostraba precisamente lo contrario. Preferentemente sobrevivían los peores, los egoístas, los violentos, los insensibles, los colaboradores de la “zona gris”, los espías. No era una regla segura (no había, ni hay, en las cosas humanas, reglas seguras), pero era una regla. Yo me sentía inocente, pero enrolado entre los salvados, y por lo mismo en busca permanente de una justificación ante mí y ante los demás. Sobrevivían los peores, es decir, los más aptos; los mejores han muerto todos». LEVI, Primo (1989). *Los hundidos y los salvados*, Barcelona: Muchnik Editores, pp. 71-72.

víctimas de la injusticia; y, por añadidura, de que la vida después de la muerte sea el destino de la humanidad.

Fuera del ámbito de las religiones y en la experiencia del sufrimiento inocente de las víctimas de la injusticia, han renacido y se sostienen deseos *imposibles*: el «anhelo de que la injusticia no tenga la última palabra» (Max Horkheimer); el deseo de «ver las cosas tal como aparecen desde la perspectiva de la redención» (Theodor W. Adorno); o la expectativa de que el próximo segundo sea «el pequeño portillo por el que puede llegar el mesías» (Walter Benjamin). Todos ellos constituyen auténticos preámbulos a la decisión de creer en la resurrección de Jesús, que permiten que esta no aparezca como arbitraria, sino como razonable. ¿Por qué no va a ser razonable *tener la ilusión* de que Dios resucite a las víctimas y *hacernos la ilusión* de que así va a suceder?³⁵ ¿Por qué no, la esperanza en una utopía de fraternidad universalizable que alcance a los muertos?

II. La esperanza, «apasionamiento por lo posibilitado por la promesa»

No es este ni el lugar ni el momento para ofrecer un esbozo histórico del «giro copernicano» que la reflexión sobre la esperanza ha experimentado de la mano de la escatología desde finales del siglo XIX hasta nuestros días³⁶. Pero me detendré primeramente en señalar algunas características de la categoría promesa, tal como aparecen en la obra de Jürgen Moltmann Teología de la Esperanza, sin la que no puede entenderse ese cambio tan radical. En realidad, la esperanza judeocristiana se origina en la credibilidad dada por los creyentes a la promesa de Dios.

«Dios se revela en el modo de la promesa y en la historia de la promesa»

Desde el principio (la creación) hasta su meta (que Dios llegue a «ser todo en todos» [1Co 15,28]), la revelación de Dios está configurada por la naturaleza y la orientación de la promesa. Yahvé va manifestando su identidad según los diversos contenidos de su promesa: tierra y descendencia, liberación de la esclavitud y tierra prometida, retorno del exilio como nuevo éxodo y nueva alianza, y resurrección de las víctimas de la injusticia son algunas de las imágenes de esa promesa. La palabra que revela a Dios tiene fundamentalmente el carácter de la promesa, siendo, por ello, de naturaleza escatológica. Se encuentra asentada y está abierta al acontecimiento de la fidelidad de Dios, hasta el punto de llegar a nombrar a Dios como el autor de la Promesa cumplida (cf. Hb 10,23). Consecuentemente, Dios ni

³⁵ Hago mío un juego de palabras de Francisco Fernández Buey a propósito de la utopía: «La historia de la utopía en el siglo XX debería enseñar, en suma, a distinguir entre *hacerse ilusiones* y *tener ilusiones*». Francisco Fernández Buey, *Utopías e ilusiones naturales*, El Viejo Topo, Barcelona, 2007, p. 329.

³⁶ Cf. GIMÉNEZ, Josep (2018). *Lo Último desde los últimos*, Santander: Sal Terrae, pp. 53-86.

se identifica ni se revela «él mismo» como un absoluto en sí mismo, sino en su constante fidelidad a la historia de su promesa que al mismo tiempo origina la historia de Israel y la dota de sentido. La palabra de Dios no traslada a su pueblo una información sobre las dependencias celestiales y las costumbres de sus habitantes, sino que le remite a la historia, a un camino cuya meta le muestra y le garantiza con su promesa, que siempre tiene la forma del don divino de una conquista humana. Aunque frecuentemente sea la imagen de Dios menos presente en la conciencia de la comunidad creyente,

el Dios de quien aquí se habla no es un Dios intramundano o extramundano, sino «el Dios de la esperanza» (Rom 15,13); un Dios que tiene «el futuro como carácter constitutivo» (Ernst Bloch), un Dios tal como le conocemos por el Éxodo y por las profecías de Israel, un Dios que, en consecuencia, no podemos tener dentro de nosotros o por encima de nosotros, sino, en puridad, tan solo delante de nosotros, un Dios que sale a nuestro encuentro en sus promesas para el futuro y al que, por tal motivo, no lo podemos tampoco «tener», sino sólo aguardar en una esperanza activa³⁷.

Hablamos del Dios Adviento

Como ilustración de algunas de las peculiaridades de la promesa, me serviré de una narración de Jeremías en la que compra un campo como prueba del porvenir venturoso prometido por Yahvé en el momento en que las fuerzas del rey de Babilonia sitian Jerusalén y cuando el profeta está prisionero en la casa del rey de Judá (cf. Jr 32). El peso de la realidad parece configurar la práctica esperanzada de Jeremías como un delirio: el profeta se sale del surco de la historia, trazado por el presente de la conquista y destrucción de Jerusalén por las tropas de Nabucodonosor (vv. 29-30). Pero su acción no se arraiga en su percepción de la realidad, sino en la promesa de Yahvé (vv. 36-44).

Los enunciados de la Promesa que suscitan la esperanza entran en colisión con la realidad experimentable en el presente (el cautiverio babilónico) e interrumpen su lógica. Sus imágenes, sus símbolos y sus narraciones no son, por tanto, resultado de la experiencia histórica. Tampoco, fruto de los anhelos utópicos de seres humanos aplastados por el sufrimiento y cautivos en un topos injusto. En boca de los profetas se ofrecen como la condición de posibilidad de experiencias nuevas. No pretenden iluminar la realidad que está ahí, sino la realidad que viene. Aspiran a insertar esa realidad en el cambio que está prometido y que esperamos. No quieren ir a la zaga de la realidad, sino precederla.

El futuro de la promesa nos transforma

De este modo, la promesa de Dios *interrumpe* el destino de su pueblo porque afirma una verdad que desafía el peso de la realidad. Introduce una verdad que inventa un lugar propio en la trama de lo real: es una expectativa compartida que es cierta,

³⁷ Cf. MOLTSMANN, Jürgen (1998). *Op. cit.*, p. 21.

aunque no haya tenido lugar. La palabra de Yahvé es una acción que pone en tensión la verdad y la realidad porque no reconoce los límites de esa realidad, no acepta sus posibles, sino que crea en ella nuevas posibilidades.

Es una verdad que, aun a riesgo de no realizarse, se convierte en compromiso irreversible al ser declarada. Su veracidad se sostiene sobre la palabra de Yahvé y no necesita de nada más. Su *eficacia* consiste en instituir el vínculo con su pueblo y organizar el tiempo del miedo y de la esperanza; y se realiza en la medida en que orienta la acción del pueblo creyente hacia un futuro posible a través de la fidelidad y la obediencia a un mandato. Las promesas de Dios hablan del futuro, pero se hacen desde el presente. Hablan del futuro, pero invocan un comienzo nuevo y una memoria compartida. Religan el tiempo sin fijarlo. La promesa divina sitúa al que la recibe en una diferencia insalvable con respecto a la realidad del mundo y se convierte en un territorio con el que *comprometerse* a anticiparlo. Su acción profética disputa a la realidad las fronteras entre lo posible y lo imposible en la situación menos propicia³⁸.

¿Cómo puede ser que el futuro, algo que aún no es, algo que aún no está, nos llegue a afectar? ¿No estaremos incurriendo en un imposible lógico al situar, como vulgarmente se dice, el carro por delante de los bueyes? Evidentemente, el futuro no es algo que *esté ahí*, algo que nos esté esperando y hacia lo que avanzamos inexorablemente, sin otra opción que la adaptación. El futuro nos transforma en la medida en que es anticipado –definido, preconstruido– ya desde ahora. El futuro actúa en el presente en la medida en que es en el presente cuando ponemos las bases de lo que el futuro va a ser. Pensar el futuro es, de alguna manera, anticiparlo. Por eso, no es posible situarse en el presente si no es en el marco de un proyecto de futuro. Tratar de definir, entre los varios futuros históricamente posibles y la estructural incertidumbre que la vida contiene, aquel concreto futuro que deseamos exige tomar decisiones y adoptar estrategias desde hoy mismo. Por otra parte, ya sabemos que tampoco el pasado es lo que ha sido, sino lo que en un momento determinado se dice que ha sido. Inventar tradiciones es una práctica fundamental, constituyente, de cualquier sociedad. Entre pasado y presente, al igual que ocurre entre presente y futuro, se establecen relaciones de mutua alimentación.

El futuro se decide, en buena medida, hoy. Es por eso por lo que el futuro nos transforma. Una de las consecuencias más relevantes derivadas de la configuración por la incertidumbre de nuestras sociedades avanzadas es la importancia que adquiere elegir entre posibilidades de futuro abiertas, no predeterminadas.

La teología de la promesa desautoriza una teología de la historia del «hay lo que hay» y la postula como teología de la Esperanza. En ella trata de encontrar respuestas razonables y razonadas a preguntas como las siguientes: ¿cuándo y dónde el Dios de la Promesa revela su fidelidad y en ella se revela a sí mismo y a su presente? Es decir, ¿cuándo y dónde da cuenta del futuro de la Promesa y de la identidad del Dios Adviento?

³⁸ Cf. GARCÉS, Marina (2023). *El tiempo de la promesa*, pp. 13-21.

A los seres humanos no nos han expulsado de ningún paraíso. Siempre hemos vivido «en las afueras» de un paraíso a la altura de nuestros mejores deseos, pero inalcanzable para nuestros posibles. La esperanza debe demostrar su fortaleza en esta contradicción con el presente, porque «la esperanza es apasionamiento por lo posibilitado por la promesa». El Paraíso está en el futuro como fruto del cumplimiento de la promesa. El Paraíso es fruto del sueño de Dios (cf. Is 11,1-10).

La esperanza de y en Jesucristo, fundamento de la esperanza cristiana

En el centro de la esperanza cristiana está la vida, la muerte y la resurrección de Jesús de Nazaret, un galileo apasionado por lo posibilitado por el cumplimiento de la promesa de Dios. Los cristianos hemos recibido su tradición, su modo de estar en la realidad, que se nutre de la experiencia de la irrupción del Reinado de Dios como acción definitiva, liberadora y escatológica, dirigida preferentemente a los pobres, y desde ellos a todo Israel y al resto de la creación. Las viejas esperanzas del pueblo de Israel estaban a punto de verificarse. Dios cumplía definitivamente su promesa y su Reinado irrumpía en la historia como buena noticia, como Evangelio. La causa a la que Jesús entregó su vida, su pasión creyente, la resumió sumariamente el evangelista Marcos: «Después de que Juan hubo sido entregado, vino Jesús a Galilea predicando el evangelio de Dios y diciendo: “Se ha cumplido el plazo, el Reino de Dios está cerca. Arrepentíos y creed la buena noticia”» (1,14-15). Dios había cumplido su promesa y la posibilidad de un orden nuevo fraternal en el mundo y de un corazón nuevo fraterno en los seres humanos entraba con él en la historia y se instalaba definitivamente en ella.

Obviamente, el Reino de Dios excede cualquier realización humana de la utopía porque es de Dios, pero se emparenta con lemas escatológicos como «civilización del amor» (Juan Pablo II), «civilización de la pobreza» (Ignacio Ellacuría), «cultura de la sobriedad compartida» (José Ignacio González Faus), «que la vida sea posible» (Jon Sobrino), «que el mundo llegue a ser un hogar para el hombre» (Ernst Bloch) u «otro mundo es posible» (movimiento alterglobalizador). La tradición de Jesús de Nazaret se hace presente y continúa en la historia a través de los compromisos y prácticas de quienes son inspirados y movilizados por los anhelos y requerimientos de algún acontecimiento con futuro histórico y mundial de interés universal (cf. Mt 25,31-38). Por ejemplo: el final del hambre en el mundo, el cese de las prácticas xenófobas y racistas, un desarrollo sostenible, la paz regional y mundial, la liberación de las minorías culturales y étnicas, o el despliegue real de la tradición de los Derechos Humanos, etc.

La recepción de la tradición de Jesús y esperar como él esperó reclama hombres y mujeres alentados por la expectativa de una utopía sin contenido definido ni definitivo (*entrevista*, la llama Paul Ricoeur) y universalizable hasta alcanzar a «los muertos antes de tiempo, víctimas de la injusticia, la violencia, la indiferencia y la intolerancia» (como Johann B. Metz ha insistido en multitud de ocasiones). Una expectativa capaz de alimentar permanentemente una ética de la convicción que, a

su vez, motiva una ética de la resistencia y la responsabilidad, y se deja acompañar en todo momento por la esperanza que, como dice Charles Péguy, arrastra y hace andar a la convicción utópica (a la fe) y al compromiso (la caridad).

Jesús de Nazaret fue un perdedor momentáneo. A quienes mandaban entonces, sus prácticas del Reino les parecieron un delirio (cf. Mc 3,21), pues se habían salido del cauce de lo razonable. Lo descalificaron tachándolo de heterodoxo, alternativo, blasfemo, loco, subversivo... Su muerte en la cruz, la propia de un *sin-ciudadanía* (o sin papeles, diríamos hoy) acusado de alterar el orden imperial (la *pax romana*), fue el precio que pagó por ser fiel a la promesa del Reino en medio de una sociedad apática e indiferente ante el sufrimiento de las gentes. No estaba dormido, sino bien despierto, cuando, sabiendo la que se le venía encima, siguió soñando/esperando el Reinado de Dios. Cuando todo parecía aparentemente perdido (cf. Jn 11,53) tomó la decisión de subir a Jerusalén (cf. Lc 9,51), impulsado no por un delirio que lo hubiera convertido en un kamikaze, sino por una lúcida fidelidad hasta el final a la promesa de Dios. Allí experimentó el fracaso, el abandono de sus amigos, el veredicto de inocencia a favor de las Tinieblas, la utilización de la justicia de Dios en contra de la transparencia de su propia vida y el silencio del Dios del reino: ¿se habrá cansado en vano y su vida la habrá gastado inútilmente? (cf. Is 49,4; Mc 15,34). Será la noche (cf. Jn 13,30). Jesús de Nazaret esperó contra toda experiencia que en aquella noche oscura de la injusticia y la ignominia irrumpiera definitivamente el amanecer del Reino de Dios, propiciado por su fidelidad a la promesa divina hasta el extremo del sufrimiento y de la muerte: «Si el grano de trigo no muere no produce fruto» (cf. Jn 12,23-24).

Esperar desde la memoria de la «pasión, muerte y resurrección de Jesucristo». Jesucristo, cumplimiento *in fieri* de la Promesa

La esperanza de los discípulos en la alborada del Reino brota de la resurrección de Jesús y del reencuentro con él. Su esperanza en el Reino es una esperanza recobrada y con las señas de identidad del Crucificado. Cristo resucitado «es la esperanza» (Col 1,27) para la tradición cristiana. En el acontecimiento Cristo (vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret, y la venida del Espíritu Santo), reconocen la confirmación del cumplimiento *in fieri* de la Promesa divina, tal y como Jesús ya lo había proclamado con su Buena Noticia del Reinado de Dios. La luz de la resurrección proclama el cumplimiento definitivo de la Promesa como Posibilidad Nueva en y para la historia humana.

La esperanza tiene como objeto *la novedad* de un futuro que, aunque esté construido por el hombre, no puede ser más que *dado* desde otra parte, ya que el hombre únicamente construye el futuro a través de la explotación y la reproducción del pasado. Que pueda darse a la historia un porvenir absolutamente nuevo, diferente al que está en nuestro poder procurarle: esa es la esperanza que hace nacer el anuncio de la resurrección³⁹.

³⁹ Cf. MOINGT, Joseph S.J. (1995). *El hombre que venía de Dios II*, Bilbao: Desclée, p. 33.

Dios ha cumplido su Promesa en su Palabra, Jesús de Nazaret, y en el Espíritu de la Promesa (cf. Ef 1,13) que la profiere permanentemente en la historia: a) dotándola de posibilidades inéditas de futuro (cf. Jn 3,18; Rm 8, 15-17); b) anunciando con su gemido los dolores de parto de una realidad nueva ya incoada, pero todavía a la espera de nacer plenamente en ella (cf. Rm 8,23); y c) provocando vocaciones, misiones y envíos *comprometidos* en anticipar y concretar históricamente aquello que anuncia y garantiza hasta alcanzar la libertad y la gloria de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 19-21).

Con esa esperanza nos ha salvado Cristo. Una esperanza en lo que todavía ni vemos ni podemos ver y aguardamos con paciencia. Es el Espíritu quien socorre nuestra debilidad e intercede en nuestros gemidos inarticulados aguardando que la humanidad se emancipe de la esclavitud de la corrupción para obtener la libertad gloriosa de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 18-27). La esperanza cristiana no tiene su matriz ni en una confianza ilusa en las posibilidades ilimitadas del hombre ni en un optimismo ingenuo en el progreso indefinido de la humanidad, sino en la Promesa abierta y mantenida en su cumplimiento por Dios en la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Así, la tradición cristiana confiesa que la Promesa es una *dimensión de la realidad* y la esperanza, virtud teologal además de pasión animal y hábito humano. La promesa divina de aquello que todavía no es –y que, por ello, abre y *hace* historia– se ha convertido en el motor, el motivo, el resorte y el tormento de la historia⁴⁰.

Tener ilusiones...

La esperanza del Resucitado nos permite *tener ilusiones* en las posibilidades de un mundo nuevo, fraterno y reconciliado, y de hombres y mujeres nuevos con corazones de carne como el de Jesús de Nazaret. Esta posibilidad se abre paso incluso en las situaciones humanas más extremas de desgracia a través de la apocalíptica judeocristiana. Dado que no tengo espacio para detenerme en ella⁴¹, me limito a señalar algunos rasgos. La apocalíptica cristiana no es un anuncio catastrofista del futuro, sino la denuncia de las catástrofes del presente y el anuncio del cumplimiento de la promesa divina: el Señor llega como *interrupción* del curso de los acontecimientos para salvar a los justos que sufren: «Mira que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). La pronta venida del Señor Jesús pondrá punto final al tiempo de la iniquidad y así hará justicia a las víctimas inocentes de la injusticia (Ap 22,7-20). La visión apocalíptica alimenta la esperanza para la resistencia:

No es aquella esperanza activa en el futuro, con la que Abrahán salió de su tierra y Moisés sacó del cautiverio egipcio al pueblo de Israel, sino que es una expectación resistente, perseverante y capaz de sufrir en medio de una situación en la que ya no se puede hacer nada para alejar de sí la desgracia. Pero con esta esperanza se combaten aquellas actitudes y posturas individuales que tienden incesantemente a aparecer en

⁴⁰ Cf. MOLTSMANN, Jürgen (1998). *Op. cit.*, pp. 213-214.

⁴¹ Cf. VITORIA, F. Javier (2019). «Interrumpir el tiempo para alumbrar lo nuevo», en *Iglesia Viva*, 277, pp. 43-63. Condensado en *Selecciones de Teología*, 232, Vol. 58, pp. 343-355.

tiempos del final humano: la cólera, la agresividad, la depresión y la autodestrucción. La apatía y el cinismo son formas de esclerosis espiritual y de desfallecimiento que preceden a la destrucción del mundo, la anticipan y la producen a su manera. La expectación apocalíptica no es una simple sumisión indolente al destino, sino que levanta a los deprimidos. La verdadera apocalíptica enseña a «mantener la cabeza alta» y a permanecer abiertos al nuevo comienzo de Dios cuando se contempla el derrumbamiento de este sistema del mundo⁴².

Seguimos esperando la segunda y definitiva venida del Señor Jesús para poner punto final al tiempo de la iniquidad y con él hacer justicia a las víctimas inocentes de la injusticia: la luz pascual llega hasta el lugar de los muertos para hacerles pasar de la muerte a la vida en la plenitud de la comunión divina y del reencuentro humano reconciliado. «Las utopías –como nos recuerda J. B. Metz– serían a fin de cuentas la última astucia de la evolución si sólo existiesen ellas y no existiera Dios» que resucita a «los muertos del matar» y a «los muertos del morir».

...sin hacernos ilusiones

«Venga a nosotros tu Reino...» Ya, muy bien: ¿pero cuándo? ¿Cuándo vendrá a los pobres el Reino de Dios? ¿Cuándo serán los hambrientos saciados? ¿Cuándo reirán por fin los que hoy lloran? ¿Para cuándo el cumplimiento de esa última voluntad de Dios para este mundo? ¿O es que, tal vez, no hablamos de este mundo? La respuesta es, en palabras de Lope de Vega, «siempre mañana y nunca mañanamos». Si, como sostiene Albert Camus, «desde hace veinte siglos no ha disminuido en el mundo la suma total del mal y ninguna parusía, ni divina ni revolucionaria, se ha cumplido»⁴³, no es difícil caer en la tentación de archivar la promesa del Reino de Dios junto a tantas y tantas otras promesas de liberación que el tiempo se ha encargado de convertir en combustible utópico para minorías tozudas o en profecías incumplidas que alimentan el escepticismo de las mayorías sociales integradas.

La experiencia de la crisis de las expectativas históricas de la modernidad ha servido para purificar la esperanza cristiana, liberándola de una grave hipoteca: confundirla con el optimismo histórico. Se trata de una esperanza que lleva consigo, desde su misma matriz, las señales de sus derrotas. Es una esperanza crucificada desde su origen. El impulso del Espíritu ha sufrido un sinfín de quebrantos a lo largo de la historia. Hemos de contemplarla bajo la perspectiva del señorío del *Crucificado*. La teología de la cruz, como nos recuerda Jürgen Moltmann, «no es otra cosa que el reverso de la teología cristiana de la esperanza»⁴⁴. Este cambio de óptica no nos ha resultado nada fácil. Ha traído consigo la necesidad de llevar a cabo serios esfuerzos, teóricos y prácticos, de purificación de la teología cristiana de la historia, muchas

⁴² Cf. MOLTSMANN, Jürgen (2004). *La venida de Dios. Escatología cristiana*, Salamanca: Sígueme, pp. 298-299.

⁴³ CAMUS, Albert (1978). *El hombre rebelde*, Buenos Aires: Losada, p. 281.

⁴⁴ Cf. MOLTSMANN, Jürgen (1975). *El Dios crucificado*, Salamanca: Sígueme, 1975, p. 14.

veces confundida con una ideología de progreso que ignoraba la realidad de sus propias víctimas.

La *memoria crucis* (cf. 1Co 1,17-25) desbarata definitivamente cualquier entusiasmo o fe ciega en el éxito histórico de los proyectos humanizadores, pero, aunque pueda parecer paradójico, apoya el valor de la esperanza cristiana. Esta no garantiza ninguna progresión ascendente de la historia, pero impide igualmente que el fracaso de las utopías humanas se considere como histórica o metafísicamente inevitable: en la historia existen permanentemente posibilidades inéditas de ascenso humano porque el Espíritu del Crucificado se ha derramado sobre ella, como *primicia* (cf. Rm 8,23) y *garantía* de su futuro cumplimiento (cf. 2Co 1,22), y ya no podrá ser desalojado jamás de ella, aunque pueda ser momentáneamente derrotado. Su fecundidad histórica posee el tiempo y el estilo del fermento. «El “plazo” de la eficacia no existe en la aventura de la gratuidad» (Juan Luis Segundo) y la promesa del Reino se espera y se trabaja como don *de Otro*.

Sí, la esperanza cristiana nos permite *tener ilusiones* en alcanzar «una nueva y arrasadora utopía de la vida, que ofrezca una segunda oportunidad para las estirpes condenadas a cien años de soledad (Gabriel García Márquez), pero nos prohíbe *hacernos ilusiones* con lograrla. El cumplimiento de la promesa depende también de la colaboración humana, y esta y el poder del pecado pueden hacerla fracasar en su realización histórica, una vez más.

Por todo esto, los cristianos tenemos principio y fundamento para entender que, como ha dejado escrito Claudio Magris, *utopía* significa no rendirse a las cosas tal como son y luchar por las cosas tal como debieran ser; saber que al mundo le hace buena falta que lo cambien y lo rediman. *Utopía* significa recordar a los millones de personas que perecieron a lo largo de los siglos a causa de violencias indecibles y que han sido sepultadas en el olvido. La utopía da sentido a la vida porque exige, contra toda verosimilitud, que la vida tenga un sentido. Utopía y desencanto, antes que contraponerse, tienen que sostenerse y corregirse recíprocamente. El final de las utopías totalitarias solo es liberador si viene acompañado de la conciencia de que la redención, prometida y echada a perder por ellas, tiene que buscarse con mayor paciencia y modestia, sabiendo que no poseemos ninguna receta definitiva, pero también sin escarnecerla⁴⁵. En tiempos de incertidumbre y de alarmas apocalípticas necesitamos, más que nunca, activar esa *memoria crucis* y recordar que, como decía Walter Benjamin, «solo a causa de los desesperanzados, se nos ha dado la esperanza». La esperanza nos permite pensar con sobriedad el sentido de la historia humana y afrontar el compromiso con la promesa del Reino con un cierto *pesimismo cariñoso* fruto no de creer que el mundo tiene arreglo, sino de que tiene sentido luchar para que lo tenga (José Ignacio González Faus).

¿Cuál es, entonces, la actualidad del Reino predicado por Jesús? Probablemente la misma de siempre: la oportunidad que nos brinda para seguir encontrando, en medio del mal, experiencias concretas de humanización y liberación; y para comprender estas experiencias no como fragmentos inconexos, pequeños tesoros (en el mejor de los casos) restos de un naufragio que las aguas llevan hasta la playa, sino como hitos

⁴⁵ Cf. MAGRIS, Claudio (2001). *Utopía y desencanto*, Barcelona: Anagrama, pp. 11-17.

que señalan un sendero posible hacia un futuro distinto. En medio de las zozobras y perplejidades del presente, el Espíritu sigue impulsando y haciendo posible historias empeñadas en la construcción de un futuro abierto de vida y fraternidad para esta humanidad. En plena crisis del futuro el Espíritu está emplazando a que la trayectoria vital del cristianismo se convierta en relato humano de salvación de Dios para hombres y mujeres, y se acredite así como una religión que prepara el camino al «Dios que llega».

La historia de la Promesa *continúa e interrumpe* la caída generalizada de los seres humanos en los brazos de la ineficaz resignación del catastrofismo apocalíptico, provocando movimientos de resistencia y brotes de insatisfacción por doquier. Eso que comúnmente llamamos *lo real* nos limita, nos sostiene, nos impulsa, nos da alas, pero no nos basta. La inteligencia humana inventa sin parar *posibilidades reales*, que no son fantasías de iluminados, sino ampliaciones que la realidad admite no solo porque nosotros la integramos en nuestros proyectos (José Antonio Marina), sino más radicalmente porque Dios la ha asumido amorosa y gratuitamente en el suyo propio: «ser todo en todos» (1Co 15,28). Por ello, la ansiosa espera de la creación, deseando el cumplimiento de la promesa de ser liberada de la esclavitud de la corrupción, puede leerse como la expectación del parto de la creación nueva (cf. Rm 8,18-26).

Nuestra esperanza no depende de los datos de realidad; es la realidad la que depende de nuestra esperanza. Solo esta esperanza merece ser calificada de «realista» porque solo ella se toma en serio las posibilidades que atraviesan todo lo real. La esperanza no toma las cosas exactamente como se encuentran ahí, sino tal como pueden modificarse: «Mira que hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Mirar la realidad con los ojos de la esperanza, que es lo mismo que mirarla con los ojos de la fe, transforma la realidad. No por un ejercicio de ilusionismo, sino por una lectura de la realidad que descubre las posibilidades inéditas, los *inéditos viables* (Paulo Freire) que existen y actúan en su seno. Son la pequeña promesa de los brotes que verdean (Charles Péguy) o del polen que amarillea (Jorge Picó) al principio del mes de abril. Son los signos del Reinado de Dios que *ya* está presente entre nosotras y nosotros, aunque *todavía* no de forma plena.

La promesa de Dios está vigente no solo como aliento para las situaciones de desánimo, sino como llamada a procurar su viabilidad histórica. Los cristianos han de enfrentarse con la construcción social de la realidad con el entusiasmo de la ejemplaridad evangélica. Pero también con la intención de alcanzar sus objetivos históricos viables. Les pertenece no solo la ingenuidad de la paloma, sino también, y en la misma dosis, la astucia *evangélica* de la serpiente (cf. Mt 10,16).

El mensaje cristiano de la esperanza hace que los cristianos tengamos que oponernos no solo a los escépticos y a los despreocupados, sino también a los trágicamente resignados que se preocupan mucho, pero que no hacen nada, y miran el combate histórico como una empresa desesperada. Por ello, «en la esperanza no sólo tenemos algo que beber, sino tenemos algo que cocinar» (Ernst Bloch). La esperanza no es una especie de «vino quinado» o bebida isotónica que la fe nos suministra como reconstituyente de nuestras débiles constantes vitales, mientras llega la hora del «banquete celestial». La esperanza es, sobre todo, el condimento con el que hay que

ir preparando, desde ya, la mesa de «los manjares succulentos y vinos generosos», que es el festín del Reino de Dios. En una palabra, todo aquello que «es vida vivible». El cristianismo tiene, por tanto, algo que cocinar. Tiene algo que hacer en ese territorio nuevo, creado por la promesa de Dios, con el fin de que dé más de sí, desplazándolo «apenas medio palmo» (Josep M.^a Esquirol) hacia su plenitud. Tiene un quehacer en esta sociedad: la construcción de una democracia integral y de una Iglesia evangélica al servicio de una sociedad fraterna, liberada y en paz.

En esta tarea habrá de acompañarse de buenas dosis de *audacia* que resiste el desaliento, a base de imaginación y de *aguante* que permite someterse a las condiciones adversas, sin claudicar en la esperanza. Y además necesitará del concurso de la *oración* cristiana que es la matriz de la Esperanza, pues descubre que «rendir culto a Dios» es constatar que el Misterio Absoluto no es únicamente la «vida de nuestra vida», sino también ese dolor oculto que se siente ante una humanidad doliente, hambrienta, oprimida, cansada, desorientada e impotente.

Pero no olvidemos que esperar ha sido siempre, cuando ha sido verdad, agarrarse a lo duro, oscuro y viscoso de la vida, superar la tentación de «tirar la toalla» y seguir «p' adelante»; apretando los puños y saboreando en los labios el amargor de la propia existencia, mientras se grita «Dios mío, Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?», y se siente en lo más profundo de los tuétanos, a pesar y en contra de uno mismo y de la historia, la serenidad de quien sabe contra todas las apariencias que su historia y su persona y la historia de la humanidad «están en buenas manos», pues descansan en las de un Dios de la Promesa que responde al nombre de Padre.

Dar razón de la esperanza en medio de la incertidumbre social

En medio de la incertidumbre y de las amenazas apocalípticas, irrumpen en el presente movimientos (de protesta, de autorganización de la vida, de intervención en las guerras, de acogida a los refugiados, de transición ambiental, de economía alternativa, de cultura libre, de nuevos feminismos, de nuevos hábitos de consumo, etc.) empeñados en no perder el tiempo y ganar el futuro para una «vida vivible universalizable». Sus luchas, sus trabajos en una «política de lo cotidiano» nos ayudan a los cristianos a leer nuestro tiempo como oportuno para el cumplimiento de la promesa de Dios (*kairós*). Los cristianos no somos los destinatarios exclusivos de la promesa de Dios. Somos sus administradores en la medida en que somos capaces de dar respuesta a todo el que nos pida razón de nuestra esperanza (cf. 1Pe 3,15). Es una responsabilidad que afecta primeramente a la Iglesia, a sus comunidades, organismos e instituciones, que no se sustancia principalmente en su capacidad de emitir doctrina, sino en el ejercicio de una ejemplaridad evangélica y mesiánica, como nos recordó el Vaticano II: ella es «el germen y el principio» del Reino de Dios (cf. LG 5) y, consecuentemente, «pueblo mesiánico» (cf. LG 9).

Esta pretensión se topa con un catolicismo sociológico que, más allá de los discursos del magisterio y de los teólogos, ni tiene rostro mesiánico ni da ninguna señal de ser portador de un agujón apocalíptico. Por lo general, el factor mesiánico se ha

vuelto irrelevante para la vida de la mayoría de los católicos, que actúan en su vida cotidiana de manera semejante a los no creyentes, fuera de casos de fanatismo. En general, los católicos estamos más por rezar «¡Virgencita, Virgencita que me quede como estoy» que por invocar «¡Maranatha!» como los primeros cristianos.

¿Tenemos los cristianos una «visión de esperanza» para este mundo o, por el contrario, el cristianismo establecido se ha fundido de tal modo con nuestra sociedad que compartimos las ambigüedades y contradicciones de esta y ya no tenemos ningún mensaje de esperanza que ofrecer a nuestros contemporáneos? Los católicos tenemos las mismas dificultades para compartir las tradiciones mesiánicas del cristianismo que quienes no lo son. Nos hemos dejado secuestrar la libertad por el consumo y el espectáculo (por el pan y el circo), hemos renunciado a nuestra responsabilidad a cambio de la seguridad y vivimos fascinados por el poder e indiferentes al dolor del mundo. Necesitamos convertirnos, cambiar de mentalidad y de comportamientos, para que nuestro modo de vivir sea *interruptor* de la vieja normalidad y, al mismo tiempo, *irruptor* en la realidad de «otra normalidad» que ofrezca vida y felicidad a las víctimas de la injusticia, mientras esperamos y rogamos la vuelta del Señor: ¡Ven Señor Jesús!

Los cristianos de nuestras sociedades europeas, ciudadanos y ciudadanas beneficiados de un orden mundial al servicio de la muerte del matar (en diversas versiones), que damos por supuesta la vida, necesitamos convertirnos, necesitamos cambiar nuestro corazón para cambiar nuestras prácticas, y viceversa. Entrar en proceso de revolución antropológica que trata de la liberación de nuestra riqueza y bienestar sobreabundantes, de nuestro consumo, de la práctica inmutable de nuestros deseos, de nuestra prepotencia, de nuestro dominio, de nuestra apatía, de nuestro delirio de inocencia y de la cultura puramente masculina. Se trata de una revuelta contra el que «todo siga adelante así», de una lucha contra nosotros mismos. Se trata de una auténtica interrupción, expresión de una esperanza no solo creída sino vivida⁴⁶.

«Ante el dolor de los demás: ¡parémoslo todo!»⁴⁷

La categoría «*interrupción*» de Johann B. Metz siempre me ha parecido valiosa no solo desde el pensar teológico, sino desde la acción pastoral. Efectivamente, Dios viene a los campos de exterminio del mundo para salvar, pero su Presencia es eficiente en la medida en que hay en ellos hombres y mujeres que *interrumpen* los sufrimientos de los otros. Unas veces porque generan condiciones políticas y culturales que les permiten avanzar un palmo, al menos, en el camino de la liberación; otras, porque son «bálsamo» (Etty Hillesum) que los alivia sin poder sacarlos de la cautividad; siempre, porque su intervención impide que se olviden y se oculten los sufrimientos de las víctimas en sociedades en las que eso que llaman «estructuras de plausibilidad»

⁴⁶ Cf. METZ, Johann B. (1982). *Más allá de la religión burguesa. Sobre el futuro del cristianismo*, Salamanca: Sígueme, pp. 45-48.

⁴⁷ Cf. CRISTIANISME I JUSTÍCIA (2023). *Reflexión de Fin de Año. Ante el dolor de los demás; ¡parémoslo todo!*, Barcelona: Cristianisme i Justícia, Papeles CJ n.º 271.

son en realidad «estructuras de ofuscación». Los cristianos hemos sido llamados al seguimiento de Jesús para anticipar, como él y en memoria suya, ese futuro que es interrupción de este apático tiempo atravesado por la incertidumbre y por amenazas terribles.

Seguramente, en las actuales circunstancias, el mayor y más acuciante desafío del catolicismo español es detener e invertir la dirección de la tendencia cultural que desde hace más de cuarenta años va convirtiendo la fe y la esperanza cristianas en banales. Nada hay más mortal para el cristianismo católico que ser culturalmente irrelevante y ética y políticamente infecundo. Es un precio carísimo que está pagando por haberse limitado a ser, en palabras de Johann B. Metz, «una religión para las festividades burguesas». Ni la promesa de Dios ni la esperanza están en crisis. Está en crisis el sujeto que ha sido convocado para ser su portador: la Iglesia. Y no hay salida posible sin hacernos cargo de esa revolución antropológica.

LA SOLANA

La cadena del ser⁴⁸

María Pilar Martínez Barca, poeta

Es un tópico o lugar común de la literatura y el arte de la Edad Media, el Renacimiento y el Siglo de Oro, tratado de forma magistral por Francisco Rico, filólogo, académico y maestro a lo largo de la carrera a través de su *Historia y Crítica de la Literatura Española*. Es en *El pequeño mundo del hombre* (1970, Alianza y Destino) donde el autor relaciona en íntima simbiosis el microcosmos humano y el gran macrocosmos del universo, conduciendo todo ello a la cadena del ser y de la vida.

Quando se rompe el alma

El simbolismo de la cadena en el sentido de engarce entre lo más nimio y lo más grandioso lleva asimismo a **lo generacional**. Todo se relaciona y nos relaciona entre sí.

Tras ya varias caídas, el viernes 30 de agosto a mi padre se le rompió la cadera. Un dolor inmenso. Vinieron a buscarlo en ambulancia y camilla para llevarlo a observación al hospital. Con mi voz interior me despedí: **“Adiós, papá”**. **¿Cuándo nos volveríamos a ver?** Sin yo saberlo, se me estaba resquebrajando el alma.

Ese mismo sábado lo visitaba en la clínica Quirón. Le abrieron vías para suministrarle calmantes y oxígeno. **Me cogió la mano, no quería soltármela**. Como nunca. Volvía tranquila a casa.

El martes 3 de septiembre lo operaban –tenían que traer la placa y el clavo de sujeción–, la intervención fue bien. Creo que jueves y finde volví a visitarlo, **con las conexiones y la medicación reglamentaria se le veía avanzar progresivamente**. Y el lunes 9 lo llevaban a la residencia –centro de rehabilitación

⁴⁸ Artículo publicado en la edición digital de la revista “Humanizar” (17 de diciembre de 2024).

Cuidad2, entre Zaragoza y Cuarte, de entonces solo 20 usuarios y la garantía de una óptima rehabilitación en la mayoría de los casos. No había podido ir mejor.

Una lenta rehabilitación

El centro se sitúa junto al CEIP (Centro de Educación Infantil y Primaria) Pilar Bayona. La segunda semana de mi padre en la residencia coincidió con la apertura del curso escolar. Los pequeños aprenden a leer, a comunicarse, a convivir. Los mayores, a volver a dar sus primeros pasos, a valorar el cariño de los suyos, a ir envejeciendo y aceptando los límites, a tomar dignamente el camino de retorno. Y todos aprendemos, de rueda en rueda, a ser parte de esa cadena que no termina nunca. Porque todo parecía ir marchando sobre ruedas.

Pero lo veíamos hinchado, no podía flexionar las rodillas, tenía dolor. Ni jueves ni viernes consiguió orinar. Le colocaron una sonda y el sábado vuelta al hospital, esta vez Viamed Montecanal. Y aquí hago un inciso. Me alegro de que todos logremos la igualdad, de que inmigrantes y diversos logremos un lugar digno, pero aquel médico cubano nos asustó. Remitió al enfermo al hospital Clínico Universitario Lozano Blesa, **donde el equipamiento para diálisis es mejor. Me eché a llorar.**

Comenzó a expulsar líquido y esa misma noche volvía a la anterior clínica. No era para tanto, **en dos o tres días perdió 15 litros, es decir, 15 kilos de peso.** Volvía a ser él. Ahora por segunda vez en la residencia de rehabilitación Cuidad2, polígono de Valdeconsejo, Cuarte. Enseguida contacté con la fisio, Andrea, una profesional de altura para todos los residentes, y comenzamos a compartir: “Tenemos una fotografía de las que hacen historia, yo con cinco añitos, él dándome un beso de película. Fue una época dura. Desde el 57 en que haría la mili no volvería al pueblo. Un sencillo taller, unas oposiciones por las que se haría ejecutivo de Correos y Telégrafos. A mi padre le dolió jubilarse, fue un auténtico duelo por la vida que irremisiblemente iba pasando”.

Comenzaban las primeras lluvias. Decían que este invierno iba a ser duro y deseaba que para entonces no estuviese ya allí. Los días iban pasando entre visitas, gimnasia y terapia de grupo con los otros compañeros. Se hacían largos, demasiados largos. **Teníamos que estar también con mi madre en casa. Su primera vuelta en las paralelas fue una fiesta.** Y seguía escribiendo: “Es duro ir envejeciendo. Pero al menos ir pasando del arnés y la grúa, a la silla de ruedas, al andador, y después al bastón, supone una satisfacción indescriptible. Lo peor es cuando sucede al contrario”.

Confiábamos que volviese a casa por Navidad. Regresaba el lunes 28 de octubre.

Hay un punto de luz

Siempre nos fuimos superando. “Habitación n.º 64 del hospital San Juan de Dios de Zaragoza. Mi madre estuvo dos días hospitalizada a consecuencia de mi parto. Estancia por día: 125 pts.; quirófano: 250 pts.; material de curas y medicaciones: 212 pts. Total: 712. Un dineral entonces para mi padre, que acababa de sacarse las oposiciones a Correos”. Los datos los hallé en un bolsillo de su chaqueta de boda, la misma que llevó en mi bautismo.

Hoy puede levantarse ya él solo, y caminar con andador por casa, y también un poquito en la calle. **Ha superado la prueba**, aunque nos hemos convertido en codependientes.

Después de muchas décadas y más vicisitudes, tantos silencios, luchas y alegrías, llegué a dedicarle en el poema XV de *El penúltimo ocre*: “Tu corteza, aun con todo, continúa tan tersa, / si acaso algo rugosa en su interior. / No me importa, papá. / **Porque sigo queriéndote, tan iguales / y tan polos opuestos, / haz y envés de una misma nervadura.** / He visto derramársete el silencio / en forma de rocío por tus ojos / siempre que te emocionas por una nimiedad. / Quieres disimularlo, y tú no sabes / que te quiero por eso”.

Hoy mi madre y mi padre, ambos dos, al unísono, podrían rubricar estas palabras: “He competido en la buena batalla, he terminado la carrera, he guardado la fe” (segunda carta de San Pablo a Timoteo, 4, 7). **Quizá ganar el oro no esté en esta tierra, o acaso en parte sí.**



POR TU PALABRA

Jacob, el hombre que luchó contra Dios (Gén 25-36) – Comentario 2

En la ruina, la iniciativa de Dios (Gén 27-28)⁴⁹

Carlos Rey, SDB

Estimados lectores de la revista FORUM.

Iniciamos nuestro segundo comentario sobre el patriarca Jacob. En el primero vimos su talante de persona sin principios cuando se trataba de conseguir beneficios, sin considerar las consecuencias que sus actos pudieran tener para otros. Pero a todo listillo le llega el momento de ver las orejas al lobo y la vida puede cambiar de repente. Es lo que le sucedió a Jacob: la reacción de su hermano a su doble engaño por el que le arrebató la primogenitura y la bendición de su padre, le cambió la vida.

En este comentario hablaremos de la ruina de Jacob y de cómo, en esa situación de vulnerabilidad en la que pierde el control de su vida y queda a expensas de acontecimientos que no domina y amenazan acabar con él, Dios toma la iniciativa, inicia en él un proceso de transformación y le abre horizontes insospechados.

Empezamos.

TEXTO BÍBLICO – En la ruina, la experiencia de Dios

Después de haber conseguido Jacob la primogenitura de su hermano Esaú mediante engaño (Gen 25,29-34) y de haberle robado la bendición de su padre (Gen 27,1-40), Esaú se enemistó con Jacob a tal punto, que decidió matarlo: “cuando muera mi padre, lo mato” (Gen 27,41), se dijo.

Le contaron a Rebeca, su madre, las palabras de su hijo mayor. Ella mandó llamar a Jacob, su hijo menor, y le dijo: “Mira, Esaú tu hermano, quiere

⁴⁹ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

vengarse de ti matándote... Por tanto, hijo mío, obedéceme; huya rápidamente a casa de mi hermano Labán... hasta que se calme su cólera” (Gen 27,42-44).

Salió Jacob de Bersebé y se fue a Jarán. Llegado a cierto punto, se dispuso a hacer noche allí... Tomó una piedra, se la puso por cabezal y se acostó. Soñó con una escalera apoyada en tierra y cuya cima tocaba los cielos y he aquí que los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. Y vio que Yahvé estaba sobre ella y que le dijo: “Yo soy Yahvé... La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia... Yo estoy contigo; te guardaré por doquiera que vayas... No te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho”.

Despertó Jacob de su sueño y dijo: “¡Yahvé está en este lugar y yo no lo sabía!” Y asustado exclamó: “¡Qué temible es este lugar! ¡Esto es la casa de Dios y la puerta del cielo!” ... E hizo un voto diciendo: “Si Dios me asiste y me guarda en este camino y me da pan qué comer y ropa con que vestirme, y vuelvo sano y salvo a mi casa, entonces Yahvé será mi Dios” y esta piedra que he levantado a modo de estela será un santuario; de todo lo que me dé le devolveré puntualmente la décima parte (Gen 28,10-22).

1. Momentos particulares en la vida

1.1. Jacob amenazado y a la intemperie

A Jacob la vida le iba muy bien, hasta que sucede lo que menos esperaba y cae víctima de sus propias astucias y trampas. A partir de aquí la vida se le trastoca totalmente y se le tuercen sus mejores planes. Ya no podrá programar los acontecimientos a su antojo y conveniencia. Ha entrado en una nueva etapa en la que no controla su existencia. Se ha ganado a pulso el odio de su hermano Esaú, quien jura con determinación matarlo (Gen 27,41). Perseguido por él y aconsejado por su madre, siempre a su favor, se ve obligado a huir de su casa para salvar la vida (Gen 27,41-28,5).

He aquí a Jacob, el tramposo, el aprovechado, el sinvergüenza sin escrúpulos forzado a huir del hogar paterno y del cariño protector de su madre; desamparado y expuesto, se ve obligado a marcharse a otras tierras: “Jacob salió de Berseba y fue a Jarán” (norte de Siria) (Gen 28,10). ¿Podrá volver?, ¿podrá disfrutar de la bendición que recibió de su padre? Los pocos días que supone serán suficientes para que se calme tu hermano (Gen 27,44-45) se le convertirán en un largo viaje de veinte años; el breve paréntesis que imagina será su ausencia de casa, le supondrá todo un proceso de años que le cambiará la vida y el modo de situarse en ella.

1.1.1. En la itinerancia física, un camino de cambio interior

Por el momento solo tiene un objetivo: llegar a casa de su tío Labán. Lo que no sabe es que su largo “VIAJE EXTERIOR”, cuajado de riesgos, imprevistos y conflictos, se le convertirá en un largo “VIAJE INTERIOR”. Jacob solo pretende sobrevivir a su hermano, pero se verá abocado a recorrer un demorado camino de profunda transformación espiritual.

Le había arrebatado a su padre la “bendición de Dios” mediante trampas y ardides humanos, pero para ser digno de su condición de elegido de Dios, Jacob, experto en trampas y artimañas, tendrá que aprender a confiar en Él más que en sí mismo, y esto es algo que no se aprende cuando todo va bien y se consiguen los propios objetivos, sino en medio de la amarga experiencia de la indefensión y de las pruebas de la vida. Esto es, exactamente, lo que le espera en la nueva etapa de su vida que ahora comienza.

La vida (o Dios mediante ella) le obliga a iniciar un nuevo camino a partir de su fuga de casa para librarse de la muerte. El inicio de su itinerario geográfico es también el inicio de su ITINERARIO ESPIRITUAL.

Como ves, estimado lector, el relato ha adquirido un tinte dramático. ¿No sucede así también en nuestra vida? Cuando las cosas nos van bien no imaginamos que nos puedan ir mal. La vida color de rosa dura hasta que dura; antes o después puede pasar a ser gris, o incluso negra. Y para que eso suceda no hace falta ser un trapacero, como Jacob.

1.1.2. En la ruina, el inicio de una nueva vida

Jacob debe abandonar el hogar familiar, símbolo de cobijo y seguridad. Le espera un largo caminar inseguro y expuesto, símbolo de todo caminar humano (Gen 28-35). El mundo de engaño en el que se apoyaba se le ha caído en pedazos; ya no puede manejar la realidad a su antojo y en su provecho; en adelante, será la propia vida la que le irá marcando la dirección. Y Dios se aprovechará de todo ello para su bien y el del futuro pueblo de Israel, que nacerá de él.

En las primeras fases de su vida Jacob no había contado con Dios para nada. Lo nombró una sola vez, pero fue para utilizarlo en su provecho con mentira y descaró: “Yahvé, me puso la caza delante”, le dijo a su padre, invocando el nombre de Dios en falso (Gen 7,18-20ss), pero Dios no se deja manipular y le espera a la vuelta de la esquina. Tendrá que pasar por la experiencia de una situación límite para descubrir a Dios: “El fin de los caminos del hombre es el comienzo de los caminos de Dios” (Weiser).

1.2. En la vulnerabilidad, la iniciativa de Dios

¿Conoces, querido lector, el “SUEÑO DE LA ESCALERA” DE JACOB? (Gen 28,10-22) ¡Es tan sugerente! ¡Dice tanto! Este es el primer momento clave de su existencia en lo que a Dios se refiere. Observa el momento de su vida en que se da, porque dice mucho de la pedagogía de Dios con el ser humano.

Amenazado de muerte por su hermano, el tramposo y abusón Jacob ha tenido que huir y abandonar su casa. Al caer de la noche está solo en medio del descampado, atemorizado y expuesto a los peligros, con un futuro incierto y sin más recursos que una piedra donde apoyar su cabeza para dormir.

Noche e intemperie física, pero también psíquica y existencial. Soledad sin más compañía que una piedra. Todo refleja la situación de desamparo en que se encuentra. Pues bien, esta es, precisamente, LA HORA DE DIOS. Cuando más vulnerable se siente Jacob es cuando Dios toma la iniciativa y le sale al paso, concediéndole vivir su primer encuentro con Él. Lo hace a través del célebre sueño de “la escala apoyada en tierra, cuya cima tocaba los cielos, y por la que los ángeles de Dios subían y bajaban” (Gen 28,10-22).

1.2.1. La historia está habitada por Dios

¿Qué significa esta escala? “Los sueños, sueños son”, solemos decir. Pero no: los sueños son un lenguaje que nos habla del lado misterioso del corazón humano y de la dimensión oculta de la vida. Los sueños nos hacen ver lo que está más allá de nosotros mismos, más allá de lo inmediato y palpable. Con su lenguaje simbólico reflejan lo que existe, pero no se ve a simple vista.

¿Qué sugerente es el símbolo de “la escala”! Hace ver que, se sepa o no, ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA HAY UNA MISTERIOSA COMUNICACIÓN; que este mundo en el que vivimos está conectado con un mundo superior; que la historia de aquí abajo está habitada por un Dios que, si por un lado la trasciende, por otro la penetra descendiendo a la misma; que hay un continuo transitar entre Dios y el hombre; que Dios baja hasta el hombre y que las cuestiones que interesan al hombre le llegan e interesan a Dios. He ahí a Jacob (¡y todo ser humano!) remitido al “cielo” cuando menos pensaba en ello.

El sueño le viene a decir que debe ir más allá de sus trapicheos y engaños para abrirse a Dios; que es invitado a dar entrada a Dios en su vida; que solo tendrá futuro si se deja acompañar y guiar por Él; que su soledad, tan absoluta, está habitada por un Dios misterioso de cuya existencia Jacob ni sospechaba: “¡Está Dios en este lugar y yo no lo sabía!”, dice al despertar. Y asustado, piensa: “Este lugar no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo. Y llamó a aquel lugar Betel”, (que significa morada de Dios) (Gen 28,16-17).

1.2.2. Betel: Los momentos y espacios de Dios - La promesa

La primera experiencia que Jacob tiene de Dios se da en “esta noche única”, en una situación en desamparo e inseguridad, a la intemperie, en soledad, sin más apoyo posible que una piedra como cabezal.

El simbolismo del episodio de la escala que une cielo y tierra (Gen 28,10-22) es riquísimo. Hay momentos y lugares en la vida humana que, sin saberlo, son Betel: “MORADA DE DIOS” Y “PUERTA DEL CIELO”, “EL MOMENTO Y EL ESPACIO DE DIOS”.

Betel significa “morada de Dios” y refleja estos momentos o lugares donde el ser humano vive interrogantes y/o experiencias sobrecogedoras en las que se siente transportado más allá de sus planes y cálculos y remitido a Dios. En ellas experimenta luces singulares que le abren, al mismo tiempo, al misterio de Dios y al misterio de sí mismo, haciéndole ver que la vida es más que lo que él puede controlar y programar por sí mismo, más que sus propios deseos, proyectos, jugadas maestras o fracasos.

Para Jacob solo, expuesto y desarmado, fue aquí cuando Dios se le hizo presente y le dirigió su palabra confortadora:

Yo soy Yahvé... La tierra en que estás acostado te la doy para ti y tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra y te extenderás en todas direcciones; y por ti bendeciré a todos los linajes de la tierra. Mira que estoy contigo; te guardaré por dondequiera que vayas y te devolveré a este solar. No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho (Gen 28,13-15).

¿Qué significan estas palabras de Dios? que el presente amenazante dará lugar a un futuro insospechado; que su huida de su tierra culminará con el regreso y la toma de posesión de la misma; que aunque está perdiendo a su familia, será el padre de una descendencia numerosísima; que aunque es un fugitivo y un emigrante, sin futuro garantizado, todos los pueblos de la tierra serán bendecidos gracias a él; que aunque está emprendiendo un viaje a lo desconocido y en solitario, Dios lo acompañará allí por donde vaya.

Promesa enorme y gratuita de Dios que nada tiene que ver con su vida pasada, que no se corresponde ni es fruto de sus merecimientos, sino iniciativa de Dios en una situación en la que Jacob vive la amarga experiencia de verse indefenso y desamparado, sin nada a ofrecer a cambio, a no ser la piedra en la que descansa su cabeza.

1.2.3. El Betel de Vicente Ferrer

La lectura de Jacob me ha recordado, estimado lector, una historia que leí mucho tiempo atrás. Se trata de una experiencia que Vicente Ferrer tuvo cuando era joven, en medio de la guerra civil española. Reproduzco a continuación su testimonio para

que nos demos cuenta de que estas cosas siguen pasando y que Dios continúa vivo y actuante:

Durante la Guerra Civil, cuando estuve en el frente del Ebro, con un bando a cada lado del río, antes de dormirme en las trincheras, meditaba cada noche. Mientras me sentaba en silencio pensaba: ¿Dónde está la llave para solucionar todo este caos?

Una noche reinaba la paz en ambas orillas del río. Era una noche real y oscura que llenaba toda la inmensidad del universo. Y en la noche oscura, ese día, vi una pequeña luz, una pequeña llama. Sola, a lo lejos, apareció en medio de la profunda oscuridad. Frente a mí, percibí con claridad una imagen que estaba dentro de mi alma, una lucha cósmica entre la oscuridad inmensa, la nada, el mal, y esa luz diminuta. En ese momento, con una gran fuerza de voluntad, elegí ponerme junto a ella, desafiando a la oscuridad. La pequeña luz era tan débil que ponerme de su parte requería un acto heroico de voluntad. Comprendí que la oscuridad representaba nuestro mundo, plagado de guerras, injusticias y sufrimiento, donde el diablo campa con toda libertad, y que la luz era Él, firme como una roca, el Ser supremo, infinito de sabiduría y bondad. En aquel momento de tal emoción, con una claridad total, vislumbré dos cosas esenciales: la convicción firme de que Dios es y que en este mundo no quedaba otro remedio más que luchar a favor del bien.

Existen momentos en la vida que son explosiones de luz que hablan. Es como si el cielo tuviera grietas que se abrieran y fueran dejando pasar la verdad. Esa luz, ese Ser supremo es Dios. Para mí Dios es uno, único y bueno. Es infinito de sabiduría, bondad y verdad. Esta certeza sería el fundamento que me acompañaría toda mi vida. Y esto lo descubrí en el frente, en plena guerra. Ese día del año 1938, a mis dieciocho años, volví a nacer en espíritu y, después de una etapa personal de oscuridad y duda, recuperé de nuevo la convicción de la existencia de Dios. La grandeza de ese momento fue muy sencilla, pero quedó grabada en mi memoria para toda la vida. Se acabaron las dudas para siempre⁵⁰.

1.3. La transformación de Jacob ha comenzado

Después de esta experiencia “Jacob se puso en marcha”. Confiado en Dios, puede lanzarse a lo desconocido (Gen 29,1). ¡Una vez más el tema de la existencia humana como itinerario de fe, como existencia nómada que puede ser recorrida confiando en Dios! Como Abrahán, experimentará la tardanza de Dios y los caminos inescrutables de sus designios. Dios no le ahorrará mil sin-sabores. ¿Hay otro modo de que el ser humano madure? ¿No es verdad que solo maduramos con el tiempo? ¿No lo es que a veces solo lo hacemos “a palos”? Dios no nos dispensa de vivir un lento y dificultoso

⁵⁰ Vicente Ferrer. *El poder de la acción*, Ed. Planeta, Barcelona 2012, p.19-20.

camino de transformación. Dios no le evitará a Jacob el mal, pero lo protegerá de él, y lo mismo hará con nosotros.

Una imperceptible pero real transformación ha comenzado a operarse en Jacob. Al inicio mismo de su camino hacia lo desconocido, empieza a aprender a confiar en Otro, en Dios, más que en sí mismo.

A partir de la experiencia de Betel Jacob tiene razones vitales para vivir, no solo desde sí mismo sino también y, sobre todo, desde la promesa que Dios le ofrece. Dios mismo, mediante experiencias existenciales (soledad, desamparo, incertidumbre...) y espirituales (el sueño), ha comenzado a abrirlo a horizontes nuevos.

1.3.1. El voto interesado de Jacob a Dios

Con el “sueño de la escala” Dios ha alcanzado a Jacob en su corazón. Pasmado y agradecido, hace un voto:

Si Dios me asiste y me guarda en este camino que recorro y me da pan y ropa... y vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces Yahvé será mi Dios... (Gen 28,20).

Es verdad que solo un Dios que nos cuide y acompañe en el camino de la vida merece ser el Dios único de nuestra vida, pero creo que ya te habrás dado cuenta, querido lector, que el pacto que Jacob hace con Dios es un pacto condicional, de tipo comercial y egoísta: si cumples conmigo, yo cumpliré contigo. ¡Qué frecuente es este tipo de pacto con Dios entre los creyentes! ¡Cuándo debe aprender todavía Jacob, y muchos de nosotros, sobre Dios!

Harán falta todavía muchas otras experiencias como las vividas y muchos nuevos aprendizajes..., pero ya está naciendo un nuevo Jacob, un Jacob que comienza a abrirse a Dios. En los años críticos que le esperan, irá contando más y más con él y aprenderá a apoyarse más en su palabra que en sus recursos personales.

Y junto a este progreso espiritual vendrá el moral: en adelante Jacob contará con sus habilidades y mañas, pero no ya para abusar de otros, sino para defender sus derechos que le serán conculcados por su tío Labán (Gen 29-31). Jacob está saliendo de su egocentrismo, pero..., ¿lo habría hecho de no haber pasado por experiencias existenciales de inseguridad, soledad y desamparo?

Conclusión

Concluimos aquí, estimado lector, nuestro comentario de hoy. SI DESEAS AMPLIAR TU LECTURA, PUEDES HACERLO EN “DRAMA Y ESPERANZA – I”, DE JOSÉ LUIS ELORZA (ED. FRONTERA), PG. 220-223. ESTA HA SIDO LA FUENTE PRINCIPAL DE DONDE HE EXTRAÍDO, CON OTRAS APORTACIONES Y ALGUNAS CONTRIBUCIONES PROPIAS, ESTAS PÁGINAS.

Leído este comentario, es de fundamental importancia que leas directamente los textos bíblicos, en este caso, Gen 27-28. No hay nada, ni el mejor estudio o comentario, que pueda substituir la lectura de la Palabra de Dios.

En el próximo comentario nos detendremos en el proceso de transformación de Jacob a través de tres elementos: el sufrimiento, el reconocimiento de Dios como ser superior y la experiencia de amar a otra persona.

Que la paz del Señor esté con vosotros y os acompañe siempre.

Un abrazo.

Carlos Rey - SDB

EL ANAQUEL

La puerta de la esperanza

se ha abierto de par en par⁵¹

Papa Francisco

Un ángel del Señor, envuelto de luz, alumbró la noche y dio el anuncio gozoso a los pastores: «Les traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc 2,10-11). Entre el asombro de los pobres y el canto de los ángeles, el cielo se abrió sobre la tierra; Dios se hizo uno de nosotros para hacernos como Él, descendió entre nosotros para elevarnos y llevarnos al abrazo del Padre.

Esta, hermanas y hermanos, es nuestra esperanza. Dios es el Emanuel, el “Dios con nosotros”. El infinitamente grande se hizo pequeño; la luz divina brilló entre las tinieblas del mundo, la gloria del cielo se asomó a la tierra. ¿Cómo? En la pequeñez de un Niño. Y si Dios viene, aun cuando nuestro corazón se asemeja a un pobre pesebre, entonces podemos decir: la esperanza no ha muerto, la esperanza está viva, y envuelve nuestra vida para siempre. La esperanza no defrauda.

Hermanas y hermanos, con la apertura de la Puerta Santa damos inicio a un nuevo Jubileo. Cada uno de nosotros puede entrar en el misterio de este anuncio de gracia. En esta noche, la puerta de la esperanza se ha abierto de par en par al mundo; en esta noche, Dios dice a cada uno: ¡también hay esperanza para ti! Hay esperanza para cada uno de nosotros. Pero no se olviden, hermanas y hermanos, que Dios perdona todo, Dios perdona siempre. No se olviden de esto, que es un modo de entender la esperanza en el Señor.

Para acoger este regalo, estamos llamados a ponernos en camino con el asombro de los pastores de Belén. El Evangelio dice que ellos, habiendo recibido el anuncio del ángel, «fueron rápidamente» (Lc 2,16). Esta es la señal para recuperar la esperanza perdida: renovarla dentro de nosotros, sembrarla en las desolaciones de nuestro tiempo y de nuestro mundo *rápidamente*. ¡Y hay tantas desolaciones en nuestro

⁵¹ Homilía en la celebración del Inicio del Jubileo ordinario en la apertura de la Puerta Santa y la santa misa de Nochebuena. Basílica de San Pedro, martes, 24 de diciembre de 2024.

tiempo! Pensemos a las guerras, a los niños ametrallados, a las bombas sobre las escuelas y sobre los hospitales. Disponerse rápidamente, sin aminorar el paso, dejándose atraer por la buena noticia.

Sin tardar, vayamos a ver al Señor que ha nacido por nosotros, con el corazón ligero y despierto, dispuesto al encuentro, para ser capaces de llevar la esperanza a las situaciones de nuestra vida. Y esta es nuestra tarea, traducir la esperanza en las distintas situaciones de la vida. Porque la esperanza cristiana no es un final feliz que hay que esperar pasivamente, no es el *final feliz* de una película; es la promesa del Señor que hemos de acoger aquí y ahora, en esta tierra que sufre y que gime. Esta esperanza, por tanto, nos pide que no nos demoremos, que no nos dejemos llevar por la rutina, que no nos detengamos en la mediocridad y en la pereza; nos pide –diría san Agustín– que nos indignemos por las cosas que no están bien y que tengamos la valentía de cambiarlas; nos pide que nos hagamos peregrinos en busca de la verdad, soñadores incansables, mujeres y hombres que se dejan inquietar por el sueño de Dios; que es el sueño de un mundo nuevo, donde reinan la paz y la justicia.

Aprendamos del ejemplo de los pastores, la esperanza que nace en esta noche no tolera la indolencia del sedentario ni la pereza de quien se acomoda en su propio bienestar –y muchos de nosotros, tenemos el peligro de acomodarnos en nuestro propio bienestar–; la esperanza no admite la falsa prudencia de quien no se arriesga por miedo a comprometerse, ni el cálculo de quien sólo piensa en sí mismo; es incompatible con la vida tranquila de quien no alza la voz contra el mal ni contra las injusticias que se cometen sobre la piel de los más pobres. Al contrario, la esperanza cristiana, mientras nos invita a la paciente espera del Reino que germina y crece, exige de nosotros la audacia de anticipar hoy esta promesa, a través de nuestra responsabilidad, y no sólo, también a través de y nuestra compasión. Y aquí tal vez nos hará bien interrogarnos sobre nuestra compasión: ¿tengo compasión?, ¿sé padecer-con? Pensémoslo.

Viendo cómo a menudo nos acomodamos a este mundo, adaptándonos a su mentalidad, un buen sacerdote escritor rezaba en la santa Navidad de esta manera: “Señor, te pido algún tormento, alguna inquietud, algún remordimiento. En Navidad quisiera encontrarme insatisfecho. Contento, pero también insatisfecho. Contento por lo que haces Tú, insatisfecho por mi falta de respuestas. Quítanos, por favor, nuestras falsas seguridades, y coloca dentro de nuestro ‘pesebre’, siempre demasiado lleno, un puñado de espinas. Pon en nuestra alma el deseo de algo más”⁵². El deseo de algo más. No quedarnos quietos. No olvidemos que el agua estancada es la que primero se corrompe.

La esperanza cristiana es precisamente ese “algo más” que nos impulsa a movernos “rápidamente”. A nosotros, discípulos del Señor, se nos pide, en efecto, que hallemos en Él nuestra mayor esperanza, para luego llevarla sin tardanza, como peregrinos de luz en las tinieblas del mundo.

⁵² Cf. A. Pronzato, *La novena de Navidad*.

Hermanas y hermanos, este es el Jubileo, este es el tiempo de la esperanza. Este nos invita a redescubrir la alegría del encuentro con el Señor, nos llama a la renovación espiritual y nos compromete en la transformación del mundo, para que este llegue a ser realmente un tiempo jubilar. Que llegue a serlo para nuestra madre tierra, desfigurada por la lógica del beneficio; que llegue a serlo para los países más pobres, abrumados por deudas injustas; que llegue a serlo para todos aquellos que son prisioneros de viejas y nuevas esclavitudes.

Todos nosotros tenemos el don y la tarea de llevar esperanza allí donde se ha perdido; allí donde la vida está herida, en las expectativas traicionadas, en los sueños rotos, en los fracasos que destrozan el corazón; en el cansancio de quien no puede más, en la soledad amarga de quien se siente derrotado, en el sufrimiento que devasta el alma; en los días largos y vacíos de los presos, en las habitaciones estrechas y frías de los pobres, en los lugares profanados por la guerra y la violencia. Llevar esperanza allí, sembrar esperanza allí.

El Jubileo se abre para que a todos les sea dada la esperanza, la esperanza del Evangelio, la esperanza del amor, la esperanza del perdón.

Volvamos al pesebre, contemplemos el pesebre, miremos la ternura de Dios que se manifiesta en el rostro del Niño Jesús, y preguntémosnos: “¿Tenemos esta expectativa en nuestro corazón? ¿Tenemos esta esperanza en nuestro corazón? Contemplando la benevolencia de Dios, que vence nuestra desconfianza y nuestros miedos, contemplamos también la grandeza de la esperanza que nos aguarda. Que esta visión de esperanza ilumine nuestro camino de cada día”⁵³.

Hermana, hermano, en esta noche la “puerta santa” del corazón de Dios se abre para ti. Jesús, Dios con nosotros, nace para ti, para mí, para nosotros, para todo hombre y mujer. Y, ¿saben?, con Él florece la alegría, con Él la vida cambia, con Él la esperanza no defrauda.

⁵³ Cf. C. M. Martini, *Homilía de Navidad*, 1980.

★ UNA ESTRELLA EN MI VENTANA

Un futuro sin mucho futuro

“Dios los bendijo, diciendo: Sed fecundos y multiplícaos”... (Gén 1,22)

Cada ser humano a lo largo de la vida descubre que su historia necesita ser continuada. Nuestras vidas son siempre historias incompletas. Alguien está llamado a completarlas. Es la vida que, aun cuando nos vayamos, se queda. Es bueno experimentar que la vida no ha sido un recorrido inútil. No hay más remedio; la vida sigue siempre con más ganas de vida...

Reflexionando sobre nuestra presencia para siempre, algo así como el futuro del futuro, veo con buenos ojos el aumento de las mascotas, en concreto, de los perros y los gatos. En este país se lee que hay cuarenta y siete millones de personas y diez millones de perros reconocidos. Se habla de treinta millones de mascotas. Con la particularidad que estos siguen en aumento y las personas en retroceso. Aumentan los canes, se estancan los humanos. En mi ciudad hay más los perros que niños y adolescentes. Los perros superan a los menores de 18 años. Y esto me llena de inquietud y de preocupación.

El futuro de las personas en Europa se está reduciendo a marchas forzadas. Este dato también pone en peligro a las mismas mascotas. Si esto sigue así, no habrá tampoco cuidadores de mascotas con lo que el futuro, también para estos seres se llena de incertidumbre...

Tal vez por lo dicho, me ha sorprendido el toque de atención o la broma del papa Francisco: “Nacen perros, nacen gatos..., pero no nacen niños”.

Y si no nacen niños, se reducirán las familias; si no nacen niños, no habrá peticiones ni para la vida cristiana ni para la vida consagrada; si no nacen niños, no habrá vocaciones al ministerio sacerdotal, ni para ninguna profesión. Me decía hace algún tiempo un reconocido cardiólogo: “Lo peor de la cuestión es que no encuentro sustituto para mi profesión”. Algo semejante me comentaba un párroco amigo: “Llevo cuarenta funerales y cero bautizos”. O sea que ni

nuestras profesiones tienen futuro... Si no nacen niños, está en peligro la humanidad. Esa va a ser la gran pobreza del siglo XXI. Sin darnos cuenta, ya la hemos comenzado a vivir.

Mientras caminaba por la calle contando perros y niños, en un día que no había colegio, y observaba que eran más las mascotas que los bebés, me agobiaban estas reflexiones. Hoy la estrella de mi ventana se siente más apagada. No luce mi estrella y está triste porque no percibe la alegría de los niños, no porque estén jugando al escondite sino porque no existen. No te extrañe que tu colegio no tenga alumnos, no lamentes que a tu negocio no acudan familias... Creo que nunca se ha vivido una pobreza tan dura y tan poco reconocida. Vamos a tener de todo, menos personas que puedan disfrutar de lo que tenemos. La soledad camina a pasos agigantados por este mundo... Caminamos hacia un futuro con un futuro recortado, sin futuro...

Un grito esperanzador en este comienzo del año: Que nazcan “perros y gatos”, pero que también “nazcan niños”.

Isidro Lozano

SOMOS
Futuro
COMPARTIENDO

libro y arte de Quindío y Quindío / Foto: Pineda

CONVIENDO **COMPARTIENDO** **AGRADECIENDO**

 **salesianos**
Campaña Pastoral 2024-25